



El cocodrilo de fuego

CUENTOS Y POEMAS

BERNAL DELGADO CASTRO

El cocodrilo de fuego

CUENTOS Y POEMAS

BERNAL DELGADO CASTRO

Dedicatoria

Dedico este libro a mi esposa María de la Cruz Castro Brenes, a mis hijos Evelio, Roberto y Alejandro Delgado Castro, y a mis nietos Felipe y Lucía Delgado Fallas y Mariana Delgado García.

CR861.44

D352c

Delgado Castro, Bernal

El Cocodrilo de fuego [recurso electrónico] / Bernal Delgado Castro. – primera edición –
San José, Costa Rica : D. Castro B., 2022.

E-book : pdf ; 11,2 Mb – Colección y Serie (Cocodrilo de fuego,1)

ISBN 978-9968-49-894-4

1.POESIA COSTARRICENSE. 2. LITERATURA COSTARRICENSE. I. Título.

Primera edición 2022

Edición Digital

Diagramación: Aire Studio S.A

Queda prohibida la reproducción total o parcial del contenido, textos e imágenes de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de su autor. Toda forma de utilización no autorizada será perseguida de conformidad con la Ley de Derechos de Autor.

Índice

Dedicatoria	3	Los tomates verdes	64
Prólogo	8	Mujer tomando café	65
Cuentos		Conserva de durazno	66
El cumpleaños	12	El crisol	67
Las clases de baile	18	Puntos de inflexión.	68
La maestra	28	La danta	69
Las ligas	34	La clase de matemáticas	70
El vestido blanco	42	El clamor de la cordillera	71
Poemas		La voz del volcán	72
Tarde de mayo	54	Retorno al trabajo	73
Después de la lluvia	55	Tarde encapotada	74
Cenando en la tarde	56	Silencio al atardecer	75
Mujer vestida de negro	57	La música de la noche	76
Mi madre Rosita	58	Misa en Liberia	77
Mi madre conversando conmigo	59	Mañana fría	78
El chilillo	60	El tour, el giro y la vuelta	79
La chinita linda	61	La competencia	80
El gallito	62	Soy un ingeniero de campo	81
Apio, culantro y tomates	63	Adrián Artavia Vargas	82

Nuestro planeta está muriendo	83	Lucía la niña pianista	102
Planta Nosara	84	Felipe, el niño escritor	103
El hombre del frío	85	Mariana, la niña corredora	104
Caminando bajo la lluvia	86	Ya cae la noche buena	105
El cocodrilo de fuego	87	El viajero solitario	106
La mujer de oro	88	Los operadores de planta eléctrica	107
Mañana de temporal	89	Domingo empujado	108
La mujer vestida de rojo	90	Las estrellas, una a una	109
Y entonces	91	Aprendiendo cada día	110
Antes de la misa	92	Ciudad con frío	111
Ya dejó de llover	93	Café junto al río	112
Ya dejó de llover	94	Nos están observando	113
La pareja	95	Cae la noche en San Juan de Mata	114
Dos sustos	96	Cada día un paisaje nuevo	115
A todos los planteros	97	Las nubes de hoy por la tarde	116
Un viernes por la noche	98	La cordillera tras las nubes	117
Pronto llegará el verano	99	Mi papá contando cuentos	118
Niño llorando en la playa	100		
Atardecer en diciembre	101		

Índice

Noche de pruebas	119	Tarde oscura	138
En Planta Angostura	120	La rayería	139
Encontré un poema	121	La foto vieja	140
Tarde lluviosa de abril	122	La noche negra	141
La naturaleza está enferma	123	El perro	142
El Paso de la Palma	124	El volcán Barva	143
Las vi pasar	125	Ingeniero de campo especialista en	
El pequeño café	126	plantas eléctricas	144
La oscurana por el oeste	127	Álvaro Vargas Barrantes	145
En los rechazos de carga	128	El desfogue de Planta Arenal	146
Y llegó el verano	129	El oso polar	147
La conversación	130	Afuera está lloviendo	148
El Parque Nacional en San José	131	Las clases de trigonometría	149
Los tres colosos	132	Madrugada lluviosa	150
El artista supremo	133	El come maíz	151
El anacoreta	134	Problema resuelto	152
Delicioso desayuno	135	El maestro pensionado	153
Escuchando la madrugada	136	El viento del este	154
La lechuza	137	Silencio de domingo	155

Oleaje en la tarde	156	Es de noche y hace frío	174
Hombre viejo junto al mar	157	Van pasando los días	175
Cinco pelícanos vuelan en fila	158	Ciudad fría	176
La playa inmensa	159	Fue en el parque nacional	177
La danza de las gaviotas	160	Tarde de diciembre	178
El solitario pájaro fragata	161	Mi cumpleaños	179
La voz del caracol	162	El chiquizá	180
El mensaje del manglar	163	La profesora de inglés	181
Las Pelonas	164	El nido	182
El canto del arrecife	165	Se ha iniciado enero	183
Me miraste a los ojos	166	En la feria del agricultor	184
Te ofrecí mis manos	167	Mujer y gato	185
Tus manos	168		
Han sido muchos años	169		
En Planta Barranca	170		
El huracán Juana	171		
Estamos felices..., estamos contentos			
.	172		
Llegó noviembre	173		

Prólogo

Roberto Delgado Castro

De acuerdo con el diccionario de la Real Academia Española, se define la palabra fuego como un “fenómeno caracterizado por la emisión de calor y de luz, generalmente con llama”. De esta definición se puede desprender que el ser humano, desde la era de las cavernas, ha estado unido al fuego en la búsqueda de calor, protección, cocción de los alimentos y luz.

En las frías noches invernales, el fuego le proporcionó calor al ser humano cuando aún no había descubierto la energía eléctrica. Cada vez que el sol se ocultaba, el fuego aparecía como la herramienta por excelencia para dar luz. Cuando existía la necesidad de cocinar carne y verduras para alimentarse, el fuego era utilizado para cocer adecuadamente los alimentos. Una fogata en medio de un ambiente natural muchas veces hostil y peligroso, era un instrumento de protección contra potenciales animales depredadores amenazantes.

Así las cosas, el fuego no solo ha constituido un elemento clave en la vida del ser humano, sino que se ha erguido como un factor fascinante en la evolución de casi todas las culturas, y la forma en que se han relacionado con el medio ambiente. Al ser este un elemento que surgió de la naturaleza, se convierte, a su vez, en parte fundamental de la vida humana. Por tanto, el fuego surge como un puente mediante el cual ser humano ha podido transformar la materia para obtener beneficios claves para su supervivencia y desarrollo.

Asimismo, el simbolismo del fuego encierra elementos que, a mi juicio, resumen la forma en que debe ser llevada y experimentada la vida misma: ardor, energía, vigor, asombro y valentía. Todo lo anterior, en estrecha relación con el entorno.

La capacidad de afrontar la vida con valor y energía debería de ser la bandera y el estandarte de cada persona en sus luchas diarias. En un mundo que a veces se torna complejo, exigente y lleno de incertidumbre, la fuerza y el empuje de sobrellevar los retos diarios se ha convertido en un ingrediente fundamental. Al mismo tiempo, en momentos en que el ritmo acelerado de la vida actual impide detenerse a reflexionar y visualizar la belleza del entorno natural, la capacidad de asombrarse aún por los elementos más pequeños y sencillos de la naturaleza resulta clave para construir un estilo de vida saludable.

El Cocodrilo de Fuego relata textos que resumen la relación entre persona, vida, fuego y naturaleza. Los poemas narran momentos únicos y específicos vividos por el autor (persona), que han formado parte de su existencia cotidiana (vida) y que encierran distintas formas en que él ha interactuado diariamente con su entorno (naturaleza). La belleza de los textos radica en que ponen de manifiesto el estilo y la forma en que el autor ha afrontado su vida: ardor, energía, vigor, asombro y valentía.

El Cocodrilo de Fuego describe la belleza de la naturaleza. Narra, con fascinante detalle, momentos cotidianos como elementos que generan una enorme riqueza vivencial. Relata con un maravilloso y sencillo estilo cómo generar capacidad de asombro ante distintos elementos y momentos del entorno. Marca la ruta sobre cómo generar luz y calor por medio de una vida plena, sana, sencilla, satisfactoria y recta.

Para nosotros en la familia, este libro es y será el fuego que nos transforma, caliente, ilumina y protege en nuestro caminar por el mundo.

Cuentos

El cocodrilo de fuego

El cumpleaños.

Por esa época, allá por 1965, San José, capital de Costa Rica, era una ciudad pujante que empezaba a desarrollarse, y a tomar características de gran urbe.

Empezaban a surgir nuevas urbanizaciones en los alrededores de la gran área metropolitana, y los barrios de siempre, ya muy antiguos, se estaban haciendo viejos, pues databan de los años veinte, treinta, cuarenta y cincuenta de ese mismo siglo veinte.

En uno de esos barrios viejos, llamado Barrio Luján, vivía doña Laila, mujer de nombre raro, de unos treinta y ocho años, bonita, alegre, y buena bailadora.

Se trataba de una mujer blanca con pelo negro que le llegaba por los hombros, de escasa estatura, cuerpo pequeño pero muy bonito, amable, simpática y muy amigüera, que trabajaba en una oficina del gobierno, en los alrededores de la Plaza González Víquez.

Era casada con un hombre bastante mayor que ella, y tenía tres hijas, todas ellas adolescentes por esta época, que estudiaban en el Colegio Superior de Señoritas, en pleno centro de San José.

Por aquellos años, era muy aficionada a organizar bailes en su casa, a los que invitaba a gente del barrio y a compañeros de la oficina.

Esas fiestas se extendían hasta la una o dos de la mañana, se bailaba muchísimo, se tomaba licor en abundancia, y terminaban cuando se iba el último invitado.

Su esposo no era fiestero, por lo que esas noches se iba y dormía en otro lado, fuera de la casa, pero en realidad yo nunca supe dónde lo hacía.

Cerca de su casa, vivían unos vecinos que eran muy amigos de la

familia de doña Laila. Consistía en una familia de padre, madre y cuatro hijos varones, el mayor de los cuales, por aquellos días, tendría unos diecinueve años de edad.

Esta familia siempre asistía a las fiestas que organizaba doña Laila, bailaban mucho, comían bastante y gozaban contando chistes. Departían alegremente, disfrutaban esos momentos a más no poder, y era evidente que se llevaban muy bien en todo sentido.

En otras ocasiones era doña Laila la que los visitaba en su casa, y ahí pasaba buena parte de las tardes, conversando y tomando café con bocadillos dulces, que ella misma hacía y llevaba para la ocasión.

Eran muy buenos vecinos y muy buenos amigos.

El mayor de los muchachos estudiaba en la Universidad de Costa Rica, y en esa época cursaba el segundo año de la carrera de ingeniería civil. El joven se llamaba Manuel, y era un muchacho de estatura normal, un poco moreno, excelente estudiante, callado y un poco tímido, aunque en general, buen bailarín.

A él siempre le había gustado doña Laila, desde por allá cuando tenía unos trece o catorce años de edad.

Con los años de conocerla, desde que era prácticamente un niño, había ido tomando confianza en su trato con ella. Esto lo había hecho familiarizarse con aquella mujer dulce y amable, por lo que estando juntos, se sentía confortable y tranquilo.

Cada vez que la veía, se quedaba observándola con mucho interés.

Le gustaba su cuerpo bonito y su cara siempre sonriente. Le atraía la simpatía y el don de gentes de aquella mujer tan atractiva.

Su cuerpo blanco, lleno de gracia y belleza, siempre fresco y recién

salido del baño, era para él lo mejor que había visto en su vida. Aquella mujer lo atraía mucho, tanto que se él se había convertido en uno de sus principales admiradores, cosa que probablemente ella notaba y que la hacía sentir muy halagada.

Pero esos sentimientos eran recíprocos. A ella también le gustaba el muchacho y se lo hacía ver con toda franqueza y naturalidad.

Cada vez que ella visitaba su casa, se arreglaba de la mejor manera y le lucía toda su gracia y simpatía, pese a que, normalmente, siempre estaban presentes el papá y la mamá de Manuel.

Él le llamaba la atención mucho más de lo normal, y ella entonces se lo manifestaba en su manera de conducirse, sus temas de conversación, sus risas sonoras y sus miradas francas e insinuantes.

El papá y la mamá del muchacho notaban aquella atracción que se daba entre ellos dos, y lo disimulaban, o fingían no percatarse de esa situación tan especial.

En verdad, ambos se sentían atraídos, y disfrutaban los momentos que pasaban conversando en la casa de él.

Eso lo sabían ellos dos, y los padres de Manuel.

En una ocasión, en el mes de noviembre, llegó la fecha de cumpleaños del joven.

En ese mes cumpliría los diecinueve años de edad.

Uno de esos días, estando ella de visita en la casa de Manuel, en conversación con él y con sus padres, invitó al muchacho a que, para festejar su cumpleaños, fueran a bailar, ella y él, a un salón de baile que había por esa época en un barrio llamado Zapote, o en otro llamado Curridabat, no recuerdo muy bien.

Todos aceptaron gustosamente la sugerencia de doña Laila.

Ella le pediría permiso a su esposo, y explicaría a sus hijas que esa noche le festejaría el cumpleaños al muchacho.

Ninguna de las dos cosas significaba algún problema para ella ni para su familia.

Manuel esperó con ansias a que llegara el día en que saldrían ellos dos juntos, sin que estuvieran presentes otras personas de las dos familias.

Pasaron unas dos semanas y, por fin, llegó el viernes tan esperado.

A las seis y treinta en punto, ella pasó por él a su casa.

Doña Laila vestía una blusa manga larga de color amarillo brillante, hecha de una tela que, si mal no recuerdo, la gente llamaba tafetán.

Adornó su cuello con un collar como de bronce, que se le ajustaba a la piel de una manera excelente.

Por donde pasaba dejaba un delicioso aroma, pues había decidido utilizar su mejor perfume para aquella noche tan especial.

Lucía una enagua negra que le llegaba un par de dedos por encima de la rodilla, unas medias que a la luz de los bombillos se veía de un tono como dorado, y unos zapatos negros de tacón alto, con una banda dorada en la dirección del talón.

Llevaba su pelo negro bien ordenado, y peinado con esmero y cuidado. Sobresalía un moño muy bonito, sostenido por una prensa de color amarillo.

Había pintado sus párpados de un color violeta, y sus labios y sus uñas de un color rojo intenso.

Él se vistió con la mejor ropa que tenía, para lucirle bien a aquella mujer tan especial.

Llamaron un taxi, se despidieron de la familia de él, y se fueron hacia el salón de baile en donde pensaban disfrutar una buena parte de la noche.

De camino, con la mayor naturalidad, ella le dio la mano al muchacho, a lo que él correspondió muy entusiasmado.

En realidad, parecían una pareja de novios.

Llegaron como a las siete de la noche, y se sentaron una mesa hacia el fondo del local, un poco largo de la pista de baile, pues había mucha gente y quedaba poco espacio libre.

Ordenaron unas bebidas y se quedaron ahí sentados, riendo y conversando, mientras se adaptaban a aquel ambiente característico del salón de baile.

El lugar era bonito, cómodo, fresco, bien iluminado, y agradable.

El grupo musical pronto empezó a tocar música alegre de tipo tropical, y rápidamente algunas parejas se pararon a bailar.

Pasados unos quince minutos, y ya adaptados a la situación, luego de conversar un rato, se pararon a bailar, igual a como lo hacían las demás parejas en el salón.

Bailaron suelto tres o cuatro piezas y se fueron a sentar a su mesa.

Doña Laila y Manuel estaban muy alegres y contentos, disfrutando aquellos momentos tan bonitos.

Tomados de la mano, se volvieron a levantar de la mesa para seguir bailando.

Estaban muy entusiasmados.

En verdad formaban una bonita pareja, pese a su diferencia de edad.

Entre las piezas movidas, el grupo musical intercalaba música suave, ocasión en que alguien hacía bajar lentamente la luz del salón, hasta que éste quedaba prácticamente oscuro.

Las parejas se quedaban bailando en la oscuridad hasta que, luego de dos o tres piezas suaves, tocaban otra vez música movida.

Como bailaban abrazados, el contacto del cuerpo de doña Laila con el del muchacho, hizo que éste se fuera excitando, por lo que empezó a abrazarla de una manera tal que la excitaba a ella también.

Cuando terminaban las piezas de música suave, no se iban a sentar, sino que permanecían bailando música movida, hasta que correspondía de nuevo el turno a la música suave.

En una ocasión en que el salón estaba oscuro, doña Laila acercó mucho su cara a la de Manuel mientras conversaban y reían, lo que dejó su boca muy cerca de la de él.

El muchacho entonces la besó suavemente en los labios, lo que a ella no le molestó.

En su lugar, más bien le correspondió de buena gana.

Se quedaron prácticamente quietos en la pista de baile, y se fundieron en un apasionado beso, tan largo que se les hizo eterno.

Siguieron bailando, y cada vez que venía la música suave, disfrutaban mucho besándose, sin que nadie se percatara de eso.

Él, en aquel ambiente oscuro y romántico, empezó a tocarla disimuladamente, a lo que ella correspondió apretando intensamente su cuerpo con el de él mientras, riendo y halagada, le susurraba al oído palabras en una voz casi inaudible.

Así pasó un buen rato, hasta que decidieron ir a sentarse a su mesa.

En ese momento serían ya las nueve y media de la noche.

Doña Laila entonces le sugirió a Manuel que fueran a otro lugar, donde

no hubiera tanta gente, y donde pudieran estar más cómodos.

A él se le iluminaron los ojos ante aquella estupenda idea, y poco después los dos salieron del salón y tomaron un taxi rumbo a uno de los moteles que había ahí cerca de donde estaba situado el salón.

Cuando entraron a la habitación le dieron rienda suelta a su cariño, su amor, su excitación y su entusiasmo.

La ropa interior de ella era de un color amarillo, casi transparente, y con un bordado dorado, lo que le permitía lucir la gran belleza de su cuerpo perfecto.

Él le quitó la ropa interior, y se quedó admirando aquella imagen de ensueño y sensualidad.

Acariciaba el cuerpo desnudo de doña Laila, cosa que había soñado hacer desde que ella empezó a gustarle, hacía ya muchos años.

Ella le correspondía de igual manera.

De veras que eran muy felices.

Hicieron el amor tres o cuatro veces, hasta que, ya exhaustos pero satisfechos, decidieron levantarse e irse para sus casas.

Se vistieron y se arreglaron con calma, salieron del motel, y como a la una y media de la mañana llegaron a la casa de doña Laila.

Él se fue para la suya caminando por la calle solitaria y fría, en aquella noche mágica de noviembre.

Ella se quedó mirándolo, parada en el dintel de la puerta, hasta que él entró a su casa.

Entonces doña Laila entró a la suya también.

La fiesta había terminado.

La noche había sido muy intensa, tanto, que los marcaría para siempre.

Esa madrugada, llenos de lindos recuerdos por todo lo vivido, durmieron tranquilos, satisfechos y contentos.

Había sido una noche de cumpleaños que él no olvidaría jamás.



Noviembre, 2021.

Las clases de baile.

Juan José vivía con su familia en uno de los barrios del sur de San José, la capital de Costa Rica. Era un barrio de clase media, en donde la mayoría de los pobladores vivían de los salarios que, sobre todo los hombres, se ganaban en sus lugares de trabajo.

Esos ingresos les permitían vivir sin problemas, aunque sin grandes gastos que vinieran a causar inconvenientes presupuestarios.

Las casas eran, casi todas, de madera pintada de llamativos colores. No eran pequeñas, pero sí lo suficientemente grandes como para que viviera cómodamente una familia compuesta por el papá, la mamá y unos cuatro hijos.

La familia de Juan José estaba compuesta de su papá, su mamá y tres hermanos, y vivían en una bonita casa de una planta.

Los cuatro hijos, todos varones, estudiaban en colegios de la capital, y uno de ellos el mayor ya estaba en la universidad.

Por esos días, él cursaba el quinto año en el Liceo de Costa Rica, un afamado colegio josefino.

Era un buen estudiante, alegre y simpático, al que le gustaba bailar y contar chistes cada vez que podía. En su casa era un buen hijo que no daba ningún problema a sus padres ni a sus hermanos.

A unas tres cuadras de su casa vivía una vecina que se llamaba doña Flora.

Ella vivía con su esposo, dos hijos y una hija en una linda casa que tenía un jardín lleno de margaritas y matas de rosa.

Su esposo trabajaba en una organización del gobierno, lugar en el que había hecho carrera como oficinista experto en asuntos financieros.

Se trataba de una mujer bonita, de corta estatura, pero de un cuerpo

muy lindo y bien formado. Su pelo negro le llegaba hasta los hombros, y era muy admirada en el barrio por su belleza y su simpatía.

Era de cuerpo delgado, pero de busto bondadoso y piernas gruesas.

Le gustaba vestir enaguas cortas que le llegaban como cuatro dedos por encima de las rodillas y blusas pegadas al cuerpo que hacían resaltar sus curvas naturales.

Su figura blanca era la atracción de más de un varón en el barrio, pero no le decían nada por respeto y porque ella no daba oportunidad para que eso ocurriera.

En esa época ella tendría unos treinta y cinco años de edad.

Era muy aficionada al baile y, de adolescente, le gustaban las fiestas que se organizaban en el Colegio Superior de Señoritas, colegio en el que cursó toda la educación secundaria.

De hecho, era una excelente bailarina, pues tenía la belleza, la simpatía y la gracia indispensables para sobresalir en cualquier fiesta.

Un día, en que Juan José iba para el liceo, coincidió con doña Flora y se fueron caminando juntos. Ella le preguntaba de su rendimiento como estudiante, y de sus jugadas como deportista, inquietudes a las que contestaba amablemente el muchacho.

Entre risas y gestos de agrado, llegaron al liceo. Ahí se despidieron, pero él se quedó en el portón viéndola como se iba alejando. Al llegar a la esquina, ella se volvió y se despidió de él, con movimientos de su mano y sonriendo con mucha coquetería.

El muchacho quedó prendido de aquella mujer tan dulce, simpática y bonita.

Desde ese día, él trataba de encontrársela por casualidad en el barrio, pero eso era poco probable que se diera, porque ella siempre estaba en su casa y él en el liceo.

A doña Flora le gustaba organizar fiestas en su casa, a las que a veces

invitaba a personas del barrio, que eran sus vecinos y amigos.

Así fue como en una ocasión, un viernes, invitó a Juan José y a su familia a la fiesta de cumpleaños de su hija que cumplía dieciséis años de edad. Asistirían otros invitados y todos juntos esperaban pasar una noche agradable y entretenida.

Y así fue.

Como a las siete, Juan José y su familia llegaron a la casa de ella, se sentaron en la sala y, mientras llegaban los demás invitados, estuvieron hablando de todos los temas del quehacer normal de las familias en ese lindo barrio capitalino.

Pronto ya estuvieron todos reunidos, y la conversación se fue haciendo cada vez más interesante. Participaban y reían de los chistes y ocurrencias que algunos de ellos les contaban a los demás.

Los invitados estaban contentos y locuaces, tomando tragos y comiendo los bocadillos que había preparado doña Flora para esa fiesta en especial.

Doña Flora vestía un lindo vestido celeste, no muy ceñido al cuerpo, pero que le quedaba bastante corto. Lucía un moño muy bonito que se había hecho con su pelo. Sus zapatos eran negros, con un tacón bajo que sonaba al caminar. Había pintado sus labios y su cara con esmero y cuidado.

En verdad, lucía muy linda, atractiva y femenina.

En medio de aquella actividad, el muchacho y la mujer empezaron a intercambiar miradas y sonrisas. Esto sin que lo notaran los demás asistentes a la fiesta.

Juan José estaba muy contento, y no le perdía la vista a aquella agraciada mujer tan simpática. Ella estaba radiante, jugando aquel juego tan excitante con el muchacho.

Pronto los invitados empezaron a bailar, pues ya los tragos habían

hecho su efecto en los varones y las mujeres, los que, sin muchas inhibiciones, bailaban libremente la música variada que alguien ponía a sonar en aquella fiesta tan entretenida.

Juan José sacaba a bailar a las muchachas del barrio que estaban ansiosas por participar en el jolgorio, a lo que ellas accedían gustosas, hasta que en un momento dado se armó de valor y sacó a bailar a doña Flora.

Aunque ella estaba ocupada atendiendo a los invitados, aceptó gustosa la invitación, y así estuvieron bailando un rato.

Algunas piezas eran para bailar sueltos, y otras para bailar abrazados, ocasiones que aprovechaban para disfrutar aquellos momentos tan especiales.

Cuando bailaban abrazados, juntaban sus cabezas y sus mejillas y sus cuerpos entraban en contacto, pero no conversaban, sino que vivían esos instantes con mucha satisfacción.

Él notaba que ella, de vez en cuando, le apretaba la mano, a lo que él correspondía haciendo lo mismo.

Finalmente, luego de disfrutar varias piezas, ella se reintegró a sus labores de anfitriona, y dejaron de bailar.

Sin embargo, continuaron intercambiando miradas y sonrisas, cada vez que tenían oportunidad, cosa que nadie notaba en esa fiesta tan divertida.

Cuando eran ya como las doce de la noche, los invitados empezaron a retirarse, y por una cuestión de consideración y respeto, Juan José y su familia hicieron lo mismo.

La fiesta había terminado.

Esa noche, ya en su casa, él no podía conciliar el sueño, porque no podía dejar de pensar en doña Flora.

Al día siguiente, sábado, él pasó varias veces al frente de la casa de

ella, pero no pudo verla. Probablemente estaba muy ocupada. Así pasaron varios días. Él salía a menudo con la esperanza de encontrarla por casualidad, pero no era posible. Corría el mes de agosto, y el invierno estaba en su apogeo. Todos los días llovía a cántaros, especialmente por las tardes. Los aguaceros eran fuertes, se podría decir incluso que llovía, a veces, torrencialmente. Una tarde, por ahí de las tres y media, Juan José venía del liceo hacia su casa, cuando de camino empezaron a caer goterones. Él salió corriendo para no empaparse, pero fue inútil. Resulta que, de todas maneras, se mojó mucho. Cuando iba pasando frente a la casa de doña Flora, ahí estaba ella, parada en la puerta de la casa. Venía llegando de hacer mandados, pero para su buena suerte, no se había mojado. Llamó a gritos a Juan José, y le pidió que entrara a su casa, pues estaba con todo el uniforme gris muy mojado. Él accedió de buen talante, y entró a aquella casa bonita donde vivía la señora. En ese momento estaba sola pues todos, sus dos hijos y su hija, habían salido, y su esposo andaba trabajando. Le pidió que se quitara la camisa mojada, para secársela con la plancha caliente. Para que no se enfriara, le pidió que se pusiera una camisa de su esposo, seca y tibia. Eso le permitiría mantener el calor corporal. Ella se cambió de ropa, pues estaba un poco húmeda, y se puso una enagua corta de las que a ella le gustaban. Se dejó la blusa que traía puesta desde el principio y se cambió los zapatos mojados. Luego se peinó con su moño habitual, y se pintó los labios de color rojo. La verdad es que veía fresca y bonita. Muy atractiva y sonriente.

Estaba contenta y locuaz. Su alegría era evidente mostrando toda su coquetería para agradar al muchacho. Mientras le secaba la camisa del uniforme, conversaban de todo un poco, hasta que ella trajo a colación el baile de hacía unos días. Le dijo a Juan José que él podría mejorar su manera de bailar cumbias y merengues y que, para eso, ella se ofrecía para guiarlo dándole clases de baile ahí en su casa. Él aceptó la invitación y quedaron de empezar a partir del día siguiente, a las tres de la tarde, que era cuando él salía de clases en el liceo. Siguieron conversando, hasta que la camisa del uniforme estuvo seca. Lo invitó a una taza de café caliente con un panecillo hecho por ella misma, y luego él se fue para su casa. Iba muy contento, pues la había visto, por fin, y tras de eso, con lo de las clases de baile, podría continuar viéndola más a menudo. Aquella noche no pudo estudiar y, al acostarse, le costó conciliar el sueño. Estaba muy ansioso esperando el día siguiente. Cuando llegó al colegio al otro día, no podía dejar de pensar en ella, y estaba esperando ansiosamente que llegaran las tres de la tarde. Finalmente, luego de unas horas que se le hicieron eternas, llegó la hora en que sonó el timbre que indicaba el final de la última lección del día. Salió apresuradamente del colegio, y se fue para la casa de doña Flora. Lo estaba esperando, ya que ella también estaba ansiosa porque llegara ese momento. Vestía una linda enagua color azul oscuro, bastante corta y amplia, con zapatos negros de tacón pequeño, una blusa color lila muy ceñida al cuerpo, cuyo color hacía resaltar muy bien su cara blanca y sus labios pintados de rojo encendido. Se saludaron en la puerta de la casa y Juan José entró a la casa.

Ésta estaba limpia, ordenada y fresca. Olía todo a limpio.

Conversaron unos minutos, y ella le dijo que la clase duraría no más de una hora, pues esperaba que terminaran antes de que regresaran sus hijos y su hija del colegio.

Él estuvo de acuerdo en todo y entonces ella se dirigió al equipo de sonido y puso un disco de larga duración, de cumbias, ejecutadas por una orquesta colombiana.

Ambos estaban encantados disfrutando aquel momento tan emocionante, ella sonreía muy contenta y él le correspondía en todo sentido.

Pasados los primeros quince minutos, ya habían entrado en un período de más confianza, por lo que, entre pieza y pieza, se mantenían tomados de la mano, mientras ella hacía ajustes, sobre todo al volumen, del equipo de sonido.

Así transcurrió la hora de clase.

Se quedaron conversando unos minutos y quedaron de verse otra vez dentro de una semana, para continuar con las clases.

Se despidieron y él se fue para su casa.

Una semana después, él llegó a la casa de ella a la hora convenida luego de salir del liceo.

De nuevo, ella se había vestido muy cuidadosamente, y en realidad se veía coqueta y muy atractiva.

La clase, por las mismas razones que se dieron la semana anterior, no debería durar más de una hora.

Estuvieron bailando cumbias y merengues una media hora, y tomados de la mano entre piezas, conversaban animadamente de música y de pasos de baile.

Luego de un rato, ella propuso bailar música suave, a lo que Juan José accedió gustosamente.

Bailaron abrazados varias piezas, pero ella le hizo la observación de que lo notaba tenso, por lo que le sugirió aflojar un poco los hombros y abrazarla con más confianza.

Él siguió las observaciones al pie de la letra, por lo que le soltó la mano y la abrazó con ambos brazos.

Ella, riendo satisfecha, le dijo que así estaba mucho mejor, y de seguido se abrazó a él juntando completamente su cuerpo al del muchacho.

Bailaron así, muy juntos, él sintiendo el contacto del cuerpo de aquella mujer tan bonita, y ella disfrutando del calor y afecto de su compañero de baile.

Ambos estaban maravillados, viviendo aquel momento tan especial y tan significativo.

Cuando terminó la pieza, no se soltaron, sino que se quedaron abrazados, sin decir palabra alguna, durante dos o tres minutos.

Era un momento de éxtasis para ambos.

Cuando se dieron cuenta, ya era hora de terminar la clase.

Ella le dijo que ya él estaba listo para ir a bailar a algún salón, pero que ella no podría acompañarlo porque su esposo era muy celoso. Eso era un problema de muy difícil solución.

Ambos lamentaron que no pudieran ir a bailar a alguna parte, cosa que les hubiera gustado muchísimo.

Pero entonces ella tuvo la idea de organizar una fiesta en su casa, pero sólo para ellos dos.

A eso ella le llamó una fiesta para dos.

Quedaron en que sería dentro de dos semanas, porque su hermana había invitado a toda su familia a que la visitaran en su finca de Guanacaste. Irían todos, su esposo, sus hijos y su hija, pero ella se quedaría cuidando la casa. Partirían el viernes a regresar el domingo por la noche.

Aprovecharía ella entonces esa oportunidad para organizar la fiesta para dos.

Esa noche él diría a sus padres, que iría a una fiesta a la que lo había invitado doña Flora. Esto para explicar por qué esa noche llegaría tarde a casa.

A ambos les pareció una idea estupenda.

Juan José quedó de llegar a la casa de ella el viernes dentro de dos semanas, a las siete de la noche.

Se despidieron en la puerta de la casa, y él se fue para la suya.

Aquella noche, a Juan José le costó mucho dormir. Durante toda la noche estuvo despertándose, siempre pensando en ella.

Así pasaron los días, muy lentamente, esperando que llegara el día de la fiesta para dos, momento que esperaba con ansiedad.

Ya había llegado el mes de setiembre, pero el período de exámenes aún estaba lejos, por lo que no tenía mucho que estudiar, lo que lo hacía sentirse tranquilo y sosegado.

Por fin llegó el día de la fiesta. Era viernes y la familia de doña Flora había iniciado el viaje a Guanacaste desde temprano en la mañana.

Les contó a sus padres que ella lo había invitado a una fiesta que habría en su casa, y que por esa razón probablemente regresaría tarde a la casa.

A las siete en punto llegó a la casa de ella.

Doña Flora estaba radiante. Se había vestido, en realidad, para una fiesta.

Lucía recién bañada, con el pelo recogido en el moño que llevaba normalmente, sus labios pintados de rojo, y la misma enagua de color azul oscuro que había vestido hacía unos días, con una blusa celeste muy ajustada al cuerpo que tenía un escote muy sugestivo.

Una vez dentro de la casa, se quedaron conversando unos minutos

tomados de la mano, y luego se sentaron en el sofá a departir un poco y a tomar un refresco que ella había preparado con frutas naturales.

Estaba con la pierna cruzada, lo que hacía que su enagua se le subiera mucho, quedando descubiertos una buena parte de sus muslos.

Juan José no soportó la tentación, y empezó a tocar las piernas blancas de aquella linda mujer, lo que ella agradeció con cálidas e insinuantes sonrisas, que mostraban que aquello la satisfacía y la halagaba.

Al rato de estar conversando, encendió el equipo de sonido y puso una música suave, e inmediatamente lo invitó a bailar.

Se abrazaron lentamente, pese a que estaban muy ansiosos de hacerlo, y Juan José la besó en los labios.

Ella se abrazó a él con dulzura y le correspondió de la misma manera, mientras continuaban bailando abrazados y casi sin moverse.

Sus cuerpos estaban en contacto, y ambos podían sentir la tibieza del momento.

Él, con bastante timidez, le empezó a tocar todo el cuerpo, y a colmarla de caricias, mientras ella hacía lo mismo con él.

Cuando la pieza terminó, tal y como acostumbraban hacerlo, no se separaron, sino que continuaron abrazados, besándose y tocándose muy excitados.

La mujer le sonrió dulcemente, lo tomó de la mano, y se encaminaron, ansiosamente, hacia su habitación.

Todo quedó en silencio, en esa noche tan especial.

Sólo se escuchó el ruido, casi inaudible, de una lechuza que había cazado un ratón.

Bernal

Marzo, 2021.

La maestra.

Por aquellos días transcurría el principio de la segunda mitad del siglo veinte.

Yo entonces tenía dieciocho años de edad y estudiaba en la Universidad de Costa Rica la carrera de ingeniería eléctrica, en la cual me iba muy bien en todo sentido.

Yo por entonces no tenía novia, pero era muy buen amigo de doña Siria, una bonita vecina del mismo barrio.

Ella era una maestra de unos treinta y cuatro o treinta y cinco años, que daba clases en una escuela de Guadalupe, uno de las barriadas que se habían ido poblando en las afueras de la ciudad de San José.

Doña Siria acostumbraba visitar mucho a mi madre, y ahí habíamos empezado una linda relación basada, al principio, en bromas y juegos. Esto porque ella era una mujer simpática a la que le gustaba mucho bromear y reír a grandes carcajadas.

A veces nosotros íbamos a la casa de ella y ahí permanecíamos largas jornadas llenas de conversación, bromas, chistes y risería, conversando ella principalmente con mi madre de todo tipo de temas y contándose todos los detalles de las cosas que ocurrían a diario en el barrio.

En otras ocasiones ella me invitaba a tomar café en su casa, cuando sus hijos andaban en la escuela por las tardes. Esos eran ratos muy agradables y entretenidos, en los que hablábamos de todo tipo de cosas, yo principalmente de vivencias en la universidad y ella, casi siempre, de sus experiencias en la escuela donde daba clases.

Nos sentábamos en la mesa del comedor de la cocina de su casa, con una taza de café y bocadillos que ella misma preparaba para comer mientras charlábamos.

De esa manera llegó una ocasión en que Doña Siria me contó que, uno de esos días en que estaba dando lecciones, cuando se sentó en su escritorio mientras esperaba que los niños terminaran una composición que les había pedido, casi por casualidad, se dio cuenta de que un niño de apellido Fernández, le miraba insistentemente las piernas.

Ella sabía que tenía piernas muy bonitas, por lo que normalmente vestía con enaguas o vestidos un poco cortos, un par de dedos por encima de las rodillas.

Además, se ponía una especie de fajilla para sujetar con ella las medias de nylon que vestía normalmente, lo que la hacía lucir más excitante y sensual que si no se pusiera medias del todo.

El escritorio no tenía cobertura por el frente, por lo que al sentarse sus piernas quedaban a la vista de los niños. Sospechaba que algo de eso pudiera prestarse para que un niño más despabilado que los demás, pudiera verla sin que nada le estorbara.

Al principio ella se preocupó por lo que estaba ocurriendo, pero pasados unos minutos, empezó a notar que Fernández la observaba con disimulo, pero con insistencia, con mucho temor de ser descubierto.

Entonces decidió facilitarle las cosas al muchacho y, aparentando no haberse dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, se movió hacia un lado para que su enagua se le subiera bastante al cruzar las piernas y se pudieran ver las ligas de la fajilla que sujetaban sus medias.

Al ver que el niño continuaba mirando, cruzó las piernas varias veces, despacio y con disimulo, para que el muchacho pudiera verla bien y disfrutara del momento.

Fernández entonces no le quitaba la mirada de encima, con los ojos muy abiertos mirando aquel espectáculo tan bonito. Así estuvo por algunos instantes muy excitantes, para luego desviar su mirada hacia el cuaderno en el que estaba escribiendo la composición.

Luego de unos dos o tres minutos muy emocionantes, se levantó entonces de su escritorio, y lentamente, como si nada hubiera ocurrido, se fue caminando hacia la puerta abierta del aula para ver si alguien

podiera haber visto aquellos momentos tan significativos.

Doña Siria se sentía bien por lo que había ocurrido, se sentía bonita y deseada.

De todas maneras ella siempre se había sentido atractiva y seductora. Por un momento ella sintió un poco de temor de que la pudieran haber observado jugando el juego con Fernández, pues la directora de la escuela acostumbraba pasearse lentamente por los corredores, observando a sus maestros dar lecciones.

Pero no, no había ninguna persona por ahí. Nadie los había visto.

En la escuela se exigía a los maestros y maestras que, preferiblemente, mantuvieran abierta la puerta del aula mientras daban lecciones, para facilitar de esa manera el seguimiento y control del ambiente que se desarrollaba durante las clases.

En los días siguientes, doña Siria no tuvo oportunidad de mostrarse a Fernández, pero sí decidió que en lo sucesivo estaría atenta a situaciones en que ella pudiera participar en esos juegos con el muchacho.

Así entonces se preparó para aprovechar momentos en que situaciones de esas se pudieran suscitar, pues en realidad le había gustado la experiencia de ese día.

Pasaron varias semanas en que yo tuve muy poco tiempo libre, pues debía estudiar mucho porque estaba en época de exámenes parciales. Durante esos días no pude ni ver ni conversar con Doña Siria. Ella tampoco llegó a nuestra casa a hacer visita.

Corría el mes de setiembre y, un día como a las doce y media en que regresaba a mi casa a la salida de la universidad, me la encontré en el autobús.

Nos vinimos hablando un poco y me invitó a ir a su casa ese mismo día en la tarde, a lo que accedí porque no tenía mucho que estudiar.

Hablamos de todo un poco y, entre otras cosas, me contó que una tarde en que estaba dando clases, puso a los niños a leer un texto de un libro que ella llevaba a la clase para que ellos leyeran una vez por semana, uno por uno, en voz alta, mientras los demás escuchaban.

Eso les permitía practicar la lectura propiamente dicha, y además aguzar su comprensión del texto leído, ya que ella cada uno o dos minutos,

les preguntaba a algunos niños, escogidos al azar, por las cosas que se iban desarrollando en el texto que algún compañero estaba leyendo.

Como ella sabía que ese día harían esa dinámica, se puso una enagua más corta que lo habitual, de un color amarillo claro y unos zapatos de tacón alto.

Ella, cuando estaba dando clases, se quitaba los zapatos de tacón alto y se ponía unos muy suaves y de tacón muy bajo, esto para estar más cómoda y descansar los pies.

Esa tarde se dejó puestos los zapatos de tacón alto y cerró la puerta del aula.

Cuando empezó la dinámica, al principio estuvo de pie al lado del escritorio, pero luego se sentó.

Inmediatamente el niño Fernández empezó a mirarla con disimulo aparentando falta de interés.

Entonces Doña Siria cruzó las piernas, al principio con cierta prudencia pero, pasados algunos minutos, con la clara y expresa intención de que él pudiera ver prácticamente lo que quisiera.

El muchacho empezó a moverse en su silla nerviosamente y a mirar cada vez con mayor interés y con menos disimulo.

Sabía que él le estaba viendo con suma facilidad su ropa interior, pero ella disfrutaba ser la actriz principal de aquella función.

Se sentía audaz y atrevida. Además se sentía el centro de la atención de aquel muchacho.

Ese era un momento que tanto él como su maestra, estaban viviendo con la mayor intensidad.

Así pasaron unos quince o veinte minutos, al cabo de los cuales, la dinámica terminó.

Abrió la puerta del aula y se cambió los zapatos.

Recogió el libro y continuó dando la clase de la manera más natural.

Sentados en la mesa del comedor de su casa aquella tarde de setiembre, sentí un gran deseo de abrazarla, besarla y tocarla, pero en verdad me daba mucho miedo de que ella me acusara con mi mamá y con mi papá, por lo que terminada su historia, conversamos un rato más y luego me fui para mi casa.

El resto del mes llovió mucho. Casi todos los días, mañana y tarde. Por esas semanas todo fue ir a la universidad y estudiar en mi casa. No daban ganas de salir. Todo estaba húmedo y frío.

Cuando llegó el mes de octubre el tiempo, en vez de mejorar, empeoró bastante, por lo que no pude ver a Doña Siria, menos aún, conversar con ella.

En los primeros días de noviembre llegó de visita a nuestra casa y, mientras conversaba con mi mamá, me invitó a su casa esa misma tarde.

Yo fui de buena gana, pues estaba cada vez más interesado en, si me armaba de valor suficiente, tomarle la mano y quizás hasta darle un beso.

Cuando llegué a su casa nos sentamos en el comedor como hacíamos habitualmente, y luego de charlar un rato y tomar café con pastelillos, pasó a contarme un evento más que había vivido en la escuela con el niño Fernández.

Para esa ocasión ella decidió dar un paso más arriesgado.

Como ella cosía su propia ropa, a menudo vestía unos arreglos que consistían en una enagua pegada al cuerpo, una blusa de botones al frente, y una especie de saco muy bonito al que ella llamaba blazer.

De esos arreglos tenía varios, de diferentes colores, pero con cortes muy similares.

Este saco podía cerrarse por el frente con sólo aplicar el cierre con los botones que para eso estaban dispuestos.

Para ese día ella había planeado revisar los cuadernos de vida de algunos estudiantes que ella escogería al azar.

Llegó a la escuela con uno de aquellos arreglos tan bonitos de color verde muy claro, con el blazer cerrado por el frente, con una amplia blusa de botones, pero sin sostén.

Como el blazer iba cerrado, no se notaba nada.

Se puso también unos lindos zapatos de tacón alto.

Llegado el momento cerró la puerta del aula, les puso a los niños unos ejercicios de matemáticas y, mientras ellos los resolvían, ella los iba llamando a su escritorio, uno por uno, para revisarles el cuaderno de vida.

Se quitó el blazer y se desabotonó bastante la blusa.

Cuando le tocó el turno a Fernández, lo llamó e hizo que él se parara al frente del escritorio, pero al revisarle el cuaderno ella se puso de pie y se inclinó hacia adelante, de tal forma que su blusa de tela suave cayó un poco y, como estaba bastante desabotonada, dejó al descubierto sus pechos, que sólo podía ver Fernández.

El niño se quedó como bobo, mirando aquella imagen tan atractiva.

Por algunos minutos ella le revisó el cuaderno, mirando de reojo como el muchacho no le quitaba los ojos de sus pechos blancos.

De vez en cuando le hacía alguna observación, y se volvía a inclinar hacia adelante, para que él pudiera verla sin problemas.

Disfrutó mucho aquellos momentos tan especiales, sintiendo como el niño la miraba extasiado.

Se movía a propósito para facilitarle a él aquella visión inolvidable de sus pechos blancos y turgentes.

Sus pezones eran rosados, como los lirios de mayo.

Luego de unos tres minutos, lo miró con mirada pícaro y le devolvió el cuaderno.

Disimuladamente se abotonó la blusa, se puso el blazer y continuó revisando los cuadernos de otros niños de la clase.

La función había terminado.

Luego, cuando hubo revisado un buen número de cuadernos, se levantó, abrió la puerta del aula y continuó la lección de ese día.

Yo me quedé mirándola con bastante inseguridad, extendí mi mano a través de la mesa, y tomé una de las suyas.

Ella no se molestó, me miró con ternura y me dijo, -abráceme, que tengo frío...-

Nos abrazamos con cierta timidez y luego, armándome de mucho valor, la besé en la boca...



Agosto, 2017.

Las ligas.

Hoy, muchos años después de que eso ocurriera, recuerdo la tarde en que le di un beso en la boca a Doña Siria, mi amiga maestra de una escuela de educación primaria, luego de que me describiera una de las funciones que ella le daba a un niño, alumno suyo en la escuela, de apellido Fernández.

En realidad, varias veces me había contado que al muchacho le gustaba verle las piernas cuando ella estaba sentada en su escritorio.

Esto lo hacía porque se lo facilitaba la posición en que él se sentaba en el aula, lo que lo hacía quedar directamente frente al escritorio de ella. Ella jugaba el juego con el niño, poniéndose ropa clara y ceñida al cuerpo, con la enagua lo suficientemente corta como para que se le subiera bastante al sentarse. De esa manera, y cruzando ella las piernas con aparente descuido, él podría verla casi tanto como quisiera.

En aquellos años me contó que eso los excitaba mucho, tanto a ella como al muchacho.

Me dijo que le gustaba mucho hacerlo así, por lo que se había convertido aquello en un juego que practicaban, ella y el niño, cada vez que se daba alguna oportunidad.

A esos juegos, ella les llamaba funciones.

Esa tarde le tomé las manos al despedirme y la besé en la boca. Lo recuerdo muy bien.

En esa ocasión, serían ya como las cinco, y sus hijos andaban en la escuela. Aún no habían llegado a la casa, aunque ya era hora de que lo hicieran, pues salían de clase a las cuatro y treinta. Ella había dado clases en la escuela en donde trabajaba, pero en el horario de la mañana.

Se quedó parada en la puerta de su casa mientras yo me retiraba, fijando en mí su mirada pícaro mientras me sonreía de manera muy coqueta. ¡Qué tentación...!, me dijo cuando yo me estaba retirando, mientras seguía sonriendo de manera muy maliciosa.

Doña Siria era delgada, de un color blanco cobrizo, de estatura normal, simpática y muy agraciada.

Además, siempre andaba bien arreglada y con sus labios bien pintados. Por esos días ella tendría unos treinta y cuatro años de edad.

Sin ninguna duda, ella a mí me gustaba mucho.

Luego de que se diera esa situación, casi no nos vimos.

Pasaron muchos días en que no pude ni siquiera saludarla, porque no se dio ninguna oportunidad para hacerlo.

Yo busqué algunas excusas para provocar alguna coyuntura en que pudiera verla, pero ella siempre andaba con sus hijos o con su esposo, lo que impedía que yo pudiera saludarla, y mucho menos conversar con ella como hubiéramos querido.

Pasadas unas semanas, un día al regresar a mi casa como a las tres de la tarde, me la encontré hablando con mi mamá en la sala.

Algo le estaba contando, y hablaba haciendo grandes ademanes con los brazos, mientras reía a carcajadas.

Doña Siria lucía un vestido de color verde, de una sola pieza, pegado al cuerpo, sin mangas y bastante corto. No llevaba puestas medias ni sostén, lo que la hacía ver atrevida, insinuante y seductora.

Yo las saludé como lo he hecho siempre, y continué mi camino hacia mi habitación.

Me sentía bastante turbado, por lo que pasé y me retiré de prisa y casi sin volverlas a ver, excepto a Doña Siria, pues ese día lucía muy apetecible para cualquier varón.

Pasados unos treinta minutos, mi madre y ella me llamaron pues iban a tomar café, por lo que dejé de hacer lo que estaba haciendo para unirme a ellas en la mesa del comedor.

Ahí estuvimos hablando un rato mientras tomábamos café con tortillas de maíz con queso Turrialba.

No recuerdo bien la razón por la que mi mamá se tuvo que retirar, pero el asunto es que se fue a hacer algo en una de las habitaciones del fondo de nuestra casa. Nos dijo que se uniría a nosotros nuevamente algo así como una hora después.

Yo me quedé conversando con Doña Siria, siempre sentados en la mesa del comedor.

Entonces, aprovechando que nadie nos estaba oyendo, me relató una de sus últimas funciones que le había dado al niño Fernández en la escuela.

Empezó a contarme que, desde hacía ya varios días, cuando los niños salían a recreo de diez minutos, el niño Fernández se quedaba dentro del aula con la excusa de que estaba dibujando.

Ella salía despacio a la puerta del aula para ver si alguien podría estarlos viendo, y al ver que no había ningún riesgo, cerraba disimuladamente la puerta dejándola entreabierta.

Se sentaba en su escritorio a simular que estaba revisando algo, aparentando que no se daba cuenta de que el muchacho la estaba observando, pero sentándose de tal manera que el niño pudiera verle los muslos y su ropa interior sin ningún problema.

Eso tardaba unos tres o cuatro minutos, y cuando ella calculaba que ya era tiempo, se levantaba del escritorio, abría la puerta del aula, y un par de minutos después, sonaba el timbre que indicaba que el recreo había terminado.

Entonces llamaba a los demás niños para que regresaran al aula y así poder empezar y continuar con la clase.

Ese mismo día, al llegar la hora del siguiente recreo, éste de quince minutos, el niño Fernández se volvía a quedar en el aula, siempre con la excusa de que estaba dibujando.

Entonces ella ideó una situación un poco más excitante y arriesgada. Desde hacía unas seis semanas, al llegar el recreo de diez minutos, ella

empezó a quitarse las medias, simulando que no se estaba percatando de que el niño estaba atento sin perder ningún detalle.

Para esto, ella iba a la escuela con las medias sostenidas en su lugar por unas ligas de un tejido elástico que se apretaban contra la carne de sus muslos.

Al llegar la hora del recreo, como de costumbre, cerraba la puerta del aula, y se sentaba a darle la función al muchacho.

Pero esta vez lo hacía quitándose las medias y enseñándole las piernas al niño que la miraba interesadísimo y excitadísimo.

Se las quitaba despacio, de una manera muy ceremoniosa, bajándose las ligas con mucho cuidado para no dañar las medias, actuando como si el muchacho no la estuviera viendo. Ella actuaba muy seria, manteniendo su mirada fija en sus pies, sus pantorrillas y sus muslos.

Sentada en su escritorio, se subía la enagua hasta que ésta pegaba con la silla, con sus zapatos de tacón alto puestos a un lado, mostrándole al niño sus piernas bonitas, blancas y provocativas.

Ponía las ligas sobre su escritorio, y despaciosamente se frotaba los muslos para borrar las marcas que éstas le habían dejado.

Luego guardaba las medias en su cartera, aparentando que no se había dado cuenta de que el muchacho había estado disfrutando aquella bellísima función.

Se paraba de su escritorio, abría la puerta, se cercioraba de que nadie los hubiera visto, y esperaba a que sonara el timbre que indicaba que el recreo había terminado.

Durante la clase siguiente todo transcurría con total normalidad, como si nada hubiera ocurrido. De hecho, los demás niños no se daban cuenta de los juegos de su maestra con su compañero de clase.

Lo que sí notaba Doña Siria es que Fernández la miraba con el rostro muy serio, y como temeroso de algo. Ella le correspondía con miradas llenas de ternura, de complicidad y de comprensión, así como con sonrisas maternas y delicadas.

Cuando llegaba el siguiente recreo, éste de quince minutos, ella se

volvía poner las medias que se había quitado el receso anterior. Para esto, como era su costumbre, se percataba de que no anduviera por ahí la directora u otra maestra, cerraba la puerta del aula, y se iba a sentar a su escritorio.

Como era ya habitual, ahí estaba Fernández concentrado dibujando, con la mirada fija en el papel, pero mirando frecuente e insistentemente a su maestra que empezaba a hacer su función.

Ella sacaba las medias de su cartera, y empezaba a ponérselas, lentamente, para que el niño disfrutara de aquel espectáculo tan excitante, emocionante y llamativo.

Con esmero se colocaba las ligas bien apretadas contra la parte superior de sus muslos, proceso para el cual se tomaba todo su tiempo, pues el recreo era de quince minutos.

Pero, como ella lo había planeado de antemano, ahora lo hacía incluso poniéndose de pie, con la enagua recogida hasta la cintura, por lo que Fernández podía disfrutar de una vista completa de la mitad del cuerpo de ella prácticamente sin ropa.

En esos días especiales de función, ella se ponía unos calzones que eran muy pequeños y tan delgados, que eran transparentes dejando todo a la vista del observador. Así entonces, el muchacho la veía prácticamente desnuda, de la cintura para abajo, sin que quedara nada oculto.

Ella, de pie frente al escritorio, giraba sobre sí misma, como mirando que las medias le hubieran quedado bien puestas, fijas en su lugar por las ligas elásticas que las sujetaban en la parte superior de los muslos.

Me contó que eso lo hacía para que el muchacho la pudiera ver completamente, que era lo que a ella le gustaba disfrutar.

La función se transformaba, para el niño Fernández, en un espectáculo bellísimo e inolvidable.

Como este recreo era más largo, ella tenía tiempo para hacer una actuación mucho más atrevida, despaciosa y excitante.

Cuando ya había terminado, Doña Siria se volvía a bajar la enagua, se ordenaba cualquier cosa que hubiera quedado fuera de lugar, se

levantaba y se iba a abrir la puerta, fingiendo que ni siquiera se había dado cuenta de que Fernández la estuvo mirando todo ese tiempo.

Al final de la misma, el niño quedaba muy excitado, por lo que ella notaba que casi no ponía atención en el resto de la materia que se veía en la clase de ese día.

Ella lo entendía, y lo disimulaba.

Le corregía sus exámenes y sus cuadernos con mucho menos rigurosidad, que la que empleaba con los demás compañeros del aula. Cuando terminó de contarme esta historia, ya era un poco tarde.

Al poco rato mi madre regresó al comedor de la casa, y entonces nos fuimos a sentar en los sillones de la sala.

Doña Siria cambió de tema, conversamos un rato más, y luego ella se fue para su casa.

Al salir, aprovechando un descuido de mi madre, se volvió y me dio un beso muy rápido en la boca.

Pasé pensando en eso el resto de la jornada, a la espera de que surgiera la oportunidad de encontrarme con ella de nuevo.

Yo tenía muchas ganas de verla, pero no fue posible.

Estuve sumamente ocupado preparando tareas y exámenes, y ella posiblemente en los quehaceres de su casa, y yendo a trabajar todos los días.

Así pasaron unas dos o tres semanas, período en que no pude verla del todo.

Casi sin darme cuenta llegó el mes de noviembre, y con él los vientos fríos de fin de año, junto con la época de prepararse para los exámenes finales.

Por dicha logré aprobar todas las materias que llevaba ese semestre en la universidad, y ya a mediados del mes de diciembre, estaba libre, tranquilo y desocupado.

Lo mismo ocurría con Doña Siria, puesto que el período anual en el cual debía de dar clases, ya había terminado, lo mismo que los actos de graduación de fin de año.

Un día viernes, por ahí del doce o quince de diciembre, como a las cuatro y media de la tarde, llegó ella a nuestra casa. Siempre alegre y riendo ruidosamente.

Le contó a mi madre y a mi padre, que ese día por la mañana, su esposo y sus hijos se habían ido a visitar un pariente de él allá por Siquirres, a un pueblito cuyo nombre no recuerdo bien.

Ella entonces debía dormir sola en su casa esa noche del viernes y la noche del sábado, y eso le daba miedo, porque la verdad era que a ella le provocaba aprensión dormir en la casa sin su familia, cosa a la que no estaba acostumbrada.

Le pidió a mi padre y a mi madre, que me autorizaran dormir en su casa esas dos noches, en la habitación de uno de sus hijos.

Ella les dijo que, esa noche y la del sábado, me invitaría a cenar en su casa, luego conversaríamos y veríamos televisión un rato, para luego irnos a dormir.

Aclaró que había consultado este asunto con su esposo, y que él la apoyaba plenamente.

Papá y mamá accedieron de buena gana, y no opusieron ninguna objeción a la idea.

Doña Siria les agradeció mucho el favor que nuestra familia le haría a ella, y salió de nuestra casa, pues tenía que ir a prepararlo todo para recibirme esa misma noche.

Al salir me dijo que me esperaba a las seis y media, para que cenáramos juntos.

A esa hora llegué a su casa. Llevaba mi ropa y mis cosas en un maletín deportivo.

Ella me recibió con una acogedora sonrisa y me hizo pasar adelante... Vestía un lindo vestido color amarillo claro, ajustado a las curvas de su cuerpo, bastante corto, lo suficiente para dejar ver sus llamativas piernas blancas, que se veían aún mejor gracias a sus zapatos de tacón alto que lucía esa noche.

Yo me quedé extasiado mirándola. Estaba lindísima. Pude ver que no tenía puestas las medias y además noté que no andaba sostén.

Lucía su pelo suelto, que le llegaba hasta los hombros, bien peinado, pero todavía húmedo pues se notaba que acababa de bañarse.

Olía a perfume, y llevaba sus labios pintados de color rojo oscuro.

Se notaba contenta y descansada.

La casa estaba bien iluminada y olía a comida recién cocinada.

Cerró la puerta, se volvió hacia mí, y nos tomamos de las manos...

Entonces nos besamos...

Miré hacia dentro, desde la sala de la casa..., y noté que la mesa ya estaba puesta...



Noviembre, 2019.

El vestido blanco.

Doña Siria era una maestra que impartía lecciones en una escuela primaria de la capital; en este año en particular estaba dando sexto grado.

Desde hacía unos dos años, ella facilitaba el hecho de que uno de los niños, de apellido Fernández, le viera las piernas cuando ella estaba sentada en el escritorio que había en el aula.

Para que su alumno la observara, ella le hacía a él, lo que la maestra llamaba una función.

Se ponía un vestido de tela de color claro, un poco corto, y esperaba los momentos en que los niños estaban en recreo. Se sentaba entonces en su escritorio y cruzaba las piernas simulando que no se daba cuenta que la enagua se le subía, dejando expuesta una buena parte de sus muslos.

El niño Fernández, que ya estaba habituado a hacerlo, se quedaba dentro del aula durante esos recreos, sentado en su pupitre, diciendo que estaba dibujando. Con sumo cuidado la volvía a ver insistentemente, y disfrutaba por algunos minutos de aquel bello espectáculo.

Ella aparentaba no darse cuenta de que el niño la estaba observando, y más bien movía sus piernas para que el muchacho pudiera verla casi a su antojo.

En esos días especiales Doña Siria se ponía una ropa interior muy pequeña y casi transparente, además, se sujetaba las medias al muslo con unas ligas de colores que compraba con ese propósito, esto para excitar y gustarle al muchacho.

Los días en que ella hacía la función, se percataba, disimuladamente, de que la puerta del aula quedara cerrada, lo cual había sido prohibido

por la directora de la escuela. Esto para que nadie la fuera a ver en plena actuación.

Cuando sonaba la campana indicando que el recreo había terminado, ella abría la puerta del aula, y llamaba a los demás niños para reanudar la lección.

Los demás estudiantes no se daban cuenta de los juegos de su maestra con el niño Fernández, porque ella lo hacía con disimulo y sin llamar la atención del resto de los alumnos.

En algunas ocasiones, durante el recreo de quince minutos, Doña Siria hacía la función aún más atrevida. Para esto, cuando llegaba a la escuela, iba al baño y se quitaba las medias, las que guardaba en su cartera. Cuando llegaba el momento de ese recreo largo, con el niño Fernández dibujando dentro del aula, y con la puerta cerrada, ella se ponía las medias de una manera muy ceremoniosa, subiéndose la enagua hasta la cintura, y dejando su cuerpo, de la cintura hacia abajo, expuesto totalmente a las miradas del niño.

Ella hacía esta función aparentando que no se daba cuenta de que el niño la estaba mirando.

Esto duraba unos diez minutos, durante el recreo largo. Lo hacía muy de vez en cuando.

El niño quedaba extasiado después de verla en todas esas ocasiones.

Antes de hacer una de estas funciones, Doña Siria, con mucho cuidado, se cercioraba de que nadie pudiera estarla viendo en ese momento tan excitante para ella.

Era una mujer bonita, graciosa y coqueta a la que le gustaba lucir atrayente y seductora.

Tenía un vestido blanco que le quedaba un poco suelto. Era corto y de una sola pieza. Ceñido en la cintura con un elástico, se adaptaba muy bien a su cuerpo, haciendo esto que ella luciera muy bien cuando lo llevaba puesto.

Acostumbraba vestirlo con unos zapatos rojos, de tacón ancho y bajo.

La verdad es que le lucía muy bien, y se veía bonita y atractiva, atrayendo la mirada de muchos varones, incluso las del niño Fernández.

No le gustaba mucho ponérselo porque, según decía ella, cuando lo llevaba parecía una enfermera.

Un día de tantos, en que andaba puesto su vestido blanco, estaba repartiendo los cuadernos de vida que había revisado en su casa en días anteriores.

Los muchachos se habían aglomerado en torno a ella en el escritorio, esperando cada uno su turno.

En algún momento ella se puso de pie por alguna razón y de pronto sintió que alguien le estaba tocando la parte superior del muslo derecho. ¡Alguien la estaba tocando, pero con mucha timidez!

Aunque aquello parecía no tener importancia, ella volvió a ver disimuladamente, y observó al niño Fernández.

Cuando lo volvió a ver, la cara del niño se puso lívida, al sentirse descubierto.

Él creyó que su maestra lo iba a regañar y a reportar con la directora, por lo que casi se le salen las lágrimas.

Pero ella más bien le sonrió de manera maternal, le hizo caricias en el pelo y le puso la mano en el cuello.

Le volvió a sonreír, y continuó repartiendo cuadernos.

Cuando llegó el turno del muchacho, al entregarle el cuaderno, ella le tomó las manos y le dijo que no se preocupara. Que todo había estado bien.

El niño se tranquilizó y se fue a sentar a su pupitre, sin dejar de mirarla con cara de aceptación.

Así pasó el resto de la tarde. El niño no le quitaba la vista de encima. Y Doña Siria le sonreía cada vez que tenía oportunidad.

El muchacho ya estaba más tranquilo.

En el aula los niños se sentaban de acuerdo a la primera letra de su apellido, en orden alfabético.

Al niño Fernández le correspondió sentarse al lado de la pared, en el costado izquierdo del aula, al lado de la ventana.

Cuando llovía, el agua pringaba, por lo que la maestra separó los pupitres de la pared algo así como setenta y cinco centímetros. De esa manera evitaba el problema del agua que salpicaba.

Cada vez que encargaba a los alumnos una redacción de algún tema en particular, se paseaba lentamente para supervisar lo que los muchachos estaban escribiendo.

Para esto, ocasionalmente, se detenía al lado de alguno de ellos y leía lo que estaba escribiendo, sin interrumpirlo o perturbarlo.

Luego continuaba con su marcha, recorriendo parsimoniosamente, varias veces, las filas de muchachos.

Un día en que estaba en esto, se detuvo junto al niño Fernández.

Lo hizo de tal manera que su muslo derecho rozaba el hombro y el antebrazo izquierdos del alumno.

Él la miró y ambos intercambiaron sonrisas y miradas.

Entonces él dejó colgando su brazo izquierdo al lado del pupitre, Esto hizo que, con el anverso de su mano, rozara la pantorrilla de Doña Siria.

Ese contacto duró unos minutos, durante los cuales ni ella apartó la pierna, ni el niño apartó su mano.

Ella entonces le puso la mano en el cuello, y lo felicitó por lo que estaba escribiendo.

El muchacho denotaba una mezcla de emociones, por un lado, estaba asustado, y por otra, se sentía muy bien al tocar la pierna derecha de su maestra.

Eso lo siguieron repitiendo en varias ocasiones, cada vez que ella se detenía a su lado a seguir con su mirada lo que él estaba haciendo en su cuaderno de clase.

Uno de esos días, en que ella lucía su lindo vestido blanco, durante el recreo largo, él estaba dibujando en su pupitre, y ella se le acercó a ver qué estaba haciendo.

Como ya era su costumbre, se acercó al muchacho hasta rozar con su muslo el hombro y antebrazo izquierdos del alumno.

¡Pero esta vez ocurrió algo insólito, algo que ella no esperaba!

Por un lado, estaban los dos solos en el aula, y por otro, nadie los estaba viendo. Además, la puerta del aula estaba cerrada.

El asunto fue que él subió su mano bajo el vestido blanco, y empezó a tocar sus muslos.

Ella le correspondió tocándole la cara, el cuello, y acariciando su pelo. El muchacho tomó confianza y continuó tocando los muslos de la señora, hasta llegar mucho más arriba de las ligas que sostenían sus medias.

Sentía las manos húmedas y frías del niño, muy asustado pero muy contento, recorriendo sus piernas, lo que la excitaba mucho y la hacía sentir muy bien.

Entonces ella movió sus piernas de forma tal que le facilitó todo al muchacho, que gustosamente continuó adelante sin detenerse.

Ya en ese momento el alumno se había acomodado en su pupitre, y ahora estaba sentado de frente a ella, recorriendo con deleite aquellas piernas tan tibias y bonitas.

Imaginó que el muchacho querría ver su cuerpo, además de tocarla, por lo que se subió la parte de abajo del vestido blanco hasta la cintura. Así quedó expuesta toda su ropa interior pequeña y transparente, para disfrute del niño, que en ese momento estaba maravillado por lo que estaba ocurriendo.

Estaban en esto cuando sonó la campana indicando que el recreo había terminado.

Se fue lentamente hacia la puerta del aula, la abrió y llamó a los demás niños para continuar con la lección.

Luego de este evento, pasaron muchos días en que no hubo oportunidad de volver a hacer juegos en el aula.

Durante las semanas siguientes, el niño Fernández, que usualmente había sido un buen estudiante, no ponía atención en clase. Se pasaba

el tiempo mirando a su maestra. No le quitaba los ojos de encima, y por estar en esto no tomaba bien los apuntes en clase.

Esto se daba sobre todo cuando ella se ponía el vestido blanco, o alguno otro que fuera también un tanto insinuante.

Pronto empezó a fallar con las tareas, las que entregaba mal hechas o abiertamente sin terminar. Sus notas empezaron a descender, pese a que Doña Siria lo calificaba con benevolencia y comprensión.

Así entonces en una ocasión la visitó la madre del niño. Quería comunicarle que estaban pensando en sacarlo de la escuela, pues se daban cuenta de la desidia con que el niño había empezado a tomar sus estudios.

El muchacho había empezado a cambiar, pero no solamente en los aspectos académicos, sino también en todos los demás órdenes de su vida.

Empezó a llegar tarde a clase, y a pelear con otros estudiantes, aunque en clase se portaba bien. Su conducta, en general, se había venido deteriorando con el paso de las semanas.

Cuando llegó el mes de setiembre, Doña Siria habló con el muchacho. Le pidió que hiciera un último esfuerzo por completar el año. Era el último de la enseñanza primaria y luego pasaría al colegio, en el que empezaría una nueva etapa de su vida.

Se ofreció incluso para darle clases de reposición, que le permitirían recuperar el terreno perdido. Las clases se las daría ahí mismo en la escuela, durante cuarenta y cinco minutos, después de terminar las clases ordinarias. Esto lo harían tres veces por semana, durante las dos semanas que faltaban para que terminara el mes de setiembre, y también durante las cuatro semanas del mes de octubre.

La familia del muchacho y él mismo, aceptaron la propuesta de Doña Siria.

De esa forma empezaron a quedarse, después de las clases habituales, los dos solos en el aula, durante cuarenta y cinco minutos.

En las primeras clases todo transcurrió de manera normal, y Doña Siria

trataba de no hacerle funciones para no distraerlo en el esfuerzo que estaba haciendo.

Pero ya entrado el mes de octubre, en una de las sesiones, ella le puso unos ejercicios de matemáticas y se fue a sentar a su escritorio.

Ese día ella pensó que podría darse una pequeña licencia y, durante un rato, hacerle al niño Fernández una función. De todas maneras, no lo hacían desde hacía ya bastantes días.

Así es que, estando ahí sentada empezó a jugar uno de los juegos que acostumbraban jugar, y le permitió verla cuando ella cruzaba las piernas, con aparente descuido de su parte, lo que permitía al muchacho verla casi a su antojo.

Cuando terminó los ejercicios, ella se los revisó y comprobó que los había hecho bien y sin errores, por lo que decidió darle un permiso especial para que le viera el cuerpo como a ellos les gustaba, y que, si él quisiera, pudiera tocarla con completa confianza.

Podrían jugar el juego con calma, ya que disponían de mucho tiempo, y estaban solos en la escuela.

Como era tarde, sólo estaba el guarda, pero él se mantenía sentado cerca de la entrada principal de la escuela, y hacía rondas de vigilancia sólo de vez en cuando.

Ese día ella lucía el vestido blanco, y al terminar las clases habituales, se había quitado las medias y la ropa interior.

Disimuladamente se asomó a la puerta a verificar que no hubiera nadie por ahí, comprobó que el guarda estaba sentado en su lugar habitual, se acercó al niño Fernández, y con una linda sonrisa y su actitud corporal se ofreció para que él la tocara cuanto quisiera.

Él empezó a acariciarla con prisa y entusiasmo, la tocaba ansiosamente en las pantorrillas y los muslos, mientras ella se subía el vestido hasta la cintura.

El muchacho se sorprendió muchísimo al descubrir que ella no llevaba ropa interior, por lo que su ansiedad y entusiasmo aumentó

prácticamente sin límite.

Ella le quitó el pantalón al muchacho.

Puso en el suelo un paño grande que había llevado y que le servía para secarse las manos cada vez que iba al baño.

Se acostó boca arriba e invitó al niño a continuar con el juego.

Así jugaron largo rato. Ella despacio y dulcemente lo fue guiando, hasta que el niño ya no pudo más. Ella también había llegado a su máximo. Todo ocurrió de tal manera que ambos quedaron exhaustos y abrazados.

Así se quedaron unos minutos más, y luego se levantaron.

Recogieron el paño, se arreglaron un poco y se retiraron de la escuela, cada uno de los dos hacia sus casas.

Luego de esto el rendimiento académico del muchacho mejoró, así como su actitud hacia los estudios.

Unas semanas después Doña Siria entregó las notas en la dirección de la escuela.

Cuando los padres del niño Fernández vieron la lista de los niños que se graduarían ese año, vieron con satisfacción y orgullo que ahí estaba el nombre de su hijo.



Julio, 2020.



Poemas

El cocodrilo de fuego

Tarde de mayo.

En este momento son como las cuatro de la tarde...
Hacia el norte y hacia el este se ven negros nubarrones...
Es la oscurana que presagia los grandes aguaceros...
En el silencio que reina en estos momentos...
Se escuchan potentes truenos...
Primero se ve un relámpago fulgurante...
Después unos segundos de silencio...
Y luego el trueno impresionante...
Inicialmente atronador e intenso...
Luego su sonido se pierde en la lejanía...
Como disipándose hacia el oeste del valle...
Pasado un rato empieza a gotear...
No es lluvia fuerte..., son sólo gotas pequeñas de agua...
Su ruido al caer en el techo de la casa...
Apenas se oye...
Ahora..., hace unos instantes...
Un luminoso fogonazo...
Un corto período de silencio...
Y entonces nos llega el trueno...
Amenazador e intimidante..., temible e impresionante...
Pasados unos segundos...
Todo queda en silencio otra vez...
Continúa goteando...
No es lluvia fuerte..., son sólo gotas pequeñas de agua...
Apenas puedo escuchar su golpeteo en el techo de la casa...

Bernal

Mayo, 2020.

Después de la lluvia.

Serán tal vez poco después de las cinco de una tarde tranquila...
El tiempo está encapotado..., silencioso..., húmedo...
Yo estoy sentado viendo el exterior a través de la puerta del negocio...
En lontananza se ve apenas, entre las nubes, la cordillera con sus altas cumbres...
Hoy llovió toda la tarde..., desde por ahí de la una...
La lluvia cayó en forma de fuertes chaparrones...
Caía repentinamente..., en forma intensa..., por períodos cortos...
Luego cesaba por un rato...
Para luego volver a empezar..., así pasó toda la tarde...
Ahora serán tal vez poco antes de las cinco...
Quizás un poco más tarde..., como las cinco y media...
Todo está oscuro y frío..., ya dejó de llover..., la ciudad está en calma...
El cielo, pese al mal tiempo, por el norte, parece irse despejando poco a poco...
Se ve claramente el contorno de las cumbres que rodean el valle...
Ahí se alzan serenas..., imperturbables..., impasibles..., lindísimas...
Las Tres Marías...
Se ven escasamente cubiertas por unas nubes brillantes...
En este momento muestran un color rojizo...
Su rojez contrasta con el color gris perla del cielo que cubre el macizo...
Más hacia arriba..., el cielo se pone de color plomizo...
De una tonalidad gris oscura...
Pero acá en el valle..., ya escampó..., todo está húmedo..., brillante...
Siento frío..., me sirvo una taza de café caliente...
Continúo admirando..., después de la lluvia..., en el silencio de la tarde que termina...
La belleza imperturbable de Las Tres Marías...

Bernal

Mayo, 2020.

Cenando en la tarde.

Estamos empezando el mes de junio...
Todos estos días ha llovido por las tardes...
Los caminos rojizos están fangosos...
El barro de los senderos se pega mucho en los zapatos...
El indio Marengo caminó una hora para llegar a su casa...
La india Juana Teresa, su esposa..., hizo lo mismo durante hora y media...
Hace rato que ambos llegaron a su hogar...
Están cansados..., es una larga caminata...
Ahí los están esperando sus tres hijos...
Que ya retornaron de la escuela...
Ellos también están cansados..., ha sido un día largo...
Ahora Juana Teresa y el indio Marengo ya prepararon la cena...
Son más o menos las seis de la tarde...
Cenarán arroz blanco..., con dos huevos fritos...
Esto con cebolla y tomate hechos en muy poco aceite...
De postre comerán un pedazo de plátano maduro hervido...
Y un plato de leche con avena y tajadas de banano...
Luego se irán a conversar un rato..., en la oscuridad..., fuera de la casa...
La mesa está servida..., todos están sentados en sus lugares...
La algarabía de los hijos se ha tornado en profundo silencio...
En el centro de la mesa está encendida una candela blanca...
Juana Teresa y el indio Marengo rezan una oración...
La deliciosa comida ahora está bendita...
La oración termina..., y todos contestan...
amén...

Bernal

Mayo, 2020.

Mujer vestida de negro.

Ya hace un rato atardeció..., la noche ya cayó...
La ciudad está silenciosa y oscura...
Yo estoy acá..., en el centro de la ciudad..., viendo las personas pasar...
Todo está iluminado con luces de colores...
Hay bastante gente en la calle...
Van y vienen..., presurosos..., todos callados..., serios...
Probablemente vendrán cansados de sus trabajos...
Todos caminan rápido hacia sus casas...
Imagino que llegarán a sus hogares a cenar...
Conversar un rato..., y luego irán a dormir...
Estoy pensando en esto cuando la veo venir...
Es una mujer muy blanca..., esbelta..., bonita...
Su pelo bien arreglado..., sus labios pintados de rojo...
Porta en sus manos una cartera o algo así...
La he visto otras veces..., me gusta mucho..., es muy atractiva...
Va andando muy seria..., con la mirada al frente..., viste toda de negro...
Lleva la enagua un poco arriba de la rodilla...
La luz del ambiente traspasa sus medias negras...
Dejando ver sus piernas blancas y bien torneadas...
Luce una amplia blusa de mangas largas...
Yo quisiera hablarle..., pero no puedo..., no tengo excusa...
Tal vez quisiera tan sólo decirle..., ¡hola...!, ¡pero no...!, ¡no puedo...!
Sólo me quedo extasiado..., sólo admirándola...
Y así como apareció..., desaparece entre la gente...
Es una mujer muy blanca..., esbelta..., bonita...

Bernal

Junio, 2020.

Mi madre Rosita.

Rosita Castro Vargas..., así se llamaba mi madre...
Hija de Mercedes Castro Vargas...
Nació en Puntarenas en 1915..., tenía dos hermanas...
Eran hijas de un chino..., que había llegado de un barrio llamado Sam Jeon...
De la ciudad prefectura de Chung San (Zhongshán)...
Zona poblada perteneciente a la provincia de Cantón (Guandong)...
Su padre se llamaba Zacarías..., nombre que adoptó desde su llegada a Costa Rica...
Nunca pude averiguar cuál era su nombre en chino...
Ella era cincuenta por ciento china..., yo soy veinticinco por ciento...
Su padre nunca la reconoció como su hija..., tampoco a sus dos hermanas...
Hasta donde he logrado averiguar..., ellas llevarían el apellido Li...
Pero no estoy seguro...
Como su padre no la reconoció..., ella no quería a los chinos...
Estaba muy resentida...
Para las niñas chinas de Puntarenas..., ella era costarricense...
No querían ser sus amigas...
Para las niñas costarricenses de Puntarenas..., ella era china...
Tampoco querían ser sus amigas...
Así se forjaron en ella grandes resentimientos...
Pero era muy inteligente..., muy achinada..., graciosa..., y bonita...
Se conquistó a mi padre..., Paulino Delgado Diez Dobles...
Para envidia de las mujeres chinas y costarricenses de Puntarenas...
Eso le mejoró mucho su autoestima...
De ahí nacieron cuatro hijos... y una hija..., yo soy el tercero...
Soy costarricense de origen chino..., con mucho orgullo...

Junio, 2020.

Mi madre conversando conmigo.

Recuerdo aquella tarde conversando con mi madre...
No sé por qué..., pero ahora estoy rememorando ese día...
La verdad es que se sentía con ganas de hablar conmigo...
Estaba parada en la sala de la casa..., tranquila y amorosa...
Algo murmuraba en voz muy baja..., como hablando con ella misma...
¡Pero era a mí a quien se dirigía...!
En esos días yo tendría unos diez años..., estaba en cuarto grado...
No la aceptaban..., por su genética..., ni los chinos..., ni los costarricenses...
¡De los cinco hijos que tengo..., usted es el más chino...!, me dijo con suavidad...
¡Huraño..., siempre solo...!, continuó diciendo..., con una sonrisa...
¡Te gusta mucho estudiar tus benditas matemáticas...!
¡Pensando, a menudo..., en el universo y en las estrellas...!
¡Leyendo y leyendo esos libros que tanto te gustan...!, dijo con ojos de satisfacción...
¡Todo el tiempo está ocupado...!, me dijo con voz tranquila...
¡Sembrando matas..., haciendo jaulas..., escribiendo cosas...!
¡De veras..., usted es el más chino de la familia...!
¡Si un día fuéramos a la Gran China..., allá no lo verían como extranjero...!
¡Ahí sería usted uno más..., igual a ellos..., no sería diferente...!
Yo la escuchaba sin decir ni una sola palabra..., estaba tranquilo y callado...
¡En verdad..., yo siempre me he sentido bien siendo de origen chino...!
Ella luego se quedó callada..., y continuó haciendo lo que la mantenía ocupada...
Se quedó mirándome con cariño..., recuerdo que me sonrió con dulzura...
Entonces me abrazó..., y me besó en la cabeza...
Me acarició el pelo por algunos segundos...
Luego, orgullosa..., me dijo..., ¡sos un chinito muy lindo..., y muy inteligente...!

Junio, 2020.

El chilillo.

Rosita..., mi madre..., estaba en sexto grado...

Era el año 1927..., en Puntarenas...

En su misma clase..., había un grupo de niños..., todos varones...

Se burlaban de ella por su origen chino..., eran unos cuatro...

El líder del grupo..., un niño alto, moreno y flaco...

Era también vecino de su casa..., allá por la misión evangélica...

En los recreos..., o cuando ella pasaba rumbo a la escuela...

Ellos se burlaban...; ella quería llorar..., pero no quería que ellos la vieran...

Entonces lloraba en su casa...

Le contó a su madre..., mi abuela..., y la señora le dijo...

¡Tiene que defenderse...!, ¡no les tenga miedo...!

Un día sábado..., por la tarde..., el líder estaba solo...

Se encontraba sentado en el caño..., al borde de la calle arenosa...

Estaba sin camisa..., descuidado..., haciendo alguna cosa...

Ella se armó de un chilillo de tamarindo..., fino..., y flexible...

Se fue caminando hacia él..., sin llamar la atención...

Llevaba el chilillo disimulado bajo su enagua...

Se colocó detrás de él..., y con toda su fuerza lo agarró a chilillazos...

Le dio en la espalda..., en los brazos..., en las manos..., en la cara...

Él sólo atinaba a cubrirse como mejor podía...

Finalmente, el niño se fue corriendo..., y llorando..., hacia su casa...

Mi madre regresó a su hogar y le contó a mi abuela...

Al poco rato llegó el niño con su madre..., a poner la queja..., y luego se fueron...

Mi madre le preguntó a mi abuela que si la iba a castigar por lo que hizo...

Mi abuela le contestó..., ¡no...!, y luego de eso..., el niño no la molestó más...

Junio, 2020.

La chinita linda.

Corre el año 1969..., es un día por la tarde..., como a las tres...

Estoy estudiando gráfica en el corredor de mi casa...

El libro está escrito en inglés y tengo importantes dificultades...

Yo tengo diecinueve años de edad...

Curso el segundo año de la carrera de ingeniería eléctrica...

En mi querida Universidad de Costa Rica...

Estoy en esto cuando sale mi papá Paulino de la casa...

Mi mamá Rosita anda haciendo un mandado en la pulpería...

Papá se para a mi lado y me empieza a conversar...

Hablamos unos tres minutos..., de varias cosas...

Y en eso aparece mi mamá caminando por la acera...

Viene a unos cincuenta metros...

Mi papá y yo la estamos mirando...

¡Qué chinita más linda es su mamá...!, me dice...

¡Cada día la veo más bonita...!, continúa diciendo...

Luego se queda callado...

¡Desde joven me ha gustado tanto...!, me dice...

¡Ahora ya envejecimos..., pero sigue siendo tan graciosa...!, concluye...

Mamá sabe que estamos hablando de ella...

Nos mira sonriente...

¡Paulino..., vamos a tomar café...!, le dice...

Mi papá le echa el brazo sobre los hombros...

Algo conversan los dos..., ambos están riendo...

Y se van para adentro de la casa...

¡Qué chinita más linda es su mamá...!, me dice...

Junio, 2020.

El gallito.

Un día por la tarde..., a uno de mis hermanos mayores..., Evelio...
Un amigo le prestó una jaula cogedora...
Dentro de ella venía el llamador..., un gallito vivaracho e inquieto...
A la mañana siguiente yo andaba en la escuela...
Por esos días yo estaba en segundo grado..., tenía siete años de edad...
Evelio no fue a poner la jaula en algún lugar para cazar un pajarillo...
Cuando regresé a la casa..., como las once y media...
Junto con otros dos hermanos míos..., Sergio y Rosita...
Almorzamos lo que nos sirvió de comer mi madre...
Luego ella me ayudó a colocar la jaula en uno de los árboles de durazno...
Yo me subí..., y ella..., con mucho cuidado..., me la pasó...
Preparé las tapas móviles..., y la cubrí con algunas ramillas secas y hojas...
Todo quedó listo..., ahora sólo quedaba escondernos..., y esperar...
Como una hora después mi madre me llamó muy contenta...
Había caído un pajarito..., era otro gallito...
Me subí al árbol de durazno..., y bajé la jaula cogedora...
Con mucho cuidado..., agarré una de las patas del pajarillo...
Lo sacamos de la jaula cogedora..., y lo pasamos a otra..., más grande...
Pasó la tarde..., llegó la noche..., cenamos..., y todos nos fuimos a dormir...
A la mañana siguiente me levanté a ver el gallito que habíamos cogido...
Pero la jaula estaba vacía..., el pajarito se había ido...
Le pregunté a mi madre..., y ella me contestó..., con cara de pesar...
¡Posiblemente la puerta de la jaula anoche quedó abierta...!
Yo me quedé extrañado..., ¡estaba seguro de haberla cerrado bien...!
¡Pero ahora el pajarito es libre...!, ¡estará tal vez volando en el jardín...!, me dijo...

Bernal

Junio, 2020.

Apio, culantro y tomates.

Estoy en la escuela..., se llama Escuela Dante Alighieri...
Está situada como a un kilómetro de mi casa...
Para llegar a ella..., o regresar después de clases...
Debo andar un camino con pocas casas y muchos cafetales...
Yo voy y vengo a pie..., en invierno..., con un paraguas y una capa...
De camino vengo arrancando matas de tomate y chile dulce...
Éstas crecen en el caño..., a ambos lados de la calle...
Vengo y las siembro en mi casa..., y ahí crecen bonitas y sanas...
Cultivo también culantro y apio..., en eras hechas a la orilla de la cerca...
En el patio de la casa tenemos unas diez gallinas..., un gallo..., y un gallinero...
Con sus cuitas..., y con boñiga de los potreros vecinos..., yo abono mis siembros...
Ahora las matas están grandes y de un color verde intenso...
Las de tomate tienen muchos frutos redondos, rojos y carnosos...
Un día de estos..., al regresar a la casa..., cuando vine de la escuela...
Encontré mis matas mochas..., sin hojas..., y ni un solo tomate rojo...
Le pregunté a mi madre..., y ella sólo me contestó...
El culantro y el apio..., ¡probablemente se lo comieron las gallinas...!
Y en cuanto a los tomates rojos..., ¡tal vez los picotearon los yigüirros...!
Me dijo esto..., y guardó silencio...
Yo me quedé pensando...
Mi madre me sonreía satisfecha..., contenta..., entusiasta...
Junto con mis hermanos..., nos fuimos a sentar a la mesa...
La comida estuvo deliciosa..., como siempre...
¡Qué curioso...!, ese día almorzamos carne..., en salsa de tomate...
Y sopa negra..., con bastante culantro y apio...

Bernal

Junio, 2020.

Los tomates verdes.

Mis matas de tomate ya están en producción...
Están grandes..., les he puesto pequeñas estacas para sostenerlas...
Preparé bien el suelo..., hasta bien hondo..., con tierra negra de cafetal...

Las he ido sembrando poco a poco...
En el jardín de la casa..., y al pie de las cercas de la propiedad...
Los cuido cuando no tengo que ir a la escuela...
Hace un par de semanas brotaron unos tomates grandes..., ahora están verdes...

Había unos cinco o seis..., de buen tamaño...
Otros tantos ya están maduros..., se ven jugosos... y apetitosos...
Pero hoy cuando me levanté los fui a ver y ya no estaban...
Le pregunté a mi mamá..., y me dijo que los cogió para cocinar...
Cuando llegó la hora de almuerzo nos los comimos...
Los hizo fritos, en tajadas..., con poco aceite..., con cebolla..., y chile de dulce...
En una salsa de tomates rojos..., de los que ya estaban maduros...
Eso acompañó un pescado frito..., cocinado también en muy poco aceite...

Todo con arroz blanco muy caliente..., suelto..., y oloroso...
El postre fue duraznos del patio de la casa en almíbar...
Y un gran fresco de naranja con zanahoria...
Desde hace días brotaron unos tomates grandes..., ahora están verdes...

Había unos cinco o seis..., de buen tamaño...
Otros tantos ya están maduros..., se ven jugosos... y apetitosos...
Le pregunté a mi mamá..., y me dijo que los cogió para cocinar...
Cuando llegó la hora de almuerzo nos los comimos...
Los hizo fritos, en tajadas..., con poco aceite..., con cebolla..., y chile de dulce...

Esos tomates verdes y rojos son de las matas del jardín...

Bernal

Junio, 2020.

Mujer tomando café.

Una mujer bonita está tomando café frente a mí...
Lleva puesta una careta de plástico de esas que sugieren los médicos...

No quiere que la contaminen...
Y..., si ella estuviera contaminada..., no quiere contagiar a nadie...

Es una mujer delgada..., muy blanca...
Su pelo es corto..., y rizado..., su cara muy linda...
Luce los labios pintados de color anaranjado...
Hoy viste una blusa de colores..., verde..., celeste..., y blanco...

Con unos pantalones de mezclilla azules...
Es muy atractiva..., y diría que muy bella...
Está tomando un café negro...
Acompañado de dos pedazos de un pan blanco...

Creo que está untado con queso crema...

Yo la miro disimuladamente...

Su belleza es sorprendente...

Está tranquila..., serena..., pensativa...

¡De pronto levanta la vista y me mira...!

¡Yo también la miro a ella...!

Sostiene mi mirada...

Me mira largamente...

¡Y entonces me sonríe...!

Una mujer bonita está tomando café frente a mí...

Yo la miro disimuladamente...

Su belleza es sorprendente...

Es María de la Cruz..., mi esposa...

Bernal

Junio, 2020.

Conserva de durazno.

En el patio de la casa están sembrados dos árboles de durazno...
Este año la producción de ambos fue excelente...
Tuvimos muchos duraznos..., grandes..., carnosos..., rojizos...
Yo me encargué de apearlos de los árboles...
Con mucho cuidado para no golpearlos...
Con ellos, hoy en la tarde..., mi mamá hizo un excelente dulce...
Con azúcar cruda..., quedó una conserva rojiza...
Ella la guardó en frascos...
Para comer muchos días..., nos dijo...
Yo ahora tengo ocho años..., estoy esperando a mis hermanos...
Son las tres..., ellos ya casi llegan de la escuela...
Ahora en la casa estamos Sergio, Rosita y yo...
Vamos a comer leche caliente con avena..., y tajadas de banano...
Además..., dulce de durazno..., con pan blanco de la panadería del pueblo...
Yo me siento en uno de los sillones que hay en el corredor...
Desde ahí podré ver cuando llegue el bus a la esquina..., ¡ya llegó...!
¡Ahí vienen mis hermanos..., Luis Paulino y Evelio...!
Entonces me voy y me siento en la mesa...
Estoy esperando a que lleguen los demás...
Y a que mi mamá nos sirva lo que vamos a comer...
Todo está preparado..., delicioso..., y caliente...
En verdad estoy a la espera de este momento desde hace rato...
En el patio de la casa están sembrados dos árboles de durazno...
Este año la producción de ambos fue excelente...
Tuvimos muchos duraznos..., grandes..., carnosos..., rojizos...

Bernal

Julio, 2020.

El crisol.

Calle central de Puntarenas..., corre aproximadamente el año 1920...
Tiene aceras de concreto..., y la superficie arenosa..., casi no hay carros...
Tres niñas vienen caminando..., van a traer la leche del negocio de los Acón...
Han traído una olla de aluminio..., la llevan un rato cada una...
Son niñas cincuenta por ciento chinas...
Un tanto indígenas chorotegas..., otro tanto españolas...
Van conversando y riendo..., el momento es agradable...
De una de ellas..., de Rosita..., nacimos mis hermanos y yo...
Nosotros somos veinticinco por ciento chinos...
Un tanto indígenas chorotegas..., otro tanto españoles...
Todos somos latinoamericanos..., somos costarricenses...
Con mucha satisfacción...
Mi familia es el crisol de por lo menos tres culturas...
Ahí se fundieron como metales preciosos...
Cuando estaban fundidas eran de color rojo encendido...
De ahí nos hicieron a nosotros...
Cada uno diferente de los demás...
Pero todos fundidos en el miso crisol...
De ahí surgí yo..., nací a la orilla del mar..., arrullado por el ruido de las olas...
Ahí aprendí a soñar con mundos fabulosos..., a escuchar la música de las estrellas...
Aprendí a imaginarme caminando por ciudades extrañas..., en países lejanos...
Luego me trajeron al valle central..., yo por ese entonces era muy niño...
Crecí viendo las montañas de la cordillera...
Pasé del cálido clima costero..., al frío de la meseta intermontana...
Ahora..., en este momento..., recuerdo aquel crisol lleno de metal al rojo vivo...

Bernal

Julio, 2020.

Puntos de inflexión.

La historia de mi familia evolucionó con el tiempo...
Según las características naturales de sus miembros...
Y de acuerdo a las circunstancias propias de las diversas épocas...
Ambas cosas definieron el futuro de la familia como tal...
Sin embargo..., hubo dos puntos de inflexión..., sin duda...
En ambas ocasiones se tomaron..., correctamente..., decisiones
estratégicas...
Que marcaron la dirección que seguiríamos...
Nuestro norte..., nuestra misión..., nuestra visión..., nuestros objetivos...
Una fue en el año 1917..., en Miramar de Puntarenas...
Mi abuela Agustina no quiso que mi padre Paulino fuera minero...
Ella quería que fuera un hombre de letras..., estudiado..., preparado...
Pese a los problemas de pareja que tuvo por esta razón...
Perseveró..., y lo logró..., su hijo Paulino fue un hombre de letras...
Otra fue en 1950..., en Puntarenas...
Mi padre Paulino decidió que nosotros..., sus hijos...
Estudiáramos y nos preparáramos en San José...
Ese año..., con mucho pesar..., la familia se mudó a la capital...
Pese a los problemas de pareja que tuvo por esta razón...
Perseveró..., y lo logró..., nosotros..., sus hijos..., fuimos a la
universidad...
Esas dos decisiones cambiaron nuestra historia...
Y definieron el futuro de la familia...
Hoy yo estoy acá..., escribiendo lo que pienso..., y lo que siento...
En mis recuerdos llevo vivos dos lugares en especial...
Miramar..., y Puntarenas...
Que se mezclan en mi mente con mi querida y linda San José...

Julio, 2020.

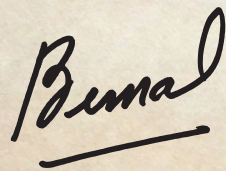
La danta.

Hoy..., acá arriba..., alto en la cordillera..., llovía y hacía frío...
Caía una lluvia pertinaz..., finita..., tupida...
Las calles y el bosque estaban húmedos..., y congelantes...
Todo estaba quieto..., las gotas de agua caían de la punta de las hojas...
Otras se quedaban temblando en los pétalos de las flores..., para luego
caer...
El tiempo transcurría lentamente..., en aquella inmensa quietud casi
infinita...
Pasaron las horas..., y con ellas pasó el día..., llegó la tarde...
Casi no había ni gente..., ni carros..., casi no había ruido...
En estos días de pandemia..., había mucha soledad..., mucho silencio...
¡De pronto las vi salir...!, salieron de entre los árboles...
Una danta adulta..., con su cría...
Salieron del bosque y se quedaron parados al lado de la calle...
Esperando para cruzarla...
¡Pero no había carros...!
¡Tampoco había personas...!
¡No había nada que las asustara...!
¡Tampoco gente que perturbara aquella quietud..., y aquel silencio...!
La danta se quedó mirándonos..., estaba inmóvil..., sin miedo...
Pasaron los segundos..., siguió con la mirada fija en nosotros...
Ningún miedo..., ningún temor..., ninguna inquietud...
La danta adulta movió la cabeza hacia un lado y hacia otro...
Y desapareció con su cría..., pausadamente...
Entre los árboles del bosque...
Desaparecieron y dejaron un gran vacío...
Y así como vinieron..., se fueron..., se las tragó la montaña...

Julio, 2020.

La clase de matemáticas.

Estoy en quinto año..., en el Liceo de Costa Rica...
Será tal vez algo así como medio año..., quizás junio...
Transcurre el año 1967..., mi último año de educación secundaria...
Estamos en la clase de matemáticas..., son como las once...
Pronto llegará el momento de ir a almorzar...
Para regresar al Liceo por la tarde...
Don Asdrúbal está dando la clase...
Casi todo el año lo hemos dedicado a aprender trigonometría...
El pizarrón negro está cubierto de expresiones algebraicas...
Y de lindos diagramas..., y de bien elaborados dibujos ilustrativos...
Don Asdrúbal..., de pie..., al lado de la puerta del aula...
Viste de saco gris..., camisa blanca..., y corbata azul...
Tiene las manos llenas de polvo de tiza...
Entusiasmado..., gesticulando..., nos explica la materia...
Todos los alumnos estamos absortos en nuestros pensamientos...
Seguimos con atención su vibrante discurso matemático...
El pizarrón negro continúa llenándose de ecuaciones...
¡Qué bien me siento...! ¡me gustan las matemáticas...!
Y lo que más me entusiasma..., ¡es que todo lo entiendo...!
Don Asdrúbal baja la velocidad de su discurso...
La lección de hoy está por terminar...
Entonces suena el timbre..., siento hambre..., está lloviendo un poco...
¡Nos vamos a casa a almorzar...!
¡Viva el Liceo...!, ¡vivan las matemáticas...!
¡Pronto vendrá el bachillerato...!, ¡y luego la universidad...!, ¡qué alegría...!



Julio, 2020.

El clamor de la cordillera.

Hoy es sábado..., antes no llovía..., ahora está lloviendo...
Hace un rato estaba sentado en el silencio de la tarde...
Todo estaba callado y calmo...
Estaba ahí cuando lo oí..., era un ruido lejano...
Sonaba como una orquesta sinfónica ejecutando una obra maestra...
Al principio no supe de dónde venía aquella música tan linda...
La melodía lo abarcaba todo en el aire..., lo llenaba todo...
Entonces me percaté..., venía de la cordillera...
La veía allá a lo lejos..., pensativa y circunspecta...
Las montañas cerraban el valle por el norte...
Y..., cosa curiosa..., por ahora no estaban cubiertas de nubes...
Allá arriba todo sería verde..., azul..., blanco..., y frío...
Agua transparente..., y el bosque tupido...
De ahí emanaba la música..., aquella música fantástica...
El viento fue llevando las nubes desde el este...
Ahora ya cubrieron los macizos de la cordillera...
Ya no puedo verlos..., pero están ahí..., detrás de las nubes blancas...
El clamor de la cordillera sigue sonando...
Su ruido es fuerte..., y enérgico...
Permanece suspendido en el aire de la tarde...
Ahora ha empezado a llover acá donde estoy...
La música de la orquesta se ha aplacado...
Entonces reina la calma...
Sólo se escucha el golpeteo de la lluvia sobre el techo de la casa...
Hoy es sábado..., antes no llovía..., ahora está lloviendo...



Julio, 2020.

La voz del volcán.

Hoy vinimos de visita al Volcán Turrialba...
Entramos por Pacayas..., por Cartago..., desde allá venimos...
Hace rato que terminamos de subir las estribaciones...
Ahora estamos muy cerca de la cima...
De aquí nos iremos por la fila..., hasta el Volcán Irazú...
El Volcán Turrialba..., adormecido desde hace ya varios años...
En estos días hace erupción de vez en cuando...
Su penacho se eleva a quinientos..., mil..., dos mil metros de altura...
Antes..., pocos años atrás..., estuvo feroz..., agresivo..., explosivo...
Muy activo..., intimidante..., atemorizante..., asustaba mucho...
Las estribaciones quedaron grises...
Lucían como un desierto..., todo quemado..., todo arenoso...
Ahora sus laderas están verdes..., la naturaleza lo ha recuperado todo...
Entonces..., de pronto..., oigo una voz que me pregunta...
-¿Hacia dónde te diriges..., caminante...?-
-¿Qué has venido a buscar...?-
No contesto..., me quedo callado..., siento un poco de miedo...
-¿Quién me habla...?-, pregunto...
-¡Soy yo..., el volcán...!-, me dice...
-¡Busco la naturaleza..., la belleza..., el silencio..., la paz...!-, le digo...
-¡Yo soy todo eso...!-, ¡soy también el espíritu de la cordillera...!-, me dice...
Y continúa..., ¡en mis faldas anidan el quetzal..., la paloma morada..., y el colibrí...!-
Y continúo..., ¡seguiré mi camino..., por acá..., por la fila...!
-¡Que te vaya bien..., amigo...!-, me dice...
Y todo queda en silencio..., en medio del frío..., del viento..., y de la llovizna...

Bernal

Julio, 2020.

Retorno al trabajo.

El médico abnegado ha contraído el coronavirus...
Estuvo en aislamiento..., en su casa..., durante casi un mes...
Estaba enfermo..., se sentía débil..., cansado..., fatigado...
Se le quitó el apetito..., estuvo comiendo muy poco...
Perdió unos seis kilos..., ahora se nota un poco delgado...
Pero ya se reintegró a su trabajo..., hace de eso ya casi una semana...
Está atendiendo a sus pacientes como de costumbre...
Se ha recuperado mucho..., se ve bastante mejor...
Se levanta muy temprano..., él es madrugador...
Se baña en medio de la oscura y fría madrugada...
Luego se come su desayuno..., alegre..., con buen apetito...
Y a las seis de la mañana ya va llegando a su trabajo...
Lo esperan treinta y cinco..., treinta y ocho pacientes...
Ansiosos..., nerviosos..., preocupados...
Deseosos de escuchar una voz de aliento y de optimismo...
Llegan a su consultorio..., en busca de salud..., ayuda..., y comprensión...
Él debe atenderlos... y, hasta donde se pueda..., curarlos de su enfermedad...
A los días los verá de nuevo..., ya recuperados de sus padecimientos...
Ahora son las cuatro de la tarde..., ya no hay más pacientes...
El médico abnegado se para bajo el umbral de la puerta del consultorio...
Ha terminado otro duro día de trabajo...
Se irá para su casa..., a ver a su familia..., a descansar...
Se ha recuperado mucho del coronavirus...
Estuvo en aislamiento..., en su casa..., durante casi un mes...
Ahora se siente mejor...

Bernal

Agosto, 2020.

Tarde encapotada.

Hoy es domingo..., un domingo de mediados de agosto...
Ahora deben ser las tres y treinta..., o las cuatro de la tarde...
Hoy no ha llovido..., aunque la tarde está encapotada...
Gruesas nubes de color gris oscuro pueblan el cielo de la tarde...
¡En cualquier momento empezará a llover...!
Todo está en silencio..., sólo se escuchan voces lejanas...
Que vienen y van..., con el tiempo que transcurre...
Así ha pasado la tarde..., desde la mañana..., diría yo...
¡Como que ya llueve...! ¡Como que no lloverá..., todavía...!
Ahora en el silencio me quedo pensando..., lleno de remembranzas...
Entonces recuerdo tu cara bonita..., y graciosa...
Tu sonrisa fácil..., tus labios de color anaranjado...
Tu gesto siempre amable..., siempre simpático...
Tu voz sonora..., y cariñosa...
Tus manos tan blancas..., tan llenas de ternura...
Ahora en el silencio continuo pensando..., lleno de remembranzas...
Tus recuerdos se pierden en el pasado reciente...
Primero vienen a mi mente..., luego se tornan difusos...
Y desaparecen en la distancia..., como si se los llevara el viento...
Y así me quedo tranquilo..., disfrutando del silencio..., de la quietud...
¡Y de mis recuerdos...!
¡De esos lindos recuerdos que atesoro como se hace con las joyas más valiosas...!
El tiempo parece estar cambiando...
En este momento hay un resplandor brillante...
¡Parece que no va a llover...!
Hoy es domingo..., un domingo de mediados de agosto...
Ahora deben ser las tres y treinta..., o las cuatro de la tarde...

Bernal

Agosto, 2020.

Silencio al atardecer.

Hoy ha estado todo el día como queriendo llover...
Pero fue hasta como a las tres de la tarde que la lluvia empezó...
Desde entonces ha estado lloviendo...
A ratos llueve fuerte..., a ratos sólo cae una suave garúa...
Ahora ya son como las cuatro de la tarde...
Aún está lloviendo...
Todo está húmedo..., frío..., oscuro..., silencioso...
Igual está este lugar en el que escribo...
En este momento sólo se oyen los carros a lo lejos...
Gruesos goterones caen del techo..., se oye un claro tap..., tap..., tap...
Por algunos minutos llueve fuerte...
Las gotas del aguacero resuenan al caer en las hojas de las matas...
Por momentos llueve suavemente...
Y sólo se oyen pequeñas gotas caer en el techo de la casa...
El cielo está muy nublado...
Es de un color gris oscuro...
Probablemente llegará la noche y aún estará lloviendo...
Ha pasado un rato..., y entonces han llegado las cinco de la tarde...
Todo es silencio..., fresco..., cielo plomizo..., y lluvia fría...
Acá donde escribo todo es tibio..., acogedor..., y bonito...
Un bombillo incandescente alumbra la habitación...
Tengo a mi lado mis libros y mis diccionarios...
Me siento bien..., estoy escribiendo en esta tarde taciturna y callada...
Aún está lloviendo...
Todo está húmedo..., frío..., oscuro..., y silencioso...

Bernal

Agosto, 2020.

La música de la noche.

En este momento son como las ocho de la noche...

Aunque llovió toda la tarde..., desde temprano...

La noche ha estado clara..., despejada..., y tranquila...

Ahora..., sobre mí está tendido el cielo negro..., inmenso..., infinito...

Y..., cosa curiosa..., se pueden ver algunas de las estrellas más brillantes...

Entonces la escucho...

Es una música muy linda..., muy bonita..., perfecta y armoniosa...

Con gran solemnidad ha poblado todos los rincones de la noche...

Entonces algo me dice..., ¡escucha..., escucha con atención...!

Esa es la música...

La música inigualable del alma de la noche...

Viene desde allá..., desde los confines más remotos del universo...

No tuvo un inicio..., no tendrá un final...

Es la música del alma del universo amigo...

Las estrellas la siguen..., en silencio..., majestuosamente...

Mientras tanto..., en los árboles de la plaza que hay frente a mi casa...

Una lechuga grande está esperando ver algún ratón...

Está inmóvil..., inexpresiva..., y en silencio...

Está escuchando..., respetuosamente..., aquella obra fantástica...

La suave brisa nocturna parece llevarse la música del universo...

El alma de la noche negra está contenida en ella...

De pronto..., sin hacer ruido..., la lechuga emprende el vuelo...

Su figura se pierde en la inmensidad de la noche clara...

Pero la música permanece..., se queda acá..., conmigo...

Esa es la música..., la música bellísima..., del alma de la noche...

Agosto, 2020.

Misa en Liberia.

Domingo treinta de agosto..., nueve de la mañana...

En medio de la pandemia..., hoy hay misa en Liberia...

Estrictas medidas de higiene..., todo está muy ordenado...

Llego a la ceremonia a las ocho y veinte...

Presento mi tiquete en la entrada lateral de la catedral...

Lo retiré ayer sábado en la casa cural...

-¡Venga a las ocho y veinte..., me dice la persona..., venga temprano...!

Todos entramos despacio..., nos sentamos guardando la distancia...

La catedral está en silencio..., el ambiente todavía está fresco...

El altar está cubierto de manteles de colores...

Rojos..., amarillos..., dorados..., blancos...

Alguien dibujó una linda paloma blanca en la parte frontal del altar...

Entonces llegan las nueve...

A la hora en punto empieza la misa...

La casulla del sacerdote es de color verde..., con bordados dorados...

Es un momento de gran solemnidad...

Ya han pasado los primeros minutos...

Primera lectura..., lectura del libro del profeta Jeremías...

Luego rezamos el salmo..., mi alma está sedienta de ti Señor..., Dios mío...

Y la segunda lectura..., lectura de la carta del apóstol San Pablo a los romanos...

Todos seguimos respetuosamente la ceremonia..., hasta el final...

Es un momento de gran pompa..., una mañana de gala...

En el silencio de la catedral..., resuena la voz de la gente que pasa por las aceras...

Ahora el sacerdote nos da la bendición...

Podemos ir en paz..., la misa ha terminado...

Setiembre, 2020.

Mañana fría.

Hoy es lunes..., un día lunes..., normal por tratarse del mes de setiembre...

Ahora son como las siete y treinta de la mañana...

¡Y..., cosa curiosa..., hasta hace poco todavía estuvo lloviendo...!

Ahora está cayendo una garúa fina..., poco tupida...

El día está nublado..., oscuro..., y frío...

Es setiembre...

Es tiempo de desayunar con café caliente...

Pan tostado..., jalea..., y queso Turrialba...

Es para estar abrigado..., viendo lo oscuro del día...

A través de los cristales de los ventanales...

Pero..., ¡oye..., mi hermano...!, pese a todo..., y sin saber por qué...

Me parece un día bonito..., sólo que encapotado..., nublado..., y sin sol...

Es como para vivirlo con buena actitud...

Para vivirlo enteramente..., a plena intensidad...

Se trata de un día normal para esta época del año...

Afuera..., todo está húmedo..., brillante..., y frío...

La calle que hay frente a mi casa está empapada...

Y caen goterones de agua de las hojas de los árboles de la plaza...

Hoy no veo los pajarillos..., güises..., palomas..., viudas...

Estarán acurrucados aún en sus refugios..., entre las hojas de los árboles...

En este día todo parece transcurrir despacio..., y en silencio...

Casi no sopla brisa en este paisaje mañanero..., congelante...

La garúa sigue cayendo..., de manera casi imperceptible...

Tengo frío...

Hoy es lunes..., un día lunes..., normal por tratarse de esta época del año...



Setiembre, 2020.

El tour, el giro, la vuelta.

La carrera es difícilísima..., durísima..., sólo los valientes la corren...

Ciento ochenta..., doscientos..., doscientos veinte kilómetros...

Cuatro..., cinco..., seis horas de competencia..., veintiún etapas...

Planos infinitos..., cumbres altísimas..., inexpugnables...

Bajadas espeluznantes..., vertiginosas..., peligrosísimas...

Trepones agotadores..., cuestras empinadas..., casi como paredones...

Terribles disputas dentro del pelotón...

Aquí se libra una guerra a muerte...

Se lucha por cada metro..., por cada centímetro..., por cada segundo...

Llegadas a meta a setenta kilómetros por hora...

Los corredores entran vertiginosamente..., función alucinante...

Aquí una caída sería de consecuencias muy serias...

Atrás quedaron kilómetros y horas de entrenamiento...

Un pelotón compacto..., un grupo de atletas...

Todos delgados..., todos magros..., enjutos..., en sus uniformes multicolores...

El llano inclemente..., infinito..., calor sofocante...

La cumbre invencible..., altísima..., trepada durísima...

El calor..., el sol..., el brillo de la calzada...

La nieve..., la lluvia..., la niebla..., el viento...

¡Mira hermano..., allá van los héroes...!

Puro esfuerzo..., pura inteligencia..., pura resistencia...

Puro sudor..., puras lágrimas..., dientes apretados...

Lucha extenuante..., sobrevivirá el más valiente..., el más resistente...

Ganará el mejor..., el más dotado..., el más fuerte..., el más inteligente...

¡Mira hermano..., allá van los héroes...!



Setiembre, 2020.

La competencia.

El drama de la competencia..., su argumento..., se desarrolla entre atletas...

¡Sí hermano..., allá va el pelotón..., los ciclistas con los dientes apretados...!

¡Luchando..., palmo a palmo..., cada centímetro de carretera...!

Es un esfuerzo tremendo..., enfrascados en una guerra de estrategias...
Sólo se escucha el ruido de las llantas de las bicicletas en el pavimento...

Y el mecánico son de los engranajes...

De vez en cuando el grito de los líderes..., de los peones...

Poniéndose de acuerdo..., afinando la estrategia..., acomodando las piezas...

Los héroes de la carrera se disputan el honor y la gloria...

Ellos no saben que todos ellos se merecen..., sin duda alguna...

Ese honor y esa gloria...

Pero el deseo de ganar está sobre el razonamiento normal...

Se cruzan entre ellos miradas intimidantes..., retadoras..., desafiantes...

Cada uno de ellos quisiera llegar de primero a la meta ...

Están dispuestos a morir por ganar...

Gustosamente renunciarían al premio material...

Por ganar la competencia...

Y..., con ella..., el honor y la gloria...

¡Allá van..., hacia adelante..., sin pausa..., sin descanso...!

Yo los entiendo muy bien...

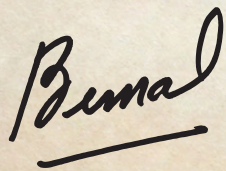
Son seres humanos...

Yo también soy un ser humano...

Con todas sus virtudes..., con todos sus defectos...

¡Sí hermano..., allá va el pelotón..., los ciclistas con los dientes apretados...!

¡Luchando..., palmo a palmo..., cada centímetro de carretera...!



Setiembre, 2020.

Soy un ingeniero de campo.

Veintidós de marzo de 1973..., en pleno verano...

Fue mi primer día de trabajo en el ICE...

Instituto Costarricense de Electricidad...

Don Florencio me fue a dejar a Planta San Antonio...

Ahí conocí a Saúl..., a Gerardo..., a Antonio... y a tantos más...

Dos turbinas de vapor..., unidades 1 y 2..., en línea...

Dos turbinas de gas..., unidades 3 y 4..., en período de montaje...

Hacía mucho calor..., eran como las diez de la mañana...

Mi graduación..., unos tres meses antes...

En la Universidad de Costa Rica...

Me había convertido en ingeniero eléctrico...

Ese primer día de trabajo marcó mi vida para siempre...

Pasaron los días... las semanas..., los meses...

Ese trabajo me encantó..., tenía veintidós años de edad...

¡Era un ingeniero de campo...!

Mis compañeros de trabajo..., las máquinas eléctricas...

Las turbinas..., su ruido característico..., sus altas temperaturas...

Su tremenda velocidad..., su potencia..., sus vibraciones...

La casa de máquinas hirviente..., olorosa a aceite y a grasa..., sonido ensordecedor...

Controles complejísimos..., electricidad..., electrónica...

A medio día..., almorzando en la planta..., para luego seguir trabajando...

Salir del trabajo muy tarde..., ya de noche..., cansado..., pero contento...

Mi ropa sucia..., olorosa a trabajo..., a esfuerzo..., a lucha...

Pasaron los meses..., los años..., adquirí experiencia..., y madurez...

¡Era un ingeniero de campo..., y siempre lo seré...!



Setiembre, 2020.

Adrián Artavia Vargas.

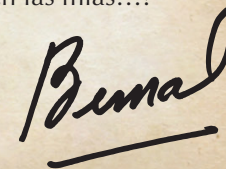
Sería por allá de mediados de los sesenta...
En el siglo veinte..., en Puntarenas..., yo iba de paseo a la casa de mis tías...
A unos veinticinco metros de la casa había un taller mecánico...
Ahí trabajaba Adrián..., yo nunca lo supe..., pero él me lo contó después...
Él era apenas un niño..., de unos diez años de edad...
Pero ya trabajaba..., trabajaba muy duro..., ayudando a arreglar carros dañados...
Años después..., a eso de inicios de los años setenta...
Don Florencio lo contrató..., como operador de planta eléctrica...
Le tocó laborar en muchos centros aislados..., se convirtió en un viajero eterno...
Palmar Norte..., Río Claro..., Ciudad Neilly..., San Vito...
Los Chiles..., Guatuso..., Santa Cruz..., Liberia...
Cóbano..., Nosara..., y tantos lugares más...
En varios de estos lugares, por años, fue un buen jefe de planta eléctrica...
Yo lo conocí trabajando..., allá por los ochentas...
en la lucha intensa que libramos en esos días...
Adrián es y será un soñador..., protagonista y testigo de aventuras increíbles...
Amigo leal de la noche oscura..., del oleaje del mar..., y de la fría madrugada...
Recuerdo sus canciones..., conmigo..., con Luis Sandoval..., con Gerardo Chacón...
A las cinco de la mañana..., bajo el cielo púrpura..., cuando salíamos a pescar...
La linda canción del compositor argentino Carlos Barocela...
Que en algunas partes dice algo así como esto...
"Mientras el mar besa una playa ajena..., yo busco en vano tu nombre entre la arena...
Yo busco en vano la luz de tu verano..., y aquellas noches anchas bajo el cielo...
Cuando tu piel se acostumbró a mi mano..., y mi frente a la sombra de tu pelo..."
Adrián..., eterno viajero..., protagonista y testigo de aventuras increíbles...



Setiembre, 2020.

Nuestro planeta está muriendo.

Nuestro planeta tierra..., lugar lindísimo..., pleno de vida...
Es un cuerpo celeste..., lleno de grandes bellezas...
De sus recursos podemos vivir sin problemas...
Hay suficiente para todos..., para todos nosotros...
Pero los seres humanos somos insaciables...
Estamos explotando sus recursos como si éstos no tuvieran límite...
La agricultura..., la pesca..., la madera...
El agua..., los campos geotérmicos..., el viento...
El petróleo..., los minerales..., el carbón...
La atmósfera..., el espacio..., los mares...
Las tierras cultivables..., los animales domésticos..., los animales del bosque...
Lo estamos explotando todo de manera desenfrenada...
Como si el mundo se fuera a terminar mañana...
Ahora nuestro planeta está lleno de huecos..., de diques...
De canales..., de ciudades..., de represas..., de carreteras...
De desiertos..., de incendios forestales..., de basura...
Lo hemos ensuciado todo...
Los mares..., los ríos..., los lagos..., la atmósfera..., los polos...
¡Hermano..., que cambiemos todos no es posible...!
Pero cada uno de nosotros..., en el metro cuadrado donde vive...
Debería ser más inteligente..., más realista..., más humano...
Así entonces volverá el venado..., la danta... el jaguar..., el puma...
Y surcarán el aire..., libres..., la lapa..., el gavián..., la gaviota..., la garza...
¡Oye hermano..., escúchame..., salvemos el mundo...!
¡Su salvación está en tus manos y en las mías...!



Setiembre, 2020.

Planta Nosara.

Serían acaso finales de los años setenta..., o principios de los ochenta...

En el recién pasado siglo veinte...

Por esas épocas se inició el montaje de Planta Nosara...

Este proceso llevó varios meses..., tres..., cuatro..., cinco meses...

Al cabo de los cuales sólo quedaban por hacer las pruebas finales...

Y cargar el tanque de almacenamiento con combustible diésel...

No recuerdo la capacidad del tanque en litros...

Pero eran muchos miles..., cien mil..., doscientos mil..., no recuerdo...

Se trataba de un tanque bastante grande...

Estábamos en la reunión de los lunes en oficinas centrales...

Ahí se anunció que la inauguración sería el día sábado..., de esa misma semana...

Pero no había combustible en el tanque..., había que llevarlo en cisternas...

Se nos encargó la tarea de transportarlo y culminar con las pruebas de los equipos...

Formamos un grupo de trabajo que haría la tarea..., con Luis Sandoval a la cabeza...

Luis era un veterano de más de mil batallas...

Había acumulado tal vez un millón de horas como técnico en labores de campo...

Como líder..., era una garantía para todos nosotros...

Precisamente ese día lunes empezó un temporal..., llovía sin cesar...

Los resbalosos caminos de barro rojo estaban prácticamente intransitables...

La cuesta de Terciopelo era un desafío casi insuperable...

El río Nosara estaba crecido..., y muy bravo...

Con gran esfuerzo..., con mucho trabajo..., hicimos la tarea...

Terminamos de meter el combustible el jueves..., y el viernes se hicieron las pruebas...

Todo salió bien..., y al día siguiente..., sábado..., sería la inauguración...

Ese mismo día viernes..., por la noche..., todos regresamos a nuestras casas...

Setiembre, 2020.

El hombre del frío.

Planta Nosara..., allá por el año 1985...

Realmente no recuerdo bien el año...

Es el mes de marzo..., estamos trabajando en la planta...

Hemos estado ocupados toda la mañana..., ahora salimos a almorzar...

Fuimos al centro del pueblo..., cerca de la plaza...

Almorzamos un casado con pescado..., y un vaso de agua fría...

En este momento vamos regresando a la planta...

Estamos llegando cuando lo veo venir...

Gerardo Cortés Juárez..., el buen jefe de la planta...

Hombre flaco y de estatura normal..., moreno..., huesudo...

Desde lejos se ven sus zapatones grandes..., como esos de montar...

Genéticamente..., cien por ciento guanacasteco...

De la zona costera..., creo que incluso ha vivido toda la vida en Nosara...

Hombre callado..., de pocas palabras..., pescador experto..., de mucha experiencia...

Dicen algunos que es un buen montador de toros...

Los potreros son de color café..., es pleno verano..., hoy es un día muy luminoso...

Hace un calor sofocante..., el sol brilla en lo alto..., no sopla brisa...

Todo está en silencio..., sólo se oye el ronco ruido de los motores de la planta...

En medio de ese calor..., viene por la calle Gerardo..., vistiendo su abrigo morado...

Es una prenda manga larga..., y lleva cerrado el zíper hasta la altura del pecho...

¿No tiene calor...?, le digo...

-No..., así estoy bien...-, me dice...

-¡Hoy acá amaneció fresco...!-, continúa diciendo...

Me mira como distraído..., y entra a su oficina...

Ese es Gerardo Cortés Juárez..., el hombre del frío...

Setiembre, 2020.

Caminando bajo la lluvia.

Es un día normal del mes de octubre..., oscuro..., húmedo..., y frío...
Llovió toda la tarde..., ahora son como las cinco...
Ya casi escampó..., cae sólo una garúa que moja bastante...
Vengo caminando por el costado este del Banco Central...
Hace poco que salieron los trabajos...
Toda la gente camina de prisa..., con el paraguas abierto...
La tarde está oscura y el cielo plomizo...
Tengo frío..., quisiera tomarme una taza de café caliente...
Con un panecillo dulce..., de tamaño bondadoso...
Pero no traje la mascarilla..., se me olvidó en la casa...
Me paro en frente de una cafetería...
Una dependiente..., mujer joven de veintitantos años...
Me hace una seña..., ¡que me acerque...!
Le hago señas de que olvidé la mascarilla...
Me responde con una señal de que no hay problema...
Entro al local y me siento..., ¡estoy muy agradecido...!
Me tomo el delicioso café humeante..., ahora me siento muy bien...
Entonces continúo mi camino bajo la garúa que cae...
Es una llovizna pertinaz..., tupida..., y molesta..., y yo sin paraguas...
Pero de pronto..., sin previo aviso..., deja de llover...
Sólo caen gruesos goterones de los dinteles de los negocios...
Sigo mi caminata..., ahora ya no llueve..., ¡por suerte...!
Cruzo la ciudad..., hay mucho movimiento..., la gente va y viene...
Por fin..., llego a mi casa..., mi ropa está húmeda...
Me pongo ropa seca..., ¡ahora estoy tibio..., y contento...!

Bernal

Octubre, 2020.

El cocodrilo de fuego.

Estamos a mediados del mes de octubre...
Dentro de unas dos semanas llegará noviembre...
Ahora son como las cinco y media de la tarde...
¡Cosa curiosa..., hoy no ha llovido por acá...!
Desde aquí donde estoy sentado..., las veo a lo lejos...
Son Las Tres Marías...
Se ven en la lejanía..., casi nítidas..., recortadas contra el cielo azul...
Sobre sus cumbres se han posado unas nubes blancas...
Su forma es alargada..., como la de un reptil..., parecen un cocodrilo...
Un cocodrilo que estuviera dormido..., perezoso..., y cansado...
Tirado de panza..., sobre el borde las cumbres allá en lo alto...
Pasan los minutos..., han pasado diez..., tal vez quince...
La luz del sol ilumina el cocodrilo...
Ahora luce totalmente rojizo..., anaranjado..., amarillento...
Visto desde acá..., desde lejos..., desde el valle...
Parece un cocodrilo de fuego...
Me quedo mirándolo..., admirando esa portentosa obra de arte...
La naturaleza la ha pintado con sobrenatural maestría...
El cocodrilo llena el cielo de colores..., el cielo que pareciera estar
ardiendo...
Han transcurrido los minutos..., ahora serán como las seis pasadas...
Está cayendo la tarde...
Poco a poco..., muy lentamente..., va llegando la noche...
El cielo se va oscureciendo..., ahora todo es color azul oscuro...
La figura del cocodrilo de fuego se va difuminando en la noche negra...
Ahora todo está oscuro..., silencioso..., y frío..., ¡llegó la noche...!

Bernal

Octubre, 2020.

La mujer de oro.

Es un bonito día de fin de semana..., por la mañana...
Hace un sol radiante..., brillante..., y caliente...
No hay gente en la calle..., todo está quieto y silencioso...
Yo vengo caminando..., me deslumbra un poco el sol que cae sobre la
acera...
Me queda aún una larga caminata..., casi una hora...
Estoy en eso..., cuando la veo venir...
Es una mujer muy linda..., blanca y delgada..., de cabello oscuro...
El pelo es un poco más largo que corto...
Trae la cara de tez clara..., con los ojos apenas pintados de azul...
Y los labios coloreados de rojo intenso...
Viste un vestido entero de tela ligera y ceñido al cuerpo...
De varios colores..., pero predominantemente anaranjado claro...
Le llega a un par de dedos arriba de la rodilla...
Sus medias son de un pigmento café..., que casi tiende a un tono dorado...
Sus zapatos..., de un tacón pequeño y grueso...
Son de coloración negra..., brillantes..., y recién cepillados...
Camina rápido..., su cuerpo erguido, fino y elegante..., y su mirada al
frente...
Parece ir de prisa..., tal vez va a hacer algún mandado...
O va para la iglesia...
Toda ella..., esbelta y muy linda..., vista en conjunto...
Se ve de un color dorado..., al ir caminando bajo el sol de la mañana...
Ese color dorado de su figura..., parece brillar bajo la luz tempranera del
día...
Continúo mirándola por algunos minutos...
Luego desaparece..., sin darme cuenta..., en una de las encrucijadas del
camino...
Sí..., no hay duda..., es bellísima..., es la mujer de oro...

Bernal

Octubre, 2020.

Mañana de temporal.

Ya está cerca el final del mes de octubre...
Quedará tal vez una semana y un poco más...
Hoy amaneció lloviendo acá en el valle...
Y pienso que también en el resto del país...
Lluvia continua..., estuvo lloviendo prácticamente toda la noche...
Se trata de una lluvia suave y necia..., que moja mucho...
La mañana de hoy es gris..., lluviosa..., y fría...
La plaza que hay frente a mi casa está anegada...
Gruesas gotas de agua caen de las hojas de los árboles...
Hoy no vinieron a comer las palomas de Castilla...
El cielo está encapotado..., pienso que continuará lloviendo...
Aunque..., como dice la gente...
¡Mañana oscura..., tarde segura...!
Tal vez hoy nos haga una tarde bonita y brillante...
¿Quién sabe...?
¡Cosa curiosa..., hoy casi no se escuchan los pajarillos...!
Me asomo por mi ventana y sólo veo nubes por todo lado...
Hoy no se ven las montañas de la cordillera...
Todo está nuboso..., grisáceo..., húmedo..., y frío...
Me levanto..., me baño..., me alisto..., me pongo un abrigo...
Y me dispongo a tomar un café caliente..., con pan con queso...
La mesa está servida..., huele a café recién chorreado...
Está empezando un día de tantos..., sólo que un poco oscuro..., pero
agradable...
Después de todo..., el día de hoy es un día bonito...
Acá..., dentro de mi casa..., todo es tibio y acogedor..., huele a
desayuno...

Bernal

Octubre, 2020.

La mujer vestida de rojo.

Ese día hacía un calor agobiante...
Un sol deslumbrante alumbraba desde lo alto...
Al incidir sobre la piel se sentía algo así como estar ardiendo...
Era como si algo muy caliente lo estuviera quemando a uno...
La mujer venía caminando en sentido contrario al que yo seguía...
Venía toda vestida de rojo...
Tanto la parte de arriba de la cintura..., como la parte de abajo...
Con una blusa blanca manga larga abierta por el frente...
Tenía su pelo muy bien ordenado...
Toda ella era orden y pulcritud..., limpieza y frescura...
La verdad es que se veía muy bonita y coqueta...
Para cubrirse un poco del sol llevaba una sombrilla abierta...
Una sombrilla de color celeste, con gris y con blanco...
Vestía unos lindos zapatos negros de tacón bajo...
El color rojo de su ropa contrastaba muy bien con su piel blanca...
Toda ella se veía impecable y bien organizada...
Venía caminando rápido...
Iría tal vez para su casa..., o andaba haciendo alguna vuelta...
Era una mujer muy bella..., muy atractiva..., con una sonrisa apenas perceptible...
Yo me quedé mirándola el tiempo que duramos en cruzar nuestros caminos...
Quería saludarla..., pero no me atreví...
Pasó a mi lado muy seria..., como ensimismada en sus propios pensamientos...
Seguí mirándola con disimulo...
Ella también me miró..., me sonrió...
Y siguió su camino...

Bernal

Octubre, 2020.

Y entonces.

Estamos en los últimos días del mes de octubre...
Es de mañana..., el cielo está un poco encapotado...
Ahora son como las seis y está muy fresco...
La arena de la playa aún está fría...
Todo está muy húmedo..., ayer llovió toda la tarde...
Casi hasta el atardecer..., ya casi caía la noche cuando escampó...
Esta mañana he salido a caminar un rato en la playa de arena negra...
Y entonces observo el mar agitado..., hoy amaneció picado...
Grandes olas vienen a reventar..., no cerca de la orilla...
Sino mar adentro...
Cuando revientan se levantan grandes nubes de gotas diminutas...
Y se oye su rugido como un estruendo que viene de lejos...
Las nubes de gotas diminutas son de color blanco...
Se difuminan en el aire..., brillando bajo el resplandor de la mañana...
En el cielo plomizo vuelan algunas gaviotas de color gris con blanco...
Hacen una gran algarabía mientras comen en las agitadas aguas espumosas...
A lo lejos..., frente a mí..., separadas de la playa arenosa...
Se ven enormes rocas negras bañadas por las olas...
Y más lejos aún..., en la distancia..., se ve el acantilado..., intimidante...
Batido por el viento y por las olas del mar un poco embravecido...
Sigo caminando por la playa infinita..., inmensa..., oscura y negra...
Adornada por una linda guirnalda de espuma blanca...
Ha pasado el tiempo muy rápido...
Ya son casi las siete..., pero aún no sale el sol de entre las nubes
Y entonces observo el mar agitado..., hoy amaneció picado...

Bernal

Octubre, 2020.

Antes de la misa.

Son como las ocho y cuarenta de la mañana..., hoy domingo...
He venido a la iglesia a misa de nueve...
El sacristán toca las campanas que llaman a la gente...
Ya los portones están abiertos..., y las puertas de la iglesia también...
En la puerta del templo está sentada una mujer joven...
Está dando indicaciones...
Además..., está anotando las intenciones que...
Para esta misa...
Tienen los feligreses...
Ingreso al templo..., la luz del sol entra abundantemente por los
ventanales...
Todo está fresco..., y limpio..., silencioso..., y en calma...
Bien iluminado..., ordenado..., ya todo está casi listo...
En las bancas hay indicaciones de cómo deben distribuirse los feligreses...
Estamos en época de pandemia..., hay que evitar el contagio...
En la parte central de la nave principal...
Está el sacerdote..., viste pantalón negro..., abrigo gris..., y camisa blanca...
Es un anciano de unos setenta y siete años de edad..., se llama Marcial
Bonilla...
Camina de un lugar a otro..., ordenando las cosas...
Apurado..., con premura..., tiene prisa..., ya faltan cinco minutos...
¡Pronto la misa debe empezar...!
Don Carlos Lizano está encendiendo las candelas que hay en el altar...
Lo hace con calma..., despacio..., con cuidado...
Los feligreses siguen entrando a la iglesia...
Todos con su cubre bocas... Ahora estamos todos de pie...
En el nombre del Padre..., del Hijo..., la misa ha empezado...

Bernal

Noviembre, 2020.

Ya dejó de llover.

Llovía mucho..., fueron unos tres días de lluvia continua...
No paraba de llover a ninguna hora...
Amanecía lloviendo..., todo estaba húmedo...
Los días eran oscuros..., sin sol..., fríos...
Llovía desde el amanecer..., desde que despuntaba el alba...
Era una lluvia tupida..., necia..., muy fría...
Duradera..., persistente..., y pertinaz...
Todos los días debimos utilizar el paraguas..., y la capa...
Muchos andaban con botas de hule...
A ratos llovía fuerte..., a ratos escampaba un poco..., pero luego
seguía...
Los aguaceros se fueron distanciando unos de los otros...
Hasta hoy..., día en que el temporal parece estar cediendo...
Sí..., en estos días ha llovido mucho..., pero esto algún día pasará...
Incluso hoy amaneció siempre oscuro..., pero sin lluvia...
Durante todo el día ha caído un pelo de gato...
Pelo de gato congelante que moja bastante...
Es una especie de silampa suave..., pero tupida...
Esa silampa cae a ratos..., en medio del frío...
Pero llueve menos..., hoy casi no han caído aguaceros...
El temporal está pasando...
Aunque el cielo aún está grisáceo..., encapotado..., oscuro...
Aún no ha salido el sol..., tal vez mañana sábado lo hará...
Fueron varios días de lluvia..., de aguaviento..., y de frío...
Llovía mucho..., fueron unos tres días de chaparrones continuos...
No paraba de llover a ninguna hora...

Bernal

Noviembre, 2020.

Ya dejó de llover.

Ya hoy es domingo..., ya dejó de llover..., hoy salió de nuevo el sol...
Estuvo lloviendo desde el martes pasado...

Más o menos...

Fue un temporal intenso de unos tres o cuatro días...

Llovió muchísimo..., hubo graves inundaciones...

Se dieron grandes daños..., en la bajura..., en los pueblos..., y en las carreteras...

Pero ya parece haber pasado..., el temporal se ha ido...

Todo vuelve a estar normal..., soleado..., y brillante...

Las personas han salido de nuevo..., andan haciendo mandados...

Paseando a los perros..., arreglando el jardín...

Todos estamos contentos..., alegres..., sonrientes...

¡Hoy domingo el día no amaneció empujado...!

La gente está contenta..., ¡no está lloviendo...!

¡Todas las personas se ven con buen semblante...!

¡El sol brilla en lo alto...!

Las horas del día son luminosas y deslumbrantes...

El clima está tibio..., amoroso..., amigable...

En este momento son como las tres y media..., en la tarde...

Las calles están secas..., ya no hay tanta humedad...

Desaparecieron el frío..., la oscuridad..., la lluvia..., y el viento...

Ya hoy es domingo..., ya dejó de llover..., hoy salió de nuevo el sol...

En varios días..., hasta hoy veo las montañas en la cordillera...

Y el cielo azul intenso..., con sus nubes blancas...

Estuvo lloviendo desde el martes pasado...

Más o menos...

Noviembre, 2020.

La pareja.

Es muy largo el camino..., estamos aún lejos de nuestro destino...

Es un sendero pedregoso y polvoriento..., en verano...

Es una senda resbalosa y enlodada..., en invierno...

Muchas veces..., en verano..., o en invierno...

Es bello y transitable..., bordeado de árboles..., y de bellos paisajes...

Es un sendero largo..., sin fin...

En él..., el tiempo es eterno..., el espacio es ilimitado...

¿Dónde inició...?, eso apenas se recuerda...

¿Dónde termina...?, eso apenas se intuye...

El camino es eterno..., el camino es infinito...

Allá va caminando la pareja..., ya ambos rondarán los setenta...

Se notan contentos..., animados..., optimistas..., joviales...

Caminan tomados de la mano por el camino eterno...

Van conversando animadamente...

De vez en cuando ríen...

Para luego seguir caminando..., por esta senda sin fin...

Tienen el pelo blanco..., las ropas son sencillas...

Sus zapatos están curtidos de tanto caminar...

Pero allá van..., tomados de la mano por el camino interminable...

No dan muestras de estar cansados..., van andando aquella senda mágica...

Caminan tomados de la mano por el camino inmenso...

Van conversando animadamente...

De vez en cuando ríen...

Para luego seguir caminando..., por esta senda sin fin...

No dan muestras de estar cansados..., se notan satisfechos y felices...

Noviembre, 2020.

Dos sustos.

El primero...

Un día soleado y caluroso..., estoy trabajando en Planta San Antonio...
De pronto me llaman por teléfono..., es la secretaria de Don Florencio...
Me cuenta que el ingeniero Milton Esquivel Hernández ha sufrido un accidente...

Cuatro mil ciento sesenta voltios..., en Planta Liberia...
Sobrevivió..., pero está en el hospital..., tiene quemaduras..., eso me dicen...

No puedo hablar..., me duelen los brazos..., me tiemblan las piernas...

Quiero irme a Liberia..., mi hermano está herido...

Me voy a caminar por la planta..., no me puedo concentrar...

El segundo...

Son como las seis de la tarde..., de un día lluvioso...

Ya pronto cenaré en mi casa con mi familia..., estamos contentos...

Estoy preparándome cuando me llaman por teléfono..., es de Planta Moín...

Mi hermano Gilberto Chollette Robinson..., el operador de planta eléctrica...

Una tubería de vapor sobrecalentado falló..., se dio una gran fuga...

Gilberto iba pasando por ahí...

Sobrevivió..., pero está en el hospital...

Tiene grandes quemaduras..., está estable pero delicado...

Ya no puedo cenar..., siento una gran angustia..., no puedo estar quieto...

Quiero irme a Limón..., mi hermano está herido...

Esa noche no pude dormir...

Pasaron los años..., muchos años..., hoy recuerdo esos días...

Fueron dos días terribles..., heridos en la batalla..., hombres valientes y trabajadores...

Milton y Gilberto sobrevivieron..., ¡por dicha...!

Otros hermanos accidentados no lo lograron..., eso me duele..., me duele en el alma...

Noviembre, 2020.

A todos los planteros.

¡Salud planteros..., somos uno solo!

¡Cantemos juntos una canción..., una canción de esfuerzo y de trabajo...!

¡Que todos nos escuchen..., que todos nos entiendan...!

Esta es una canción para los que cayeron en la batalla...

De una manera o de otra..., en una circunstancia o en otra...

Pero cayeron combatiendo una guerra buena...

Luchábamos por nuestro país..., por nuestra patria...

Por nuestra tierra..., por nuestros hogares...

Por nuestras familias...

Se nos adelantaron..., se los llevó la vida..., se los llevó la muerte...

Allá van..., adelante..., portando todavía la bandera de los planteros...

Atrás quedaron angustias..., penas..., y preocupaciones...

Pero todavía escuchan el ruido de las turbinas...

El ronroneo de los motores...

La indicación de las alarmas...

El silencio de la media noche..., trabajando..., siempre trabajando...

La alegría de la hora de almuerzo..., todos juntos...

Unos en el comedor..., otros en el taller..., todos almorzando...

La hora de salida por la tarde...

Todos nos iríamos a nuestras casas...

Olorosos a trabajo..., a lucha..., a sudor..., a sacrificio...

¡Salud planteros..., somos uno solo!

¡Cantemos juntos una canción..., una canción de esfuerzo y de trabajo...!

¡Que todos nos escuchen..., que todos nos entiendan...!

Esta es una canción para los que cayeron en la batalla...

Noviembre, 2020.

Un viernes por la noche.

Hoy es viernes..., trabajamos todo el día en la unidad número uno...
Planta Barranca..., en medio verano..., la máquina tenía problemas...
Trabajé con Alfredo Li Alí..., y con Uriel Blanco Rodríguez...
No pudimos terminar temprano..., se nos complicó el problema...
Ahora son como las ocho de la noche...
Hará una media hora que la máquina está en línea...
El sistema la necesita...
Entonces suena el teléfono en la sala de control..., me llama Don
Florencio...
Quiere saber cómo nos está yendo..., se oye preocupado...
Le digo que la máquina está en línea desde hará media hora...
Que..., hasta el momento..., todo va bien...
Estamos a plena carga...
Me dice que me quede unas dos horas..., observando su funcionamiento...
¡Yo ya quiero regresar a mi casa en San José...!
¡Además..., tengo mucha hambre...!
¡Desde la hora del almuerzo no he comido nada...!
Ahora han pasado las dos horas..., todo sigue bien...
Los arreglos que hicimos resolvieron el problema...
¡De pronto una alarma...! ¡luz lina 64S...!
¡Un termopar de protección se ha ido a tierra...!
¡Corremos a desconectarlo para que no afecte el control...!
¡Todo sigue bien..., y el funcionamiento de la unidad es estable...!
Entonces han pasado dos horas..., había poco tránsito en la carretera...
Es medianoche..., de hoy viernes..., cuando llego a mi casa...
¡Estoy contento..., mi esposa me calienta la cena..., buenas noches...!

Bernal

Noviembre, 2020.

Pronto llegará el verano.

Ya hoy es veintinueve de noviembre...
La temporada lluviosa debería estar llegando a su fin...
Incluso está ventoso..., y un poco fresco...
Por la mañana cuesta que amanezca...
Es todavía tardón y aún no ha salido el sol...
Y ahora oscurece pronto..., como a las cinco y media...
Es aún temprano..., y ya está oscureciendo...
En estos días han caído menos chubascos...
De hecho..., casi no ha llovido...
Ya el sol de las siete de la mañana es amarillento...
Y lo mismo ocurre como a las cinco de la tarde...
Ha caído uno que otro chaparrón...
Acompañados de algunos truenos...
En este momento son como las cuatro de la tarde...
Acá en el valle el ambiente está oscuro...
Un rayo parte el cielo en dos..., todo se ilumina..., y luego el
estruendo...
Pero no está lloviendo todavía...
Hoy por la mañana se veía claramente la cordillera..., por el norte...
Y los cerros que cierran el valle..., por el sur...
El cielo estaba despejado..., y de un color azul brillante...
Las montañas se veían de un color morado verdoso...
Todo ha indicado que hoy no lloverá...
O al menos..., eso parece...
Ya hoy es veintinueve de noviembre...
La temporada lluviosa debería estar llegando a su fin...

Bernal

Noviembre, 2020.

Niño llorando en la playa.

Tengo siete años de edad..., ya ha pasado una semana...
Se acabaron las vacaciones en Puntarenas...
Fue un paseo lindísimo..., una semana mágica..., llena de alegría...
Plena de amaneceres luminosos..., abundante en sol y en calor...
Sus padres lo mandaron una semana a la casa de sus tías...
En Puntarenas..., mi querido puerto de la costa pacífica...
Ahora el niño está triste..., mañana debe regresar a San José...
Él no quiere que lo vean llorando...
¡Le van a decir que él no es valiente...!
¡Pero quiere llorar..., no puede contenerse...!
¡Se va al patio de la casa..., y se le salen las lágrimas...!
Entonces..., sin que nadie lo note..., sale de la casa...
Se va andando hacia la playa...
Camina despacio..., al lado de las olas que revientan en la arena...
En medio del ruido del tumbo del oleaje...
El niño va llorando caminado sobre la arena húmeda...
Camina desde la antigua estación del ferrocarril...
Pasa debajo del muelle...
Hasta llegar al Hospital San Rafael...
Va secándose las lágrimas con el dorso de la mano...
Luego se devuelve por el mismo camino...
Ahora el niño está triste..., mañana debe regresar a San José...
Hoy recuerdo ese día...
Hace de eso muchos años..., hace casi una vida...
Fue una época en que fui muy feliz..., en mi amado Puntarenas...

Bernal

Diciembre, 2020.

Atardecer en diciembre.

Serán acaso las cinco de la tarde...
Y ya está empezando a caer la luz del sol...
En media hora estará todo oscuro...
Y serán tal vez tan solo las cinco y treinta...
Pero estamos en diciembre..., y eso es lo normal en este mes...
Ahora está empezando a soplar una brisa suave...
Una brisa suave pero muy fría..., siento que se me enfrían las manos...
Las manos y las orejas..., siento frío también en los pies...
Voy caminando por el centro de la ciudad...
La gente camina de prisa..., quieren llegar pronto a sus casas...
No guardan la distancia que debe conservarse en medio de la
pandemia...
Todo es bullicio y movimiento..., actividad y comercio...
Los rótulos de mil colores apenas se están encendiendo...
Las personas parece que no se dan cuenta..., van cómodos...,
aparentemente...
Pero el frío es penetrante..., parece llegar hasta los huesos...
A pesar de mi abrigo..., el frío cala hondo en mi cuerpo...
Está oscureciendo..., la tarde va cayendo poco a poco...
Ya algunos carros han encendido sus focos...
Yo también camino rápido..., quiero llegar pronto a mi casa...
Quisiera comer la comida sabrosa..., y caliente...
Serán acaso las cinco de la tarde...
Y ya está empezando a caer la luz del sol...
En media hora estará todo oscuro...
Y serán tal vez tan solo las cinco y treinta...
Esto es un típico atardecer en diciembre...

Bernal

Diciembre, 2020.

Lucía, la niña pianista.

Es un fresco día de diciembre...
Ya se acerca la navidad..., huele a ciprés..., huele a tamal...
Ahora todo está en silencio..., hace frío...
Hace tanto frío..., que el aire parece de cristal...
Sopla un vientecito fresco..., que perturba un poco el silencio de este día...
¡De pronto una música de piano emerge de la quietud...!
¡Es una música muy linda..., que llena el aire de belleza y de armonía...!
¿Quién estará tocando ese instrumento mágico...?, me pregunto...
¿De dónde sale esa melodía tan bella...?
¡Es Lucía..., la niña pianista...!, me responde el silencio...
Entonces me fijo con cuidado...
Sí..., es ella..., está sentada frente al piano...
Sus manos recorren el teclado con gracia y maestría...
Lucía..., está concentrada...
En ese momento pensará sólo en la ejecución de la obra...
Dos colas de caballo..., una a cada lado de la cabeza...
Se mueven al compás de la música...
Siguiendo el ritmo de la melodía...
¡Ahora la música del piano llena el universo entero...!
¡Las notas quedan suspendidas en el aire frío...!
El silencio las mira comprensivo..., ¡es mucha belleza...!
Pasan unos minutos..., en este momento termina la música...
Lucía..., la niña pianista..., agradece los aplausos...
Nos hace una linda reverencia..., alguien le entrega un ramo de flores...
Y entonces se retira..., camina con garbo y soltura..., muy sonriente... y feliz...

Diciembre, 2020.

Felipe, el niño escritor.

Son como las cuatro de la tarde de un día viernes de diciembre...
Se trata de una tarde luminosa y soleada...
Sopla poca brisa..., todo está quieto y en silencio...
Hace calor en Ciudad Colón...
Felipe está sentado en su escritorio...
Dedicado a algo que le gusta mucho hacer...
Escribir cuentos...
Yo lo miro..., en este momento es imperturbable...
Inclinado sobre el papel escribe afanosamente...
No parece percatarse de que yo lo estoy observando...
Feroces piratas asaltan islas fabulosas...
Islas fabulosas que dormitan en mares portentosos...
Héroes invencibles combaten en situaciones sorprendentes...
Caracteres fantásticos son vencidos por los personajes de la historia...
Felipe va colgando las palabras, una a una...
De las estrellas que brillan en el cielo mágico de sus cuentos...
Quedan suspendidas iluminando el firmamento del escenario del relato...
Ahí lucen bonitas..., llenas de fantasía..., lo llenan todo de luz y de color...
Oye hermano..., ¡Felipe y Lucía escribieron un libro de cuentos...!
Cuentos de niños para niños...
¡Es el primero..., ojalá que vengan otros en el futuro...!
Felipe, el narrador de historias fabulosas...
Sueña con gestas fantásticas que se desarrollan en mundos asombrosos...
Los personajes viven en sus cuentos..., situaciones que él inventa e imagina...
El niño escritor está sentado en su escritorio...

Diciembre, 2020.

Mariana, la niña corredora.

Mariana está aprendiendo a caminar..., es una niña muy pequeña...
En la sala de la casa..., pasa de un sillón al otro...
Pero no pasa caminando..., pasa corriendo...
Lo hace aún sin saber caminar bien...
No se cae..., se mantiene erguida..., no pierde el equilibrio...
Ella corre entre los muebles de la sala...
Corre rapidísimo..., -¡cuidado..., se va a caer...!-, le dice su abuela...
Pero no..., no se cae..., pese a la carrera...
Luego Mariana se va a correr al jardín de la casa...
¡Ella todo lo hace corriendo...!
Es como una ráfaga de viento..., es una corredora natural...
¡Corre rauda..., con la cara levantada..., como sorbiendo el aire...!
La veo de lejos..., ella me mira y se viene corriendo..., muy rápido...
Ahora está en la escuela...
Tiene muchas amigas y amigos...
Pero ninguno es como ella..., tan veloz..., tan fuerte..., tan resistente...
En las competencias de atletismo nadie le gana...
Corre tan ligero como un rayo de luz...
Un día la vi..., salió disparada con la señal de inicio...
Su largo pelo flota en el aire de la mañana...
Su cara fina corta el viento...
Va remando fuerte con sus largos brazos...
Corrió tan rápido como una saeta..., nadie la pudo alcanzar..., llegó de primera...
Ninguno es como ella..., tan veloz..., tan fuerte..., tan resistente...
Es Mariana..., la niña corredora...

Bernal

Diciembre, 2020.

Ya cae la noche buena.

En este momento de la tarde estoy escribiendo en la tranquilidad de mi casa...
Todavía todo está claro..., hay mucha luz...
Aún no es necesario encender las luces...
Afuera no se oyen ruidos..., sólo se escucha el ruido de los carros...
A lo lejos..., me parece que alguna persona está escuchando música...
Es una música suave..., apenas la percibo en la quietud de la tarde...
No sé qué hora será..., tal vez sean las cuatro o las cinco...
Sopla una brisa agradable..., hace frío..., aunque el día estuvo soleado y luminoso...
No sé si será por lo de la pandemia...
Pero, en la ciudad, todo lo imagino tranquilo y silencioso...
Es posible que la gente pasará afanosa...
Las personas caminarán rápido..., todos callados..., muy serios...
Irán de arriba para abajo..., haciendo compras...
Probablemente estarán adquiriendo lo que van a cenar la noche de hoy...
O algún regalo especial para una persona que le es muy importante...
Ya a las cinco y treinta habrá oscurecido...
Y entonces estará más frío que ahora...
Y así caerá la noche...
Noche buena...
Noche de navidad...
Todos juntos en sus casas...
Sólo la familia..., hay que evitar el contagio...
Será una ocasión propicia..., para soñar..., para amar...
Para dormir en paz..., en la tranquilidad de la vigilia bendita...
Para vivir la noche buena en nuestro hogar..., amoroso..., dulce..., y sagrado...

Bernal

Diciembre, 2020.

El viajero solitario.

Febrero del dos mil diecinueve..., Long Beach..., California..., Estados Unidos...
Roberto fue a dictar una conferencia en el Centro de Convenciones...
Él lo hizo ayer jueves..., hoy es viernes..., el evento terminó hoy a medio día...
Había cuatro mil invitados..., sesenta en el salón donde expuso Roberto...
Después de almorzar..., todos los asistentes se fueron...
A sus casas..., en treinta y cinco países...
Hace sol..., pero la temperatura del ambiente es de unos cinco grados celsius...
Roberto está bien abrigado..., abrigo de lana..., gorro..., medias gruesas y guantes...
Frente al hotel..., junto al muelle..., hay una terraza..., y en ella una banca...
La terraza está como a unos treinta o cuarenta metros de la orilla del mar...
Ahí se sienta..., a esperar..., está solo..., su avión sale como a las siete de la noche...
Este lugar se llama Rainbow Harbor..., está frente a Queen's Way Bay...
Justo frente a él..., al otro lado de la bahía..., está el faro...
Y a la izquierda..., a unos treinta grados..., el nostálgico y majestuoso Queen Mary...
Ahora convertido en un romántico hotel flotante..., fondeado en un muelle bonito...
Sopla una brisa muy fresca..., que viene del mar...
El frío congelante cala hasta los huesos...
Pero Roberto permanece ahí sentado..., esperando..., la soledad es infinita...
Estuvo ahí desde medio día..., hasta media tarde..., pasadita...
Tiene una mezcla de sentimientos...
Por una parte quiere regresar a su casa..., junto a su esposa y sus hijos...
Por otro lado..., no quiere despedirse de esta inolvidable, linda y enorme ciudad...
Pero la despedida se está haciendo muy larga...
Me recuerda entonces la escultura The Lonely Sailor..., en San Francisco...
El joven marinero solitario que espera el bus..., con su maleta..., al lado de la calle...

Diciembre, 2020.

Los operadores de planta eléctrica.

Hoy es treinta y uno de diciembre..., último día del año...
Todos estamos preparados para la fiesta de hoy por la noche...
A las doce será el cambio de año..., y todo será un jolgorio...
Será una ocasión de comilona..., de música..., de baile..., de diversión bulliciosa...
Cena incluida a media noche...
En estos mismos momentos..., allá en la planta eléctrica...
Los operadores están trabajando...
En estos instantes hay tanta quietud...
Que el ruido de las máquinas se confunde con el silencio de la noche...
Ellos están sentados en su escritorio..., atentos..., concentrados...
Al lado de los motores y de los tableros en un centro aislado...
O en una sala de control en una planta grande...
Están pendientes de los indicadores de estado de las máquinas...
Listos para actuar en caso de que fuera necesario..., no se admite ningún error...
Ahora ya está cercana la hora del cambio de año...
Mientras todos estamos disfrutando...
Ellos están trabajando..., nada puede fallar..., todo debe ser perfecto...
Su responsabilidad es tan grande y tan amplia...
Como la inmensa oscuridad de la noche negra...
Afuera todo está en penumbras..., sólo se nota la luz del alumbrado exterior...
La sala de control..., los tableros..., los motores..., las turbinas...
El ronroneo de las máquinas..., todo debe funcionar a la perfección...
Su responsabilidad es enorme...
Tan grande como el silencio de la vigilia oscura...
Hoy es treinta y uno de diciembre..., casi media noche..., ellos están trabajando...

Diciembre, 2020.

Domingo empujado.

Hoy amaneció oscuro..., frío..., nublado...
Temprano por la mañana cayó una silampita fría...
que mojaba la ropa...
Al menos yo andaba con un abrigo apropiado...
Hacía mucho frío...
Luego salió el sol..., un sol que no calentaba...
Alumbró por un par de horas..., con bastante timidez...
Para después ponerse oscuro otra vez...
Y entonces volvió a caer la silampa fresca y tupida...
Era una lluviecita que apenas se oía caer en el techo de la casa...
Sí hermano..., el día de hoy..., no es agradable...
Definitivamente el día de hoy domingo..., amaneció empujado...
Pero después de todo es bonito...
Nada que no resuelva un buen abrigo..., y un café caliente con un tostel...
Un tostel de esos de color rojo..., con azúcar encima...
Que venden en las pulperías de los pueblos...
Así llegaron las ocho de la mañana..., o las ocho y media...
Entonces me fui para misa..., a misa de nueve...
En la parroquia de Nuestra Señora de Luján...
Dentro de la iglesia se sentía bastante frío...
Las luces estaban encendidas...
Ahí estaba Monseñor José Rafael Quirós...
Él daría la misa...
Llegó a presentar al nuevo párroco..., presbítero Ovidio Burgos...
Después de todo..., hoy ha sido un domingo bonito...

Bernal

Enero, 2021.

Las estrellas, una a una.

¡Mira hermano..., ya está oscureciendo...!
¡El cielo se pone cada vez más negro...!
Es una noche oscura y fría del mes de enero...
El tiempo ha pasado rápido..., ya casi es de noche...
Hace un rato se ocultaron..., por el oeste...
Los colores naranja y rojo de un atardecer lindísimo...
Aún se ven en el cielo parches de color azul profundo...
Y alguna que otra nube que aún se luce iluminada por el sol que ya
cae...
Todo se ve muy bonito..., lleno de colores opacos...
El mejor pintor del universo..., se esmeró pintando una obra maestra...
Llenó de pintura y de colores el lienzo infinito...
El paisaje está oscuro..., hace apenas un rato aún era de día...
Una a una..., lentamente..., poco a poco...
Van apareciendo las estrellas verdes en el cielo negro...
El clima está fresco..., todo está quieto..., en silencio...
Las estrellas empiezan a alumbrar..., como luciérnagas...
Luego..., se quedan flotando en el frío de la noche bendita...
Titilando en el firmamento..., temblorosas..., enigmáticas y brillantes...
¡Entonces te veo pasar..., linda..., como siempre...!
Con tu pantalón café y tu blusa negra..., manga larga...
Es una noche fría del mes de enero...
Todo se ve muy bonito..., lleno de colores opacos...
Quisiera hablarte..., pero pasas muy rápido..., y muy lejos...
Y entonces..., rodeada de estrellas de colores...
Desapareces..., misteriosamente..., en el negro paisaje de la noche
oscura...

Bernal

Enero, 2021.

Aprendiendo cada día.

¡Qué maravilla..., cada día que pasa aprenden algo nuevo...!
Así van avanzando..., con pequeños logros..., poco a poco...
Despacio..., a paso lento..., pero sin pausa...
Ellos trabajan..., experimentan..., estudian...
De día y de noche..., época lluviosa..., o época seca...
Días de entre semana..., días libres..., y feriados...
Ahí están ellos..., siempre ocupados...
En la oficina..., en el laboratorio..., en la fábrica..., en la universidad...
Así van acumulando horas y horas..., de estudio..., de trabajo..., de experiencia...
Mientras los demás descansan...
La brecha entre ellos y los que descansan es cada vez más amplia...
Pronto serán inalcanzables...
¿O se habrá dado esa situación ya..., desde estos días...?
Un día esa brecha será infinita..., amplísima..., insuperable...
Y ellos seguirán adelante..., sin detenerse..., a paso firme...
Cada día aprenden algo nuevo...
Cada semana tienen más experiencia...
A veces tienen éxito..., a veces no alcanzan los objetivos...
Pero se aprovechan de los traspies..., de los fracasos...
Siempre sacan un buen aprendizaje...
Y entonces la brecha entre ellos y los demás..., se habrá ampliado...
A veces pienso que ya son inalcanzables...
Así van acumulando horas y horas..., de estudio..., de trabajo..., de experiencia...
Mientras los demás descansan...
Ahí están ellos..., siempre ocupados...

Bernal

Enero, 2021.

Ciudad con frío.

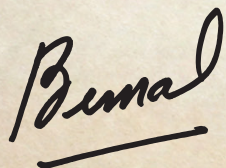
Hoy es domingo treinta y uno, último día de enero...
Desde temprano..., como desde a las cuatro o cinco de la mañana...
Ha hecho mucho frío...
Todos estos días..., y todas estas noches..., el frío ha imperado...
Aunque por ratos sale el sol..., éste no calienta..., sigue estando muy fresco...
Sopla un viento fuerte..., hasta con cierta violencia..., diría yo...
El sol es muy caliente..., pero el viento es muy frío...
Por eso..., cuando el sol se esconde...
Se siente todavía más el clima fresco de enero...
Imagino que se han dado muchos problemas...
Árboles que se caen..., ramas que se desgajan...
Incendios forestales que avanzan con gran rapidez...
Este frío..., y este viento...
Se han dado en todo el país..., o al menos eso pienso yo...
Por eso mi linda ciudad ahora está con frío...
Tirita desde temprano..., pero su cara está sonriente...
La gente..., bien abrigada..., camina de prisa por sus calles solitarias...
Un hombre avanza de prisa por la calzada con las manos en las bolsas del pantalón...
¡Debe sentir mucho frío...!
Ahora San José parece helada..., todo está en silencio...
Si lloviera..., se sentiría aún más el frescor del valle central...
Mi ciudad ahora está muy bonita..., coqueta y abrigada...
Siente sus manos entumecidas...
Está bien cubierta por su abrigo de enero...
Y aun así..., está tiritando de frío...

Bernal

Enero, 2021.

Café junto al río.

Parque Nacional Tapantí..., Macizo de la Muerte...
Todo está verde..., es de mañana..., temprano...
El camino pedregoso nos lleva al corazón del bosque...
Ahí donde todo es naturaleza..., silencio..., frescura..., y belleza...
Nos acompaña el canto de los jilgueros campana...
Su música se queda flotando entre las ramas de los árboles...
Suspendida en el aire..., llenándolo todo de una linda melodía...
Se trata de un momento de santidad...
Ahora llegamos al sendero de La Oropéndola...
Y entramos en él..., caminamos entre los árboles...
Verdes arbustos nos rodean por todas partes...
Avanzamos despacio..., disfrutando el momento...
Estamos en comunión con la naturaleza...
El verde infinito del bosque..., el silencio eterno de las montañas...
No se escucha nada..., sólo el ruido de una corriente de agua..., a lo
lejos...
¡Y entonces llegamos al río..., el Grande de Orosi...!
Sus aguas cristalinas discurren entre las piedras...
Son aguas benditas..., transparentes..., y frías...
Van por acá en su camino hacia el mar...
Entonces nos sentamos en unas piedras...
Evelio saca los implementos..., los coloca en una cama de arena...
Y hace café..., caliente..., oloroso..., y delicioso...
Lo tomamos en silencio..., en tazas labradas en madera de abedul...
Las aguas del río suenan a nuestro lado..., bajo el cielo azul..., y por
todo lado...
El verde infinito del bosque..., y el silencio eterno de las montañas...



Febrero, 2021.

Nos están observando.

Es de mañana..., andamos de paseo..., de caminata...
Hemos andado hasta lo más profundo del bosque...
Hasta llegar al río..., al Grande de Orosi...
Ahí nos detenemos unos cuarenta y cinco minutos..., a descansar un rato...
Ahora Evelio está preparando un delicioso café...
Tiene puesta la pequeña cocina de gas en una cama de arena...
Entonces nos mira sonriente..., ¡está contento...!, ¡el café está listo...!
Nos lo tomamos ahí sentados..., en las piedras..., en la ribera del río...
Alrededor de nosotros todo es bosque..., árboles..., arbustos...,
naturaleza...
Sólo se escucha el discurrir del agua en su camino hacia el mar...
Aparte del ruido de la corriente del río..., no se escucha nada más...
Reina un silencio absoluto...
¡De pronto percibo que alguien nos observa...!
Desde lo profundo del bosque...
Al otro lado del río..., en la otra orilla..., en la pendiente cubierta de
árboles...
¡Todo sigue en total silencio...!
Siento esa mirada...
Es una mirada de paz..., de amistad..., de entendimiento...
No puedo ver quién nos está mirando...
¡Entonces me doy cuenta...!
¡Es mi hermano el puma..., o mi hermano el jaguar...!
¡O tal vez sea mi hermana la danta...!
Están escondidos en el bosque..., desde allá nos están mirando...
No tenemos miedo..., ni ellos..., ni nosotros...
Es una mirada de paz..., de amistad..., de entendimiento...



Febrero, 2021.

Cae la noche en San Juan de Mata.

Llegamos temprano..., como a las dos de la tarde...
Acá todo está muy seco..., los árboles están sedientos...
No se escucha ruido..., todo está quieto..., y tranquilo...
Es febrero..., pleno verano..., aunque un poco ventoso y fresco...
Evelio ya bajó todo del carro...
Como a las cuatro y media..., terminó de armar las tiendas...
Ahora enciende su pequeña cocina de gas...
Está haciendo café..., lo vamos a tomar con tosteles de la pulpería...
Prepara también una sopa de macarrones..., muy rica..., y apetitosa...
Entonces llegan las cinco y media..., o las seis...
Empieza a anochecer...
Nos quedamos sentados..., conversando...
Evelio nos narra sus aventuras..., siempre acampando...
Miguel y yo ponemos mucha atención...
De pronto..., ya no podemos vernos..., está muy oscuro...
Unos perros ladran a lo lejos..., en propiedades vecinas...
¿A quién le ladran...?, pregunto a Miguel...
¡Tal vez a nosotros...!, me dice..., ¡ya nos olieron...!
¡O tal vez a algún puma que anda por ahí...!, continúa...
¡Busca alguna cabra que no esté en el corral...!, termina diciendo...
Los perros siguen ladrando...
Está tan oscuro que no me puedo ver las manos...
Ya deben ser como las siete..., pienso...
Estamos cansados..., hemos viajado mucho...
Entramos cada uno a su tienda..., Miguel monta guardia...

Bernal

Febrero, 2021.

Cada día un paisaje nuevo.

Me gusta estar aquí..., especialmente en horas de la tarde...
Hoy..., en especial..., sopla una brisa fresca...
A pesar de estar en pleno verano...
Desde acá puedo divisar la cordillera..., hacia el norte..., dormitando
tranquila...
Las montañas se alzan majestuosas..., impresionantes..., imperturbables...
Ahí están los volcanes..., enhiestos..., erguidos..., derechos...
A veces despejados... otras veces casi ocultos tras las nubes...
En ocasiones..., cubiertos del todo..., a veces sólo parcialmente...
El color azulado de las montañas contrasta con el blanco de las nubes...
Oscuras y grises..., especialmente en invierno...
otras veces iluminadas por el sol de la tarde..., en verano...
Cada día..., el artista supremo pinta un nuevo paisaje...
Imágenes diferentes de las mismas montañas...
Todas muy lindas..., todas llenas de luz...
Pero cada una con su propia identidad...
Quedan grabadas en la retina de mis ojos...
A razón de publicarlas en un libro...
Llenaríamos hojas..., y hojas..., de color..., de luz..., de belleza...
Cuando cae la tarde..., al final del día..., al llegar la noche...
Todos estos paisajes se colorean de negro...
Y entonces todo queda oscuro..., silencioso..., en calma...
El artista supremo se retira a descansar...
Esas imágenes lindísimas han quedado grabadas en la retina de mis ojos...
Cada día..., aquí donde me encuentro...
Me maravilla un paisaje diferente...

Bernal

Febrero, 2021.

Las nubes de hoy por la tarde.

Tarde de sábado..., en el mes de febrero...
Ya casi termina el mes..., hoy es veintisiete...
La tarde está fresca..., sopla una brisita fría..., tengo puesto mi abrigo...
Como es mi costumbre..., estoy mirando el paisaje...
Son quizá las cuatro y treinta...
A lo lejos..., se ve el cielo azul..., lleno de nubes...
Nubes blancas que ocultan las montañas de la cordillera...
Las arrastra el viento de la tarde..., despacio..., en silencio...
Parecen derivar del este hacia el oeste...
Desplazándose por el norte del valle...
Las hay de diversas formas...
Ahora estoy viendo una que se parece a un elefante...
Con su trompa extendida hacia adelante...
Como si estuviera soplando las nubes que la precedieron...
Hace un rato veía una que parecía un conejo...
Con sus grandes orejas erguidas...
Escuchando atentas para salir huyendo en caso de peligro...
Hará tal vez media hora que vi una muy larga...
Parecía una ballena que nada en el agua tranquila del océano azul...
Se la llevaba el viento hacia el oeste...
Despacio..., con gran serenidad..., sin emitir ruido alguno...
Van hacia el oeste..., como antes dije...
Y dejan de verse cuando ya van allá..., por el volcán Poás...
Ahí descenderán hacia las grandes llanuras del norte...
Sí hermano..., a lo lejos..., se ve el cielo azul..., lleno de nubes...

Bernal

Febrero, 2021.

La cordillera tras las nubes.

Estoy acá..., a media tarde..., mirando hacia el norte...
Se trata de un día brillante y caluroso..., pero al mismo tiempo se siente frío...
El sol es muy caliente..., pero la brisa que sopla es muy helada...
En la sombra..., la tarde se siente fresca...
Bajo el sol..., se percibe el calor sofocante de este momento luminoso...
Yo estoy sentado aquí..., en la sombra...
Pero aún no me he puesto el abrigo...
Ahora son como las tres..., o las tres y media...
Hoy no se ven las montañas de la cordillera...
Estarán dormitando tranquilas en el silencio de las alturas...
Arrojadas por las nubes blancas...
Que ha llevado hasta ahí el viento de la tarde...
Allá en las cumbres todo estará tranquilo...
Con la brisa fría soplando suavemente entre las crestas de las montañas...
Desde acá..., desde el valle..., sólo vemos las nubes blancas...
Como motas de algodón llevadas por el viento lento y perezoso...
Se desplazan cubriendo y ocultando las serranías...
Ahí estarán los volcanes..., mirándolas pasar...
Silenciosas..., serenas..., imperturbables..., bellísimas...
Moviéndose hacia el oeste..., buscando desde ya la puesta del sol...
Aunque ahorita sean no más de las cuatro y media...
Pero ya reina por estos lares la quietud de la tarde que pronto empezará a caer...
Sí..., mi hermano..., mira...
¡Hoy no se ven las montañas de la cordillera...!
¡Estarán dormitando tranquilas en el silencio de las alturas...!

Bernal

Marzo, 2021.

Mi papá contando cuentos.

Es el año 1955..., yo tengo cinco años de edad...
Estamos en mi casa..., en Monterrey..., son como las cinco y media...
Acabamos de terminar la cena de la tarde...
Transcurre el mes de noviembre..., ya casi termina el año...
En la mesa estamos todos...
Mi papá..., mi mamá..., mis cuatro hermanos..., y yo...
Hoy ha sido una tarde lluviosa...
Desde temprano ha llovido fuerte...
Pero acá en casa el ambiente es tibio y acogedor..., no tengo frío...
Mi papá nos está contando sus aventuras como cazador...
También..., a veces..., nos narra historias de situaciones que se dieron
hace años...
Cuando él era un niño..., o un adolescente...
Historias que quedaron grabadas en su mente...
Y que ahora..., ya adulto..., se las cuenta a sus hijos...
Casi todas se desarrollan en Miramar..., lugar en que él nació y creció...
O en zonas vecinas a este lindo pueblo minero...
Yo pongo mucha atención..., esas historias me gustan mucho...
Mi madre y mis hermanos están concentrados...
A ellos también les agradan esas narraciones...
¡Algún día seré un escritor de cuentos y poemas...!
Eso pienso..., mientras sigo con atención aquellas historias fabulosas...
Así recorrí bosques maravillosos..., lindísimos..., misteriosos...
Conocí ríos caudalosos con cocodrilos..., garzas..., y patos aguja...
Me hice amigo de personajes inolvidables..., característicos de estas
regiones...
Estos cuentos y poemas que escribo..., son un tributo a mi padre
bueno...

Bernal

Marzo, 2021.

Noche de pruebas.

Planta San Antonio..., son como las diez de la noche...
Hoy estamos probando el interruptor de doble tiro...
Concebido..., diseñado..., y construido..., por el gran electricista...
Gerardo Sánchez Ortiz...
Todo iba bien..., todo según el programa de pruebas...
Estábamos restableciendo la alimentación eléctrica de la planta...,
de la parte de vapor...
¡De pronto se escuchó una gran explosión...!
Todo quedó a oscuras..., todo quedó de color negro...
En medio de aquella negrura de la casa de máquinas...
El arco eléctrico lo alumbró todo de colores...
Verde..., anaranjado..., azul..., celeste..., blanco...
El ruido aterradorante del arco eléctrico lo llenó todo...
¡El estruendo fue enorme...!
Todos estábamos muy asustados e impresionados...
El alumbrado de emergencia iluminaba escasamente los sitios preferidos...
Todos corrimos..., en la penumbra..., linterna en mano...,
a ver si había estallado el interruptor de doble tiro...
Pero no..., estaba intacto..., en perfecto estado...
Después confirmamos que había fallado a tierra...
El lado de alta del transformador de servicio propio...
Gerardo lo aisló..., y restablecimos el alumbrado y demás circuitos...
Todo había durado unos pocos minutos..., ¡qué susto...!
Hoy recuerdo aquella noche terrible...
¡Creo que la llevaré en mi mente para siempre...!

Bernal

Marzo, 2021.

En Planta Angostura.

En Planta Angostura..., estamos haciendo pruebas de eficiencia...
Pero no sólo de la turbina como tal...
Sino de todo el sistema..., de toda la estructura...
Desde la superficie del agua en el embalse...
Hasta la superficie del agua en el desfogue de la planta...
El Centro de Control de Energía nos da las máquinas...
Pero después de media noche..., que es cuando se puede...
Ahora son las dos de la mañana..., ya tenemos todo listo...
Los operadores de planta eléctrica y nosotros...
Estamos preparados..., todo está coordinado...
Empezamos con la máquina número tres...
Las pruebas se desarrollan según el programa...
No hay inconvenientes ni atrasos..., todo va bien...
El silencio de la casa de máquinas..., ahora en la madrugada...
Sólo es perturbado por el rumor de la noche callada...
Y por nuestras voces dirigiendo las pruebas...
La carga se incrementa ocho megawatts cada diez minutos...
Los cuadros de cálculo los hicimos nosotros mismos...
Parecen complejos..., pero en realidad son muy sencillos...
Un estudiante de quinto año de colegio los entendería...
Es la primera vez que se mide la eficiencia de todo el sistema...
A las tres y media de la mañana las pruebas terminan...
Todo salió bien..., ¡excelente...!, ¡ahora a desayunar...!
Luego debemos regresar a la oficina en San José...,
tenemos que iniciar nuestro día de trabajo a las siete de la mañana...

Marzo, 2021.

Encontré un poema.

Hoy..., es un día especial..., es día domingo de resurrección...
Soleado..., luminoso..., pero con una brisa fresca...
He salido a caminar por el centro de mi ciudad...
Paso por el Paseo de los Estudiantes...,
Para algunos..., el barrio chino...
Llego a la iglesia de la soledad..., de ahí sigo hasta el boulevard...
La brisa es fuerte..., muy fresca..., tengo frío...
Llego hasta el Banco Central...
De ahí me devuelvo..., por la misma ruta..., bajo el sol de la mañana...
Hoy salí a buscar un poema..., entre las calles de mi ciudad...
Hay muy poca gente en el vecindario...
Reina el silencio..., la calma..., la tranquilidad...
¡Es día domingo de resurrección...!
Toda la gente estará en sus casas..., apenas levantándose de la cama...
En unas de esas calles angostas..., del centro...
En una de sus esquinas...
Me encuentro este poema..., ¡poema de ciudad..., diría yo...!
Camino varias cuadras..., y el poema sigue en mi mente...
Las ideas surgen del paisaje citadino que veo...
Es una ciudad bonita..., soleada..., bien iluminada por el sol..., pero
fresca...
Voy pasando por esas calles solitarias...
Y el silencio matutino es roto por las campanas...
Las campanas de la Catedral Metropolitana..., llamando a misa de nueve...
Entonces..., alguien pasa a mi lado...
¡Felices pascuas de resurrección...!, me dice..., y sigue su camino...

Abril, 2021.

Tarde lluviosa de abril.

Hoy es domingo..., once de abril..., recién pasó la semana santa...
El día amaneció con mucho sol..., caliente..., calmoso...
Ha sido un día caluroso..., soleado..., brillante...
Casi no ha soplado brisa..., se ha sentido el bochorno...
Ahora son como las dos de la tarde...
Ya se ocultó el sol tras las nubes...
Y no se siente tanto calor...
Hacia el este se ve una gran oscurana...
Está soplando viento de agua...
Parece que pronto empezará a llover...
Algo que no es lo usual en esta época del año...
Pasan los minutos..., esperamos que pronto empiece a caer la lluvia...
Ha pasado una hora..., en este momento son como las tres...
Ha empezado a llover...
Primero cayeron algunas gotas aisladas...
Pero ya está lloviendo duro...
Grandes goterones caen sobre el techo caliente de la casa...
Toda la gente corre a guarecerse...
Todos buscan dónde escampar...
El aguacero pronto pasará..., eso pienso...
Y sigo mirando hacia la calle..., ahora desierta..., sin gente...
Ya pasó el chubasco..., fue sólo un chaparrón que duró unos diez minutos...
Están cayendo gotas pequeñas..., en forma de lluvia suave...
De pronto arrecia un poco..., para volver a ceder...
Hoy es domingo..., once de abril..., recién pasó la semana santa...

Bernal

Abril, 2021.

La naturaleza está enferma.

Estamos a mediados del mes de abril...
Esto sería pleno verano..., sol..., calor..., sequía...
Pero no..., mi hermano..., no ha sido así...
Hoy llovió toda la madrugada..., como a partir de las dos de la mañana...
Aunque no caía un aguacero fuerte...
Sí llovía fuertecito..., seguido..., sin parar...
Dejó de llover a eso de las cinco..., o cinco y media...
Cuando amaneció todo estaba mojado...
La plaza que hay frente a mi casa..., empapada...
Gruesas gotas de agua caían de las hojas de los árboles...
Pienso que esto no es lo normal...
En esta época del año no debería llover así..., ¡eso creo...!
¿Estará enferma la naturaleza...?
¿Habremos alterado el clima hasta este extremo...?
¿Para dónde irá el humo de los carros..., de los aviones..., de las fábricas...?
¡Hemos cortado los bosques para hacer ahí sembrados y ciudades...!
¡Toneladas y toneladas de plástico..., le echamos a los mares...!
¡Millones y millones de litros de detergente que van a los ríos y a los océanos...!
¡Millones de galones de insecticidas... plaguicidas..., fertilizantes..., en los campos...!
¡Luego eso lo arrastra el agua de las lluvias hacia los ríos..., y de ahí..., al mar...!
¡Todo esto ha de tener un resultado...!
¡Un resultado probablemente negativo...!
¡La naturaleza ya está enferma..., eso es lo que pienso..., amigo...!
Estamos a mediados del mes de abril...
Esto sería pleno verano..., sol..., calor..., sequía...

Bernal

Abril, 2021.

El Paso de la Palma.

—♦♦♦♦—
Allá en la cordillera..., al pie del macizo...
Del macizo de Las Tres Marías...
La madre naturaleza hizo una incisión en las montañas...
Desde la parte más alta..., hasta el pie de las mismas...
Mirando desde el valle...
Y quedó algo así como un gran desfiladero...
Al otro lado del mismo quedó el macizo del Volcán Irazú...
El nombre que lleva es El Paso de la Palma...
Por ahí entra buena parte de la humedad..., en forma de nubes...
Que provocan las lluvias que caen en el valle...
Desde acá lo veo..., allá a lo lejos..., al pie de la cordillera...
Ahora está despejado..., algunas nubes blancas van pasando por ahí...
Entrando al valle..., pronto provocarán las lluvias que caerán esta tarde...
Me parece no estar equivocado...
De niño lo veía desde el mostrador de la pulpería donde vivíamos...
Por aquella época tendría doce años de edad...
Mis hermanos mayores me lo enseñaron..., allá en la lejanía...
Y soñaba con que algún día..., caminaría por ahí...
En medio del frío..., de la neblina..., y de los árboles verdes...
Han pasado muchos años..., casi una vida entera...
He andado por ahí..., caminando en el bosque..., por calles empedradas...
Y he vivido el mundo mágico de la naturaleza verde..., lluviosa..., y fría...
Ahora..., desde acá lo veo... allá a lo lejos..., al pie de la cordillera...
El nombre que lleva es El Paso de la Palma...
Ahí es el reino de la neblina..., del frío..., de la lluvia..., y del bosque verde...

Bernal

Abril, 2021.

Las vi pasar.

—♦♦♦♦—
Y entonces..., a media tarde..., las vi pasar...
Eran nubes blancas..., multiformes..., grandísimas...
Pasaron desfilando al frente de las montañas de la cordillera...
Viajando de este a oeste..., por la parte norte del valle...
Cubrieron por completo el macizo de Las Tres Marías...
Ocultaron a mi vista el Paso de la Palma...
Espesos nubarrones de color gris oscuro...
Se fueron formando hacia el oeste del valle...
¡Por allá estará lloviendo fuerte...!, eso pensé...
¡Al norte también estará lloviendo...!
Estaba pensando en esto cuando dejaron de derivar...
Probablemente el viento dejó de soplar...
Ahora todo estaba en calma..., el tiempo se había detenido...
Las nubes quedaron suspendidas en el aire transparente de la tarde...
Mientras el cielo..., de este lado..., permanecía claro y brillante...
Dentro de unas dos horas estará lloviendo en todo el valle...
Pensaba en esto..., mientras continuaba mirando hacia el norte...
Todo estaba quieto..., silencioso..., en calma...
La lluvia tomaba impulso antes de empezar a caer...
De improviso la calma se rompió...
El relámpago cegador irrumpió de pronto..., lo iluminó todo...
Y casi de inmediato..., el ruido aterrador del trueno...
Ronco..., grave..., impresionante..., larguísimo...
Grandes goterones empezaron a caer sobre el pavimento de la calle...
Y entonces..., a media tarde..., las vi pasar...

Bernal

Abril, 2021.

El pequeño café.

Son algo así como las nueve de la mañana...
Hace una media hora que salí a caminar...
Ahora voy pasando por el barrio en donde está situado...
El Ministerio de Relaciones Exteriores...
Creo que se llama Barrio Otoyá...
Es un barrio tranquilo..., aunque muy transitado...
Por ahí pasan principalmente vehículos...
Pero algo de gente también...
Sin embargo, es un lugar silencioso..., apacible..., y limpio...
Voy pasando por ahí..., cuando lo veo...
Es un pequeño café..., un lugar acogedor..., y fresco...
Con muchas matas ornamentales sembradas en canastas redondas...
Algunas otras crecen en macetas de barro...
Las mesas son pequeñas..., de vidrio de colores...
Entro al local y me siento..., me sirven agua en una copa verde...
Pido un café negro..., sin nada para comer...
Cuando me lo sirven siento que huele bien...
Está muy caliente..., en una taza de color azul...
Me lo tomo despacio..., saboreándolo poco a poco...
Sorbo a sorbo me lo voy tomando...
Despacio..., muy despacio..., sin prisa...
Sí..., muy caliente..., pero delicioso...
Su aroma se siente en el aire...
Pronto lo termino..., cancelo la cuenta..., y me voy..., continúo mi camino...
Continúo mi camino por las calles silenciosas del centro de mi ciudad...

Bernal

Abril, 2021.

La oscurana por el oeste.

Ya hace un buen rato que estoy acá...
Mirando hacia el horizonte..., por el norte..., y por el oeste...
El paisaje que admiro es muy bonito..., típico del invierno nuestro...
Como diría mi papá Paulino..., está metido en agua...
Ahora serán las tres y media de la tarde...
El cielo está muy plomizo..., es de color gris oscuro...
Las nubes que han ido derivando hacia el oeste...
Por el norte del valle...
Ya formaron una gran oscurana...
Pienso que allá por Escazú..., o por Ciudad Colón...
Ya estará lloviendo muy fuerte...
Mientras acá..., en el centro del valle...
Apenas están empezando a caer pequeñas gotas...
En forma de una garúa que casi no se nota...
Imagino que ya pronto estará lloviendo fuerte aquí también...
En estos días de pandemia..., pese a ser hoy día viernes...
Las calles de mi ciudad no están muy concurridas..., hay pocos carros...
Incluso diría..., que está bastante tranquila..., quieta..., y silenciosa...
A lo lejos se escucha el motor de los carros..., o de los camiones...
La gente camina de prisa..., no quieren que les coja el aguacero...
Todos llevan el paraguas a mano...
Y algunas personas lo llevan ya abierto...
No hay duda..., ya pronto lloverá..., está soplando viento de agua...
Ahora serán las tres y media de la tarde...
El cielo está muy plomizo..., es de color gris oscuro...

Bernal

Abril, 2021.

En los rechazos de carga.

Por aquellos días eran mediados de los años sesenta...
Durante el siglo veinte..., había pruebas en Planta Río Macho...
Entraba en operación esa linda instalación generadora...
La historia me la contaron..., el mismo Saúl...
Y don Jorge Obando Sandí..., creo que por esos días..., jefe de la planta...
Por esa época yo aún no había entrado a trabajar...
En el Instituto Costarricense de Electricidad...
Lo hice hasta el año 1973..., el 22 de marzo...
Ese día había pruebas de rechazo de carga en una de las unidades...
Se estaban verificando los datos de operación...
Uno de ellos..., la cota hasta la que subía el nivel del agua...
En el tanque de oscilación...
En el momento de darse el rechazo de carga...
Mi estimado amigo..., Saúl Zamora Cruz..., operador de la planta...
Debía subir hasta el borde del tanque de oscilación...
Y ahí..., asomarse hacia adentro..., en el momento del rechazo...
Debía ver..., exactamente..., hasta dónde subía el nivel del agua...
Era una maniobra arriesgada y peligrosa...
Las consecuencias podrían ser graves...
Si los cálculos de los ingenieros tuvieran algún error...
Por eso él tenía que amarrarse..., con un mecate..., a la estructura...
Por aquello de que el agua llegara a derramarse..., con violencia..., fuera del tanque...
Se dieron varios rechazos..., todos confirmaron la corrección de los cálculos...
A Saúl no le pasó nada..., y aquello quedó sólo como una anécdota...
Como una historia que escribió gente humilde..., valiente..., y trabajadora...

Bernal

Mayo, 2021.

Y llegó un venado.

Allá por 1930, Paulino, mi padre, y el Macho Marimba, salieron de cacería...
A las cuatro de la mañana iniciaron la caminata...
Irían a velar un venado a la ribera del río...
Ya habían escogido una poza con un playón...
Que quedaba a unos tres kilómetros..., río arriba...
Río arriba del puente del tren...
Conforme se fueron acercando...
Dejaron de hablar..., y trataban de no hacer sonar las piedras...
Al caminar con sus zapatones por aquel pedregoso camino de montaña...
En realidad..., iban hablando por señas...
Se comunicaban por medio de gestos y muecas...
A puro lenguaje corporal...
No querían espantar los venados que llegarían a tomar agua al río...
Cuando llegaron al sitio ya eran las cinco...
Pero aún no clareaba..., todavía estaba oscuro y frío...
Se escondieron..., en silencio..., entre las raíces de los árboles...
Y se sentaron a esperar..., a esperar a que llegara la presa...
¡Si aparece un venado no le dispararé...!, le dijo el Macho Marimba...
¡Lo haré así por respeto al animal..., y por respeto a usted...!
¡Yo sé que ya no quiere cazar más...!, luego continuó diciendo...
Hoy nos limitaremos a visitar el bosque..., a admirar el río...
A ver volar el lindo pato aguja..., a observar el vuelo del majestuoso gavián...
Pero no le dispararemos ni al venado..., ni al puma..., ni al jaguar...
Nos dedicaremos a verlos..., a admirarlos..., a convivir con ellos...
A disfrutar de todo..., del silencio de la montaña sagrada..., terminó diciendo...

Bernal

Mayo, 2021.

La conversación.

Paulino y el Macho Marimba venían caminando...
Era un camino quebrado y pedregoso...
Habían salido del pueblo a eso de las cuatro de la mañana...
En ese momento serían algo así como las cinco...
Aún estaba muy oscuro..., tan oscuro que costaba bastante ver el camino...
Pero con la vista habituada a la oscuridad...
Podían caminar sin ningún problema..., sin tropezar con nada...
¿En qué viene pensando...?, preguntó el Macho Marimba...
Y continuó diciendo..., lo noto muy callado..., como meditando...
Paulino se quedó pensando por unos instantes...
Pienso en este bosque bendito..., en los árboles..., en el río..., respondió...
Pienso en los animales..., en la lora..., en el garrobo..., en la serpiente cascabel...
Yo quisiera que siempre existieran...
Que siempre estuvieran aquí..., con nosotros...
¡Pero siempre estarán acompañándonos...!, dijo el Macho Marimba...
¡No...!, contestó Paulino..., los estamos matando...
Estamos destruyendo el bosque..., cortando los árboles...
En unos años ya no existirán...
Los monos..., los armadillos..., los saínos..., ya no tendrán donde ir...
Entonces..., si vemos un venado..., ¿no dispararás Paulino...?
¡No..., no puedo..., no debo hacerlo..., sería un error...!
Entonces..., ¿por qué has venido hoy conmigo...?
¡Porque acá me siento parte del bosque..., y uno más entre los animales...!
¡Te respeto hermano...!, ¡yo tampoco dispararé...!, dijo el Macho Marimba...
Se dieron un apretón de manos..., y continuaron andando...

Mayo, 2021.

El Parque Nacional en San José.

Son más o menos las ocho de la mañana...
El día está soleado y brillante..., hoy hará calor...
Al menos por la mañana..., probablemente durante la tarde lloverá...
He salido a caminar la hora...
Paso por Plaza González Víquez..., hay pocos carros en la calle...
Son días de pandemia..., todos tenemos miedo..., de contagiarnos...
Sigo hacia el norte hasta llegar al boulevard de la Corte...
Al boulevard de la Corte Suprema de Justicia...
Una mujer está barriéndolo con cuidado..., todo está limpio...
Camino unas tres o cuatro cuadras por el boulevard...
Y entonces llego al Parque Nacional en San José...
Está muy limpio..., ordenado..., y bonito...
Se nota a la legua que está bien cuidado..., con esmero...
Unas cuantas personas caminan por sus callecillas...
Otros están sentados..., leyendo el periódico...
O admirando la gran belleza de este sitio tan tranquilo...
Al centro de parque..., está el monumento...
Las naciones centroamericanas expulsando de acá al enemigo...
El filibustero que pensaba adueñarse de estas tierras...
Escapa aturdido..., asediado por mujeres aguerridas y fuertes...
Valientes, decididas y luchadoras...
El hombre se cubre la cara como protegiéndose de los golpes...
Y frente al parque..., la Biblioteca Nacional...
El parque es muy bello..., el monumento..., lindísimo...
Sigo caminando..., me siento bien..., estoy contento...

Mayo, 2021.

Los tres colosos.

Salimos temprano..., vamos de viaje..., el trayecto es largo...

Soleado..., brillante..., caluroso...

Recién apenas pasamos por el cruce de Cañas...

Casi no sopla brisa..., se respira el aire caliente de la pampa...

El calor sofocante lo llena todo...

Pero este es un lugar tan lindo..., de tanta belleza...

Donde vive gente buena..., honesta..., alegre..., trabajadora...

En esta época del año todo lo que miro está lleno de colores...

Verde el paisaje..., azul el cielo..., blancas las nubes...

A lo lejos..., allá en el horizonte..., las montañas color púrpura...

Las montañas color púrpura de la cordillera infinita...

Nosotros vamos de paso..., el camino sin fin que cruza la pampa...

La llanura inmensa que lo es todo por acá...

Nadie habla..., todos vamos concentrados en admirar estos parajes...

Sólo se escucha el ronroneo del motor en el silencio de la mañana
luminosa...

Al pasar nos saludan..., los tres colosos...

Los volcanes Tenorio..., Miravalles..., Rincón de la Vieja...

Nosotros los admiramos guardando un respetuoso silencio...

Ellos nos miran..., callados..., impasibles..., impertérritos...

Nada los altera..., nada los intimida..., serenos..., impresionantes...

Coronados por las nubes blancas de la mañana mágica...

Son los centinelas imperturbables de la llanura inmensa...

La historia ha transcurrido a sus pies...

Y han pasado los años..., las décadas..., los siglos...

Y ahí están..., atentos..., y vigilantes..., los tres colosos...

Mayo, 2021.

El artista supremo.

A lo lejos..., en el horizonte infinito..., observo la cordillera amiga...

Sus frías cimas se alzan hacia el cielo azul de la tarde clara...

Hoy no ha llovido..., y aunque no ha habido un sol radiante...

La tarde ha sido impecable..., diáfana..., transparente...

La gente como que lo sabe..., todos andan con calma..., despacio...

Con el paraguas en la mano..., por si lloviera...

Pasan los minutos..., quizás treinta..., o una hora...

Ahora me parece que son como las cinco...

Ya el sol se ha empezado a ocultar por el oeste...

Nubes blancas se empiezan a acumular allá en las cumbres...

Hasta ahí las ha llevado el viento de la tarde...

Poco a poco..., se van coloreando...

Primero de amarillo..., luego de anaranjado..., hasta llegar al rojo...

El tiempo sigue pasando..., ya serán las cinco y treinta...

En lo alto de las cúspides..., se ha formado un anillo de nubes..., muy
amplio...

Que rodea las cimas como hasta las tres cuartas partes de su altura...

Ahora el anillo está coloreado de color rosado...

De color rosado muy brillante...

Que contrasta con la silueta oscura de los macizos...

De pronto..., el color se torna en rosado más claro...

Casi del color rosa intenso de la flor de la fucsia...

Con el paso del tiempo todo se va poniendo oscuro...

Ahora..., el artista supremo se retira a descansar...

Nos deja con un lienzo pintado..., de terciopelo negro...

Que lo ha cubierto todo..., el cielo inmenso..., y la cordillera amiga...

Mayo, 2021.

El anacoreta.

Su familia vivió siempre en una finca en las afueras del pueblo...
El padre y la madre..., con el tiempo..., fueron envejeciendo...
Los hijos crecieron y se hicieron adultos...
Se casaron..., y se fueron a vivir a otros lugares...
No volvieron a visitar el pueblo..., casi nunca venían...
Uno de ellos se quedó en la finca..., no se casó...
Vivía aislado y solitario en aquel terreno tan grande...
Se encargaba de administrar la propiedad...
Habitaba una casa de madera..., la misma en que vivieron sus padres...
La misma que compartió con sus hermanos..., por tantos años...
Tenía varios peones que le ayudaban...
Les pagaba con las ventas que lograba..., de frutas..., yuca..., y cuadrado...
Criaba también cerdos..., gallinas..., y varias cabras...
Cultivaba algunas hortalizas...
Él comía de lo que producía en la finca...
Complementado todo con las pocas cosas que compraba en el pueblo...
Normalmente estaba solo..., callado..., en aquella soledad inmensa...
Pensando..., recordando..., meditando..., leyendo...
Los días domingo iba a la pequeña iglesia del pueblo...
Y algunos decían que..., muy a menudo..., lo veían rezar...
Cumplía fielmente la penitencia que le asignaba el sacerdote...
Su principal afición..., y distracción..., era la contemplación de la naturaleza...
Le gustaba escuchar a los animales en el silencio de la noche...
Y., de día..., oír cantar los pájaros que abundaban por ahí...
Nunca supe su nombre..., las personas en el pueblo lo conocían como el anacoreta...

Bernal

Mayo, 2021.

Delicioso desayuno.

En este momento son como las seis y treinta de la mañana...
Ya hace mucho rato amaneció..., el sol brilla allá por el este...
A pesar de esto..., la mañana está fresca...
Es una mañana clara..., transparente..., serena..., tranquila...
La ciudad aún no despierta del todo...
El ambiente es de quietud..., de silencio..., de calma...
Hace un rato me levanté..., ya incluso tomé un baño...
Me acerco a la cocina de la casa...
Ya la mesa está servida...
Dos huevos fritos..., un pedazo de queso...
Y un rosquete de la panadería del barrio...
Todo con una deliciosa taza de café con leche...
La taza, es de madera..., tallada por Evelio..., uno de mis tres hijos...
Es una kuksa...
Mi esposa bendice la mesa...
Y en el centro..., una candela encendida lo alumbra todo...
Ella reza una oración...
Pese a mis errores..., producto de mis defectos..., carencias..., y debilidades...
Comprendo que este es un momento sagrado...
Todo es silencio..., serenidad..., respeto...
Y entonces..., nos comemos el delicioso desayuno...
Ahora ya son como las siete..., ha pasado una media hora...
El sol entra por las ventanas de la casa que dan al este...
La mañana avanza...
Está empezando a calentar el día...

Bernal

Mayo, 2021.

Escuchando la madrugada.

Acaba de sonar mi reloj despertador..., hoy es sábado...
Vuelvo a ver..., faltan quince minutos para las cinco de la mañana...
Aún es de madrugada..., está muy oscuro...
Mi cama está tibia..., aunque en el ambiente hace mucho frío...
Me quedo como empezando a despertarme...
Reina un gran silencio..., una gran tranquilidad..., una gran calma...
Todo está quieto..., inmóvil..., estático...
Es un mundo negro..., sin movimiento..., sin ruido...
El ambiente es muy frío..., transparente..., como de cristal...
Han pasado unos quince minutos...
Los pájaros empiezan a cantar..., saludando a la mañana...
Hay yigüirros..., güises..., pájaros carpintero..., zanates..., viudas...
Todos están inquietos..., activos..., cantan y cantan...
A lo lejos oigo a los perros ladrar...
Tal vez le estarán ladrando a algún gato que va pasando por ahí...
Los ladridos se van haciendo cada vez menos audibles...
Ahora todo queda en silencio otra vez...
Sigue pasando el tiempo..., pasan los minutos..., uno a uno...
Entonces empiezan a escucharse los motores de los carros...
Algunos de ellos deben ser camiones..., por el ruido que hacen...
Ya está empezando a clarear..., se observa un resplandor de color azul oscuro...
El mundo de cristal transparente ahora parece estar en movimiento...
Una voz me llama..., dice mi nombre..., brota del silencio..., del frío...
Primero la oía como de lejos..., ahora no..., la escucho muy cerca...
Ha llegado el día...

Bernal

Mayo, 2021.

La lechuza.

Tengo ahora unos diez años de edad..., estaremos en el año 1960...
Estoy de vacaciones en la casa de mis tías en Puntarenas...
Serán tal vez las seis de la tarde...
Es una tarde de verano..., sin brisa..., tranquila..., calurosa..., en enero...
Mi tía Haydeé está preparando la cena...
Yo estoy sentado en una especie de terraza que da al patio...
En una poltrona de cuero que hay frente al palo de mirto...
Frente a mí está el patio de la casa de los Novoa..., nuestros vecinos...
A mi derecha hay una gran pila en la que lavan la ropa...
Y un poco más allá..., un portón de madera para que no entren las gallinas...
Un portón de madera que da al amplio patio de la casa...
Justo al lado del portón hay un gran palo de mango rosa...
Y..., en el patio..., muchos árboles de guanábana..., naranja agria...
Limonos..., guayaba..., y uno de pipa..., muy alto...
Ya casi no hay luz..., el color café predomina..., junto con el verde oscuro...
¡Bu..., bu..., bu...!, escucho ese ruido en el palo de mango...
Luego todo queda en silencio otra vez...
¡Bu..., bu..., bu...!, vuelvo a escuchar el ruido..., siempre en el palo de mango...
Me levanto de la poltrona..., y me fijo con cuidado entre las ramas bajas del árbol...
Y entonces la veo..., ¡es una lechuza grande...!
¡La tengo bastante cerca...!, ¡le veo claramente los ojos...!
Debe de estar viendo a ver si caza un ratoncillo bodeguero...
¡Se balancea..., despacio y en silencio..., de un lado a otro...!
Pasan un par de minutos..., y entonces..., sigilosamente..., sin hacer ningún ruido...
Extiende sus amplias alas..., y emprende el vuelo...

Bernal

Junio, 2021.

Tarde oscura.

El tiempo pasa rápido..., ya hoy es miércoles otra vez...
El día amaneció soleado y brillante..., caluroso y sin brisa...
Pero después de mediodía..., se empezó a poner oscuro...
Por ahí de las dos de la tarde empezó a llover...
No era una lluvia muy fuerte..., pero sí con fuerte rayería...
Así estuvo tamaño rato...
Ahora son como las cuatro y media...
Está cayendo una garúa que lo moja todo...
Ha cesado la rayería...
En el techo de la casa se oyen caer pequeñas gotas de lluvia...
Y..., a lo lejos..., el ruido de los carros...
¡Tap..., tap..., tap...!
Caen gotas grandes del borde de los techos...
Aparte de eso..., todo es silencio..., tranquilidad..., paz...
Un colibrí ha pasado raudo haciendo mucho ruido...
Tal vez lo ha asustado un gato o tal vez un zanate...
El pajarillo se pierde en la calma de la tarde...
Luego..., todo queda en silencio otra vez...
A lo lejos suena una bandada de pericos haciendo una gran algarabía...
Imagino que se estarán preparando para buscar un árbol donde dormir...
La lluvia suave no amaina..., es persistente..., necia...
¡Tap..., tap..., Tap...!, siguen cayendo los goterones del dintel de los techos...
Ahora quiero tomarme un café..., negro..., caliente..., sin azúcar...
Todo está callado y silencioso... calmando y tranquilo...
Ya son casi las cinco...

Bernal

Junio, 2021.

La rayería.

Ayer era viernes..., viernes de la segunda semana de junio...
Era un día típico de nuestra época lluviosa...
Soleado y caluroso por la mañana...
Pero lluvioso por la tarde...
Por ahí de la una y media empezó a llover...
No llovía torrencialmente..., pero llovía fuerte...
Luego de una media hora de lluvia...
Empezó la rayería...
Fulgurantes relámpagos iluminaban la tarde...
Seguidos de truenos impresionantes...
Luego seguían unos segundos de calma...
Y entonces..., otra vez...
Culebrillas de fuego llenaban el cielo plumizo de esas horas...
Las había de nube a tierra..., otras de tierra a nube...
Y otras..., horizontales..., de nube a nube...
Seguidas siempre por el ruido ensordecedor de aquellos truenos...
De aquellos truenos intimidantes..., aterrizantes...
La tarde estaba llena de la luz de los relámpagos...
Y del ruido de los truenos...
Mientras caía una lluvia..., no muy fuerte...
Pertinaz..., persistente..., insistente...
Pero..., pese a todo..., a pesar de la rayería..., era una tarde linda...
En un ambiente de fuego..., luz..., y relámpagos...
De lluvia..., sonido..., y truenos...
Apenas como para tomarse un café caliente con un bocadillo dulce...

Bernal

Junio, 2021.

La foto vieja.

Hoy estaba revisando algunas hojas que había sobre mi escritorio...
Estuve en eso largo rato..., ordenando un poco mis cosas...
Y ahí la encontré..., guardada entre unos papeles que tenía apilados...
Era una foto tomada hace unos tres o cuatro años...
Cuando nos reunimos algunos veteranos pensionados...
Ese día nos juntamos en la planta a conversar un rato...
A recordar tiempos idos..., hace ya muchos años...
Todos trabajadores de Planta San Antonio...
Se vinieron a mi mente muchos recuerdos..., muchas vivencias...
Nosotros resolvimos miles de problemas..., complejos..., sencillos...
Difíciles..., difícilísimos..., raros o inesperados..., otros normales...
Recordé tantos trabajos que realizamos...
A veces trabajando de siete de la mañana hasta las ocho de la noche...
Algunos de ellos eran muy peligrosos...
Había que tener mucho cuidado..., estar concentrados...
Poniendo mucha atención..., todos callados...
Recordé cuando a veces no teníamos tiempo ni para almorzar...
A las cinco de la tarde estábamos muertos de hambre...
Nuestras ropas sucias..., olorosas a sudor..., a aceite..., a planta eléctrica...
Pero contentos porque tal vez ya habíamos terminado...
Éramos como hermanos...
Ahí estaba la foto..., todos juntos..., faltan algunos compañeros...
Se los llevó la brisa suave que produce el tiempo cuando pasa...
Ya no están físicamente con nosotros..., sin embargo, están a nuestro lado...
Siempre serán mis amigos... los llevo en el alma...

Bernal

Junio, 2021.

La noche negra.

Serán acaso las seis y treinta..., hace poco atardeció...
Todo se fue poniendo oscuro..., poco a poco..., minuto a minuto...
La tarde estuvo empujada..., lluviosa..., húmeda...
Pero hoy no hubo rayería..., ni siquiera oí algún trueno lejano...
Ahora ya prácticamente cayó la noche...
El ambiente está de color café...
Todo está oscuro..., enciendo las luces de la casa...
Como llovió toda la tarde..., hace un poco de frío...
Llevo puesto un abrigo grueso...
Y hace poco me tomé una buena taza de café negro..., bien caliente...
Me siento tibio..., en este silencio que impera en mi barrio...
Sigue lloviendo..., no llueve copiosamente..., pero llueve...
La noche se ha puesto negra...
Hace apenas un rato estaba anocheciendo...
Pero ahora ya llegó la noche..., fría..., silenciosa...
La lluvia sigue cayendo..., monótona..., persistente...
De vez en cuando se escuchan ruidos lejanos...
Algún perro ladrándole a un gato...
Los pajarillos acomodándose en las ramas de los árboles...
Un carro que pasa..., allá en la lejanía..., largo de aquí...
Luego vuelve la calma..., el ambiente es de cristal...
Miro mi reloj..., son las ocho y treinta...
Ya la gente estará yéndose para la cama...
La noche se ha puesto negra...
Todo está en silencio..., callado..., quieto... en calma...

Bernal

Junio, 2021.

El perro.

Aquel día salí a caminar por la mañana...
Era un día soleado..., lindísimo..., magnífico...
El plan era irme desde mi casa...
Pasando por Plaza González Víquez...
Subiendo por el boulevard del Barrio Chino...
Hasta el antiguo Bar Chelles...
De ahí caminaría por boulevard de la avenida central...
Hasta la esquina de la antigua Radio Monumental...
Luego regresaría a mi casa por la misma ruta..., pero a la inversa...
Sería una caminata bonita y entretenida..., por el centro de mi ciudad...
A las siete y quince empecé la caminata...
Primero despacio..., luego apuraría un poco el paso...
Cuando iba pasando por Plaza González Víquez..., lo vi...
Era un perro negro con blanco...
Pequeño..., flaco..., de rabo levantado..., un verdadero zaguete...
Andaba rápido delante de mí..., subiendo por el boulevard del barrio chino...
Así fue durante unas cinco o seis cuadras..., ¡quién sabe para dónde iba...!
Cuando llegamos a la Parroquia de Nuestra Señora de la Soledad...
De un momento a otro..., ya no lo vi más..., seguro se fue por alguna bocacalle...
No le di importancia al asunto..., simplemente se habrá ido por otro lado...
Eso pensé..., y seguí andando..., siguiendo mi ruta...
Pero..., ¡qué gran sorpresa...!, al llegar a la Plaza de la Cultura..., lo vi otra vez...
Ahí estaba el perro..., echado..., al lado de su amo...
Un indigente que pedía limosna sentado en la plaza...
El perro estaba contento..., con el hocico puesto sobre sus patas delanteras...

Bernal

Junio, 2021.

El volcán Barva.

Los vulcanólogos dicen que su última erupción...
Sí amigo..., su última erupción..., fue hace seis mil quinientos años...
Eso oí recientemente en un programa de televisión...
Hoy el volcán Barva dormita tranquilo...
En la parte septentrional del valle central...
Descansa en silencio..., calmado..., sereno...
Duerme sosegado..., plácido..., quieto...
Su sueño apacible acompaña a la ecuanimidad de la cordillera...
La suave brisa de las alturas enfría su cumbre...
Y ahí está la laguna..., en uno de sus cráteres...
Su superficie tersa se mira de color gris...
En medio del frío..., del viento..., y de la silampa congelante...
Acá volará el quetzal bellísimo...
Andará la ardilla inquieta y nerviosa...
Y crecerán los cipreses imponentes...
El viento de la tarde soplará entre las ramas de los árboles...
Y la lluvia caerá implacable sobre el caminante...
El caminante que avanza en medio del frío...
Por la calle pedregosa..., mojada por el agua que ha caído esta tarde...
Hacia su hogar bendito..., tibio..., y acogedor...
Donde los esperan aquellos a los que tanto quiere...
El volcán Barva..., lo miro desde el valle...
De color verde azulado..., metido entre nubes de agua fría como el hielo...
Allá en la cordillera..., en el silencio..., en el frío..., en un ambiente de cristal...
Hoy el volcán Barva dormita tranquilo...

Bernal

Julio, 2021.

Ingeniero de campo especialista en plantas eléctricas.

Me gradué en diciembre de 1972..., en la Facultad de Ingeniería...
Universidad de Costa Rica...

Desde ese día he sido un ingeniero eléctrico...
Esto lo digo con mucho orgullo y satisfacción...

El 22 de marzo de 1973 empecé a trabajar...
En el Instituto Costarricense de Electricidad...

Departamento de Generación...

Área a cargo de la operación y del mantenimiento de todas nuestras
plantas...

De nuestras plantas eléctricas...

Hidroeléctricas..., térmicas..., geotérmicas..., eólicas..., solares...

Estas plantas eléctricas suministran la energía eléctrica...

La energía eléctrica que necesita y consume nuestro país...

Desde entonces me dediqué a trabajar en esos sitios...

Nunca cambié de dependencia dentro del Instituto...

Viajé por todo el país..., muchas veces..., en invierno y en verano...

Trabajé centenares de veces de noche..., sábados..., domingos..., feriados...

Muchas veces no teníamos tiempo ni para el almuerzo..., o para la cena...

Frecuentemente llegaba a mi casa después de las diez de la noche...

Mis oídos se acostumbraron al ruido de las turbinas... de los motores...

Laboré intensamente en los sistemas de control..., y en sus ajustes...

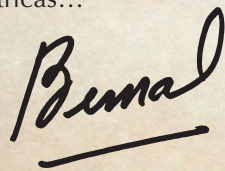
Era lo normal desarmar y volver a armar aquellas máquinas tan grandes...

Siempre había que estar dispuesto a ir a trabajar..., a cualquier hora...

Y así..., el tiempo pasó...

Lo digo orgullosamente..., me convertí en un ingeniero de campo...

Especialista en plantas eléctricas...



Julio, 2021.

Álvaro Vargas Barrantes.

Mi amigo está sentado en el patio de su casa...

Es un espacio pequeño...

En él está sembrado un palo de limón mandarina...

Ahí se paran las tórtolas..., y desde lo alto lo miran ahí sentado en su
silla...

Llega también el come maíz..., a picotear los granillos que caen al
suelo...

Él los mira..., y les pone pedacillos de pan dulce para que coman...

Y se queda mirándolos...

Y descansando en el silencio de la mañana o de la tarde...

Los pajarillos están acostumbrados...

En buena medida..., Álvaro los cuida..., y les da de comer...

Luego se retira..., se va para dentro de la casa...

Para después salir a hacer los mandados...

Recorre..., casi que uno a uno..., los negocios del barrio...

Compra lo que hay que comprar..., y regresa a su casa...

Se sienta entonces en la sala a escuchar música...

Y escuchando su música..., a veces se queda dormido...

Él está pensionado..., hace ya muchos años..., tiene dos hijas..., y tres
nietos...

Es un hombre religioso..., aislado..., silencioso...

Ahora se dedica a rezar..., a meditar..., a contemplar la naturaleza...

Le gusta orar..., y hacer penitencia...

Hace lo posible por vivir en paz con los demás...

Por llevarse bien con todos los que le rodean...

Le gusta conversar con sus amigos...

Hace años que envejeció..., ahora casi siempre está solo..., en su casa...

Sí..., hermano..., mi amigo Álvaro es un anacoreta...



Julio, 2021.

En el desfogue de Planta Arenal.

No recuerdo la época del año..., pero puede haber sido en enero...
Hace mucho tiempo de esto..., fue allá por los setentas del siglo pasado...

Planta Arenal estaba funcionando a plena carga...

Y Planta Corobicí también...

Ésta última tomaba toda el agua que depositaba Planta Arenal en su desfogue...

Las dos plantas estaban a plena carga...

Con sólo que se bajara la carga en Arenal...,

Bajaría el caudal que depositaba en su desfogue...

Y entonces el túnel absorbería aire...

Que bajaría hacia Corobicí...

Y la conducción colapsaría..., eso sería un verdadero desastre...

Pero para evitar eso los ingenieros pensaron en el Embalse Santa Rosa...

Colocado justo en el desfogue de Arenal...

Pero era muy pequeño..., su volumen era escaso...

Dados los caudales involucrados..., daba muy poco tiempo de reacción...

Se decidió poner un operador a vigilar el nivel del Embalse Santa Rosa...

Y dar la voz de alarma si éste bajaba de cierto nivel...

Entonces se pararía Corobicí..., para evitar el colapso del túnel...

De este hombre dependería todo el sistema..., todo el complejo..., toda la obra...

Y ahí estuvieron..., trabajando por turnos..., día y noche...

Al amanecer..., al atardecer..., sentados en el desfogue de Arenal...

Muertos de hambre..., de frío..., de ansiedad..., atentos...

¡Valientes operadores..., ahí pasaron las noches..., y los días...!

Las plantas operaron sin problemas..., día y noche..., sábados y domingos...

Varias veces los vi..., con la mirada fija en el desfogue de Arenal...

Julio, 2021.

El oso polar.

Hoy es miércoles..., son como las cuatro de la tarde...

Casi no ha llovido..., incluso hace sol..., un poco...

Estoy acá sentado..., admirando el paisaje de hoy a esta hora...

El artista supremo lo ha pintado en el cielo...

Allá por el norte del valle..., sobre las alturas de la cordillera...

El oso polar está allá..., suspendido en lo alto...

Flota en el espacio infinito de esta tarde tranquila..., clara..., y luminosa...

Su figura blanca está claramente definida...

Veó su cabeza..., sus orejas..., su pata delantera izquierda...

Va corriendo a cazar una foca...

A esta última no la veo..., pero la imagino...

En torno al oso se ven grandes bloques de hielo...

Parecen rocas muy grandes..., que brotan del suelo...

Brotan del suelo que también es blanco...

Así permanece este paisaje..., varios minutos..., inmóvil...

Se mantiene el tiempo suficiente como para quedar grabado en mi mente...

Ahora parece que se deforma un poco...

Debe de estar soplando el viento en las alturas...

Las nubes blancas se dispersan..., se las lleva el viento...

Hacia el oeste... hacia el oeste del valle verde donde vivo...

El oso polar ya no está..., ha desaparecido...

Se lo llevó el viento..., el viento que sopla allá en lo alto de la cordillera...

El horizonte está claro..., aunque cubierto de nubes blancas...

El oso polar se ha ido..., queda en mi mente tan solo su recuerdo...

Entonces..., mi hermano..., decido escribir lo que he visto...

Julio, 2021.

Afuera está lloviendo.

Hoy es veintitrés de julio..., son como las nueve de la mañana...
Estamos en plena época lluviosa...
Una onda tropical ahora está afectando a nuestro país...
Mi ciudad está húmeda..., todo está mojado..., empapado...
Algunos lugares se han inundado...
Desde ayer jueves está lloviendo..., estamos de temporal...
En este momento estoy sentado en mi casa...
En el lindo lugar en donde escribo habitualmente...
Afuera llueve..., y hace frío...
Pero dentro de mi habitación todo es luminoso..., tibio..., y acogedor...
Tengo puesto un abrigo de color gris muy claro...
El cielo está completamente encapotado...
Una lluviecita suave se oye caer sobre las láminas del techo...
La ciudad parece estar adormecida..., entumida..., callada...
A lo lejos escucho el ruido de los carros...
Pocos..., de por sí...
Quiero servirme un café caliente..., delicioso...
Pero prefiero quedarme así..., en el silencio de la mañana...
Oyendo caer la lluvia..., persistente..., monótona..., fría...
El tiempo pasa muy despacio..., todo parece transcurrir ahora más lentamente...
En el silencio de la habitación se oye..., en la lejanía..., un perico haciendo bulla...
De pronto la lluvia arrecia..., entonces llueve más fuerte...
El ruido que producen las gotas en el techo es más notable...
Son las nueve de la mañana...
Afuera cae la lluvia..., está nublado..., y hace frío...

Julio, 2021.

Las clases de trigonometría.

No recuerdo muy bien..., por esos días podría yo haber estado en tercer año...
En el Liceo de Costa Rica...
Debe haber sido 1965..., en el siglo pasado..., cuando tomé una decisión...
Desde niño..., a mí siempre me gustaron las matemáticas...
Para ser exactos..., la física y las matemáticas...
Recuerdo que yo escuchaba con atención a mis hermanos mayores...
Cuando..., con mucho entusiasmo..., hablaban de estos temas...
Por esa época ellos ya estaban en el colegio...
Y yo era todavía un niño de edad escolar...
Por fin..., terminé la educación primaria..., e ingresé en el Liceo...
Recibía clases de matemáticas con el profesor Asdrúbal Brenes...
Eran clases lindísimas..., llenas de números..., de signos...
Fueron tanto así..., que para mí..., fueron inolvidables...
Yo estaba maravillado..., soñaba entonces con ser un científico...
En las noches claras..., mis ideas volaban entre las estrellas...
En mi mente yo las unía con líneas imaginarias...
Y formaba figuras geométricas..., de formas variadas...
Así dibujaba triángulos..., de diversos tipos...
Y..., en mis pensamientos..., resolvía sus ecuaciones utilizando a Pitágoras...
Don Asdrúbal continuó con sus clases para mi grupo por varios años...
Entonces soñé con ir a la universidad...
A estudiar física y matemáticas...
Y así..., un día de 1972..., me gradué como ingeniero eléctrico...
Y ahí no acabaron mis sueños..., yo siempre quise ser un científico...
Por eso..., siempre maravillado..., ya en mi vejez..., sigo estudiando...

Julio, 2021.

Madrugada Lluviosa.

Hoy es domingo..., ya pronto amanecerá...
Son como las cuatro de la mañana...
Está muy oscuro..., todo es de color negro..., hace frío...
La cama en que duermo es agradable..., tibia..., y acogedora...
Como anoche me acosté temprano..., ya a esta hora...
A esta hora estoy despertando..., aunque deseo seguir durmiendo...
No se oyen ruidos..., todo está quieto..., inmóvil...
La ciudad está dormida..., todavía no escucho los pájaros...
Hace tanto frío que parece que el aire está congelado...
Entonces me cobijo muy bien..., y me empiezo a quedar dormido...
De pronto el silencio de la madrugada se rompe...
Está lloviendo..., las gotas de agua golpetean en el techo de la casa...
La lluvia ha empezado a caer...
Unos minutos después está lloviendo copiosamente...
Y así se mantiene por un rato..., varios largos minutos...
Son como las cinco de la mañana...
Ahora llueve un poco más fuerte...
A pesar de eso..., el hombre que reparte los periódicos ha llegado...
Está trabajando en medio del frío y de la lluvia...
¡Qué duro...!
Luego la lluvia amaina..., está cayendo una garúa fuertecita...
La oigo cuando golpea las láminas del techo de la casa...
A las seis de la mañana la lluvia cesa...
Una voz me llama..., entonces me levanto..., y me voy al comedor de la casa...
El desayuno está servido..., ¡apetitoso..., y delicioso...!

Bernal

Agosto, 2021.

El come maíz.

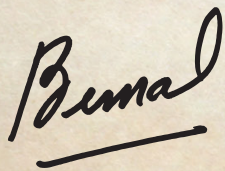
Hoy vinieron varios empleados de la municipalidad...
Venían provistos de máquinas y rastrillos...
Chapearon la plaza que hay frente a mi casa...
El zacate quedó muy corto...
Ahora la plazoleta parece una alfombra verde...
Como a las dos de la tarde empezó a llover...
Una lluvia no muy fuerte..., pero tupida..., y pertinaz...
Luego..., como a las tres..., escampó...
Primero amainó la lluvia..., luego quedó sólo una garúa...
Y ya escampó del todo...
Los pajarillos han descendido al zacate de la plaza...
Andan brincoteando de un lado a otro...
Comiendo pequeñas semillas entre la hierba...
Un come maíz es el más vivaracho...
Alerta..., inquieto..., nervioso...
Listo para volar y escapar en caso de que surja algún peligro...
De vez en cuando picotea entre las hojas del zacate...
Luego se yergue y mira a su alrededor...
Atento a cualquier movimiento de algo que lo amenace...
Moviendo sus alas de manera rápida casi imperceptible...
Listo para salir volando en caso necesario...
Luego se inclina de nuevo y continúa picoteando entre el zacate...
Está comiendo..., pero de pronto algo lo asusta...
Y..., con gran rapidez..., emprende el vuelo..., se ha ido...
Se aleja..., y se va a parar..., asustado..., a uno de los árboles de la plaza...

Bernal

Agosto, 2021.

Problema resuelto.

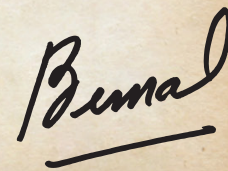
Mediados del año 1973..., Planta San Antonio...
Segundo piso de casa de máquinas vapor...
Por allá del mes de junio..., está empezando la época lluviosa...
No era una reunión formal..., estábamos conversando...
Dos veteranos..., Don Ricardo Acosta..., el ingeniero inglés Taylor...
Por la Compañía Nacional de Fuerza y Luz...
Saúl Zamora Cruz..., Víctor Lizano Solano..., y yo...
Por el Instituto Costarricense de Electricidad...
Don Ricardo y el ingeniero Taylor no confían en nosotros los del ICE...
El ingeniero Taylor dice que no vamos a poder operar y mantener la
planta...
Que nos falta edad..., que nos falta madurez..., que no tenemos
experiencia...
Por esos días yo tengo veintidós años..., Saúl y Víctor un poquito más...
Yo siento miedo..., me sudan las manos...
Lo que dice el ingeniero Taylor me preocupa mucho...
Sin embargo..., pienso que con mucho estudio..., y con mucho trabajo...
Lo lograremos...
Y así fue..., miles de horas de estudio..., planos..., instructivos...,
diagramas...
Trabajo durísimo..., jornadas extenuantes..., esfuerzo supremo...
Éramos muy jóvenes..., pero decididos a resolver el problema...
Nunca nos rendimos..., siempre luchamos con bravura...
Logramos resolver todas las situaciones que se nos presentaron...
Aprendimos lo que teníamos que aprender...
También cometimos errores..., por momentos dudamos..., tuvimos miedo...
Pero hicimos la tarea..., lo logramos con nota sobresaliente...
El ingeniero Taylor estaba equivocado...



Agosto, 2021.

El maestro pensionado.

Transcurre tal vez el año 1917..., en Miramar de Puntarenas...
Paulino Delgado Diez Dobles..., mi padre...
Entonces tiene doce años..., acaba de terminar cuarto grado...
Es el máximo nivel académico que él puede alcanzar en esa comarca...
La familia no tiene recursos para mandarlo a Puntarenas...
Y menos aún..., para enviarlo a estudiar en San José...
Doña Agustina..., su madre..., mi abuela..., quiere que siga
estudiando...
Pero no tiene posibilidades..., la familia está muy limitada...
Zacarías..., mi abuelo..., era minero..., apenas ganaba para mantener la
familia...
Contratan entonces a un maestro pensionado que vivía en Miramar...
Que se convierte desde ese momento en el maestro de Paulino...
Lo prepara con esmero..., cuidadosamente..., considerando todos los
detalles...
Le enseña a escribir con buena letra..., composiciones..., cuentos...,
poemas...
Le encarga leer muchos libros..., novelas..., enciclopedias...
Aprende a utilizar el diccionario..., le mejora el vocabulario...
Ahora Paulino tiene una excelente ortografía..., y una muy buena letra...
Los años pasan..., uno a uno..., lentamente...
Alcanza la preparación equivalente de un joven universitario...
Culto..., bien instruido..., lector voraz..., de libros..., periódicos...,
revistas...
A los diecisiete años de edad entra a trabajar..., como telegrafista...
En la empresa minera..., se convierte en un funcionario muy útil...
Pasa de ser un niño..., a ser un hombre de bien...
Trabajador..., honrado..., empeñoso..., cumplido...
Hoy..., poco más de cien años después de aquellos días...
Le doy las gracias a aquel maestro pensionado...



Agosto, 2021.

El viento del este.

Estamos ya diecinueve de agosto..., el año va rápido...
La mañana de hoy estuvo calurosa..., soleada..., brillante...
Casi no soplabla brisa..., hizo un clima bochornoso y caliente...
Desde temprano estuvo así...
Hasta que llegó la hora de almorzar...
Tortas de atún con picadillo de ayote tierno..., y dos vasos de agua...
Sabroso..., cocinado con esmero...
Hace poco pasó el medio día..., ahora son como las dos...
Ha empezado a soplar un viento leve...
Un viento que viene del este..., de esa parte de la cordillera...
Ha enfriado un poco el ambiente..., ahora está más fresco...
Hacia el norte del valle veo la cordillera...
Está arropada con nubes blancas...
El viento se las va llevando hacia el oeste del valle...
Algunas de ellas son grisáceas..., como que anuncian lluvias...
De lejos parecen nubarrones de tormenta...
Que derivan lentamente hacia allá...
En la dirección del volcán Poás...
Pronto en esos lares estará lloviendo..., eso pienso...
El viento del este sigue soplando...
Suavemente..., despacio..., con lentitud y con calma...
Ahora Las Tres Marías se han cubierto de nubes...
Pero acá..., en mi ciudad de San José..., sopla viento de agua...
El cielo está encapotado..., gris oscuro..., plomizo...
Gruesos goterones empiezan a caer...

Bernal

Agosto, 2021.

Silencio de domingo.

Hoy es domingo..., un lindo domingo del mes de agosto...
Me siento descansado y contento..., anoche dormí bien...
Me levanté como a las seis y media..., a bañarme..., y a desayunar...
Ha pasado el tiempo..., lentamente..., minuto a minuto..., paso a paso...
Ya serán tal vez las ocho y treinta de la mañana...
Está haciendo sol..., el día es luminoso..., hace un poco de calor...
La gente aún debe de estar durmiendo...
Reina un silencio absoluto...
No se oye nada que turbe la calma de la mañana...
De vez en cuando..., a lo lejos..., se escucha el rumor de unas voces...
Luego todo queda en silencio otra vez...
Ahora..., en este momento..., una paloma coliblanca canta tranquila...
Debe de estar parada en alguno de los árboles de la plaza...
De la plaza verde que hay frente a mi casa...
Yo estoy sentado en la mesa de la cocina...
Disfruto del silencio de la mañana...
De la calma..., de la tranquilidad..., de la quietud...
El tiempo parece haberse detenido...
Empiezan a escucharse las campanas de las iglesias llamando a misa...
¡Me gusta oírlas tañer en esta gran quietud...!
¡Rompen la monotonía de este momento especial...!
El silencio reina en este ambiente de domingo...
Ahora la paloma coliblanca está cantando otra vez...
¡Qué agradable este momento...!
Las campanas de las iglesias siguen llamando a misa...

Bernal

Agosto, 2021.

Oleaje en la tarde.

Hoy por la mañana no amaneció lloviendo...
Aunque había nubes en el cielo..., no llovía...
Como a las seis y media salí a caminar un rato...
Por sectores el litoral se veía rocoso y áspero...
En otras áreas lucía arenoso y amigable...
Con mis pies descalzos sentí la arena fría de la playa negra...
Las palmeras que crecen a la orilla del mar estaban quietas...
Soplaba una brisa muy suave que apenas movía las hojas de las palmas...
Produciendo ese ruido característico..., como de chasquidos...
Que se escuchaba con claridad en el silencio de la mañana...
Ahora ya han pasado las horas...
Salí a andar otro rato..., serán como las cuatro de la tarde...
Aún no llueve..., pero el mar está embravecido...
Grandes olas revientan allá..., a lo lejos..., mar adentro...
Luego..., cubiertas de espuma blanca...
Se vienen estrellar en las rocas negras...
Es un paisaje lleno de movimiento..., de ruido..., de espuma...
No se ve ningún pájaro marino...
Los buchones estarán parados en los palos secos del litoral...
Las gaviotas habrán buscado un buen refugio...
El pájaro fragata..., estará reposando en las rocas de algún acantilado...
El oleaje es fuerte..., el agua grisácea se levanta con violencia...
Para venir a caer estrepitosamente en el litoral rocoso...
La tarde está oscura..., el cielo encapotado..., presagio de tormenta...
Pero aún no llueve...

Bernal

Agosto, 2021.

Hombre viejo junto al mar.

El mar..., hoy por la tarde..., está borrascoso...
Debido a las ráfagas de viento luce embravecido...
Hay mucho ruido..., mucho dinamismo..., mucha espuma blanca...
La marea está creciendo..., desde hace como tres horas...
Hoy no salieron los pescadores a hacer su faena...
Es peligroso..., hay grandes marejadas..., el oleaje es fuerte...
El tumbo de las olas lo llena todo de ruido..., ronco..., y atemorizante...
En la playa gris está parado un hombre viejo...
Me parece una persona conocida..., pero no recuerdo de dónde...
Tampoco recuerdo cuándo fue que lo vi por primera vez...
Moreno..., ni flaco..., ni grueso...
Curtido por el sol costero..., y por el viento marino...
Tiene puesto un sombrero de paja...
Ya muy gastado por el paso de los años...
Y una camisa blanca..., raída..., casi se ve la piel debajo de ella...,
tan envejecida que ya prácticamente está de color amarillo...
Lleva puesta una pantaloneta corta..., azul..., con rojo...
Está parado lejos de donde revientan las olas...
En silencio..., mirando al mar..., su hermano..., su amigo...
Su leal compañero de toda la vida...
Tiene la mirada fija en el horizonte tormentoso...
Al otro lado del mar estará la China..., el Japón..., jeso piensa...,
quizás...!
Tiene las manos metidas en las bolsas de la pantaloneta...
El viento del litoral está arreciando..., ahora sopla más fuerte...
El hombre viejo sigue ahí..., junto al mar...

Bernal

Agosto, 2021.

Cinco pelícanos vuelan en fila.

Hace ya bastante rato que amaneció...
Ahora serán como las seis de la mañana...
El cielo está completamente azul celeste..., con algunas nubes blancas...
Aún la arena color gris oscuro está fría..., voy caminando por la playa...
Miro hacia el infinito..., hacia el fin del mar..., hacia la lejanía...
El sol ha salido por el este..., a mi izquierda..., por encima de la serranía...
Mi mirada se dirige hacia el oeste en este paisaje matutino...
Sobre la línea del horizonte el color del cielo es gris claro..., casi blanco...
Iluminado por la fuerte luz de la mañana...
Realmente es lindísimo..., único..., atrayente..., irrepetible...
Entonces los veo..., cinco pelícanos vuelan en fila...
Su grácil figura se recorta muy bien en la luz blanca del horizonte...
Seguramente salieron a pescar muy temprano...
Durmieron tal vez en un palo seco en alguna de las islas del golfo...
Como anoche no llovió..., pasaron una noche tranquila y bonita...
Se dirigen ahora hacia su sitio de pesca...
La marea está creciendo..., está a medio subir...
La fila de pelícanos se dirige hacia el sur...
En dirección de las grandes playas de agua color verde claro...
Llenas de sardinas..., de alimento..., de comida...
Ahí se quedarán hasta casi el medio día...
Hora en que buscarán un palo seco donde pararse a descansar...
Entonces los veo..., cinco pelícanos vuelan en fila...
Su silueta perfecta se muestra a lo lejos...,
Contra la luz intensa y brillante del horizonte blanco...

Bernal

Agosto, 2021.

La playa inmensa.

Hoy el mar amaneció de color verde esmeralda...
La superficie del agua se asemeja a un gran espejo...
Un gran espejo que refleja la luz intensa del sol de la mañana...
La playa negra todavía está húmeda...
Pues hoy en la madrugada estuvo lloviendo mucho...
Además, la marea estaba alta...
Y las olas llegaban casi hasta la raíz de las palmeras...
Ahora la alumbra con gracia y cuidado la luz de la mañana...
Una luz amarillenta que hace que mi piel se vea cobriza...
La ancha banda de arena negra se extiende hasta lejos en el horizonte...
Y llega hasta allá..., hasta las rocas del litoral...
Más o menos a partir de esas rocas...
Se va describiendo una amplia curva...
Que dibuja una parábola al pie de las serranías...
Para ir a morir al extremo de un promontorio que hay frente a los islotes...
Serán tal vez varios kilómetros de playa lindísima...
Adornada por una fina red de encajes blancos que hace la espuma de las olas...
Y al otro lado..., bordeada por una verde fila de palmeras de hojas brillantes...
Y encima de nosotros..., el infinito y perfecto cielo azul...
Con su disco de fuego amarillo..., ya bastante alto en el horizonte...
Un pez volador pasa volando un poco más allá de donde revientan las olas...
Se desplaza raudo hasta ir a caer a unos cien metros de donde emergió...
Acá todo es belleza..., es la obra maestra del artista supremo...
Sigo caminando por la playa inmensa...
En este momento son como las seis de la mañana...

Bernal

Setiembre, 2021.

La danza de las gaviotas.

Hoy se está dando una típica mañana de setiembre...
Ayer llovió toda la noche...
Amaneció despejado, brillante y luminoso...
El mar está color verde claro...
Las olas revientan mar adentro..., y vienen a disiparse en la playa negra...
El cielo está completamente azul...
Con algunas nubes blancas que se ven en lo alto...
Dos gaviotas surcan el cielo infinito...
Su color gris claro con blanco contrasta con el celeste del firmamento...
Se mueven al compás de las corrientes de aire...
De aire tibio que sopla en esta mañana serena y tranquila...
Casi no mueven sus alas...
Planean hacia donde las llevan las corrientes de aire...
De pronto suben...
Para después bajar...
Por momentos viran hacia la derecha..., o hacia la izquierda...
Se alejan de la playa..., mar adentro...
Para luego acercarse nuevamente...
En ocasiones están tan lejos..., y tan alto...
Que parecen dos puntos en la inmensidad del cielo sin fin...
Se van hacia el horizonte...
Y regresan volando despacio..., a baja altura...
Las gaviotas están danzando...
Danzan al compás de las corrientes de aire...
De aire tibio que sopla en esta mañana serena y tranquila...

Bernal

Setiembre, 2021.

El solitario pájaro fragata.

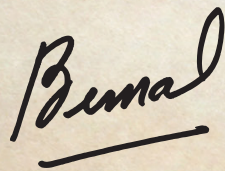
Ha estado caliente todo el día..., soleado y despejado...
El cielo azul es imponente..., infinito..., clarísimo...
El sol brilla en lo alto..., resplandeciente..., deslumbrante...
Ahora serán tal vez las doce del día..., ¡no lo sé...!
Los rayos del sol caen perpendiculares sobre la playa grisácea...
En ella brillan como espejos..., los diminutos pedacitos de piedra que la forman...
El aire reverbera al reflejarse la luz en la arena ardiente...
Casi no sopla brisa..., todo está quieto..., en silencio..., en calma...
El pájaro fragata se desplaza en el cielo inmenso...
No mueve sus alas...
Va despacio..., vuela solitario..., está alto en el cielo...
Lo acompañan..., la soledad de la bóveda celeste...
Y el silencio imperturbable de este medio día porteño...
Debe estar descansando..., ¡eso pienso por un momento...!
Al verlo desplazarse con las corrientes de aire tibio...
En silencio..., tranquilo..., sereno..., llevado por el vaho de la naturaleza...
Probablemente buscó comida toda la mañana...
Ahora mira el mar y la playa desde lo alto...
Más tarde irá a dormir en alguna roca del acantilado...
Y ahí tal vez busque una hembra que lo acepte y que lo acoja...
Su plumaje negro..., negro como el azabache..., brilla bajo el sol...
Su pecho blanco contrasta a la perfección con el negro del plumaje...
Y su figura completa se recorta en forma nítida contra el azul intenso del cielo...
Contra el azul intenso del cielo en esta tarde caliente y majestuosa...
El pájaro fragata vuela solitario...

Bernal

Setiembre, 2021.

La voz del caracol.

En este momento tengo ocho años de edad..., transcurre el año 1958...
Estoy en el almacén de mi papá..., en Puntarenas...
El negocio se llama La Bola de Oro...
Hay grandes sacos de azúcar..., de maíz..., de frijoles...
Muchas tapas de dulce ya empacadas en sacos de gangoche...
Cajas de cartón llenas de víveres y de abarrotes...
Largas trenzas de cebollas secas...
Todo será embarcado hacia los pequeños puertos de la costa...
Allá viven los clientes de mi papá...
Él se me acerca..., me pone..., paternalmente..., la mano sobre la cabeza...
Y me regala un gran caracol..., blanco por debajo...
De colores predominantemente café y rosado..., por encima...
Lo admiro maravillado unos minutos...
Luego él me pide que me lo ponga en el oído..., y que escuche su voz...
Eso hago..., mitad convencido..., mitad incrédulo...
Y entonces oigo..., sorprendido..., su ronca voz por primera vez...
Me cuenta de las grandes olas que levanta el viento de la tarde...
De furiosas tempestades que se desatan allá..., en la lejanía..., mar adentro...
Me narra la historia de barcos fabulosos que han zozobrado...
En alta mar..., presa del viento y de la violencia de las olas...
Cuenta de noches de luna..., bajo las estrellas..., en paraísos marinos...
Habla de gaviotas y otras aves que viven en sus islas...
De la mantarraya inmensa que parece volar en sus aguas cristalinas...
Guardo el caracol..., en una bolsa de papel..., como se guarda un tesoro...
Y me voy presuroso hacia la casa de mis tías...



Setiembre, 2021.

El mensaje del manglar.

Juis..., juos..., juis..., juos..., luego un período de silencio...
Suenan el rítmico ruido del canalete cortando limpiamente la superficie del agua...
Arteaga..., así se llama el capitán..., va al mando...
El estero parece un gran espejo..., de color verde claro...
Juis..., juos..., juis..., juos..., luego un período de silencio...
El bote navega despacio en una ruta paralela al manglar...
Al manglar verde que ahora lo llena todo...
En lo alto el cielo azul..., con el gran sol amarillo brillante...
El estero está en silencio..., todo está quieto..., todavía no hace calor...
Juis..., juos..., juis..., juos..., luego un período de silencio...
Ahora el bote se acerca a las ramas del manglar...
Del manglar verde que siempre ha sido nuestro hermano...
Casi puedo tocar las ramas..., en el agua flotan hojas rojas y anaranjadas...
Hemos ido a ver si pescamos un buen pargo blanco...
Clap..., clap..., clap...
Se oye cuando se cierran las pianguas entre el barro...
La marea está baja..., pero aún no ha bajado del todo...
Huele a estero..., huele a mar..., huele a un sabroso mero de cinco kilos...
¡De pronto..., la gran algarabía...!
Una bandada de pericos de manglar ha levantado vuelo...
Los asustó la presencia del bote...
Todo es ruido..., movimiento..., confusión...
¡Luego todo queda en calma y en silencio otra vez...!
Juis..., juos..., juis..., juos..., luego un período de silencio...
El bote navega despacio en una ruta paralela al manglar...



Setiembre, 2021.

Las Pelonas.

Hoy es jueves..., día de mañana luminosa..., brillante...
Pero por la tarde..., después de las tres...
Está cayendo un gran aguacero..., con rayería intensa...
Desde acá donde me encuentro...
En las estribaciones de la serranía...
Se ven bien Las Pelonas..., dos islotes deshabitados..., pequeños...
Cubiertos de árboles..., y de vegetación en general...
Están situados como a un kilómetro de la playa...
Al final de un promontorio rocoso que entra al mar decenas de metros...
Ahora se ven detrás de un denso velo blanco de gotas de lluvia...
El aguacero es torrencial..., llueve a cántaros...
Se trata de la lluvia típica del mes de setiembre en Costa Rica...
¡Así..., mi amigo..., es como llueve en el trópico...!
Sin clemencia..., sin ninguna consideración..., sin piedad...
Detrás del velo blanco de gotas de lluvia están Las Pelonas...
Se ven de color oscuro..., no puedo definir el color exacto...
De lejos se notan las olas reventando violentamente contra las rocas...
Contra las rocas que constituyen el litoral de los islotes...
Se forma entonces un contorno de espuma blanca...
Que desaparece segundos después de que la ola ha reventado...
Es un espectáculo impresionante..., intimidante..., perturbador...
Desde acá donde me encuentro...
En las estribaciones de la serranía...
Se ven bien Las Pelonas..., dos islotes deshabitados..., pequeños...
Están detrás del velo blanco de gotas de lluvia..., de este aguacero torrencial...

Bernal

Setiembre, 2021.

El canto del arrecife.

El viejo bote de madera se desplaza raudo...
Se desplaza raudo en el agua verde del mar...
Hoy nos levantamos temprano para ir al arrecife...
Llevamos con nosotros el equipo básico para admirarlo desde arriba...
Desde la superficie del agua...
Del agua transparente en esta mañana luminosa...
Ahora serán las seis de la mañana...
Allá a lo lejos se ve..., nítido..., el islote de Cabo Blanco...
En su parte más elevada alguien construyó algo así como una caseta...
Nunca sabré qué instrumentos contuvo en su época de uso...
Cuando llegamos al bajo..., el capitán detiene el bote...
Me parece que le dicen el bajo de la leche...
Pero no sé por qué..., tal vez por aquello de la buena suerte...
Lanzamos al agua el ancla hecha de cemento con varillas de construcción...
El bote queda firmemente sostenido..., ¡de por sí la corriente apenas se siente...!
Nos tiramos al agua fría de la mañana..., está clara..., transparente..., verdosa...
Y abajo..., el arrecife lindísimo..., veo cambutes..., y peces de colores...
Escucho el ruido característico..., algo así como chirridos...
Son como chasquidos..., que se mezclan con el ruido del oleaje lejano...
De pronto el agua nos aleja del fondo..., hacia arriba...
Permanecemos así unos segundos...
Luego bajamos otra vez..., el arrecife parece venir hacia nosotros...
Unas gaviotas se acercan al bote..., en busca de comida...
Pero no..., no estamos pescando...
Sólo estamos viendo el paisaje marino..., y escuchando el canto del arrecife...

Bernal

Setiembre, 2021.

Me miraste a los ojos.

En una noche mágica me miraste a los ojos...
Me miraste a los ojos..., María de la Cruz...
Y viste en mi mente el océano inmenso...
Playas enormes..., y el oleaje del mar..., que siempre ha sido mi hermano...
El vuelo de las gaviotas..., el vuelo rasante del pelícano majestuoso...
La zopilota que busca comida cerca del fondo...
Moviéndose cadenciosamente al ritmo de las corrientes...
Aquella noche mágica..., noche de amor entre dos seres jóvenes...
Viste en mi mirada atardeceres anaranjados...
Viste también el horizonte ardiendo en llamas rojas...
Y las islas del golfo..., descansando en la tarde calurosa...
Acariciadas por la suave y tibia brisa marina...
Brisa marina que roza..., con delicadeza..., sus bordes rocosos...
Esculpidos por volcanes..., agua..., y fuego..., hace millones de años...
El grisáceo islote solitario que monta guardia a la entrada de la bahía...
Imperturbable..., incólume..., impasible...
Viste los barcos de crueles piratas que pillaban en las costas...
Personas feroces que hurtaban lo que podían...
Aquella noche mágica viste mi alma...
Y el ambiente marino que me marcó para siempre...
El puerto bonito que tanto recuerdo...
Puntarenas..., ciudad en que nací y en la que fui muy feliz...
En una noche mágica me miraste a los ojos...
Me miraste a los ojos..., María de la Cruz...
Y viste en mi mente el océano inmenso...

Bernal

Setiembre, 2021.

Te ofrecí mis manos.

Noche de abril..., en 1975...
Por primera vez visité tu casa..., María de la Cruz...
Noche de verano..., pleno mes de abril..., pero no hacía calor...
Noche silenciosa..., tranquila..., negra como el azabache..., fresca...
Estabas tan linda..., radiante..., sonriente..., contenta...
Aquel lindo vestido azul..., de ribetes de colores blanco y rojo...
Tu cara bonita..., tu pelo cuidadosamente peinado..., tus labios pintados
de rojo...
Sentados en la sala de tu casa...
Riéndonos y mirándonos...
Estuvimos conversando largo rato...
Hablamos de muchas cosas...
De nosotros dos...
Llegó el momento de despedirnos...
Y parados en la acera..., frente a tu casa...
No me atrevía a tomarte la mano..., pasaron unos minutos...
Entonces me armé de valor...
Y te ofrecí mis manos...
Me correspondiste contenta..., sonriente..., halagada...
Yo me sentí muy alegre...
Desde entonces has tenido mis manos en las tuyas...
Yo he tenido tus manos en las mías...
Hemos vivido un mundo de amor...
Han sido muchos años...
Los mejores de mi vida...
Muchas gracias..., María de la Cruz...

Bernal

Setiembre, 2021.

Tus manos.

Noche de abril..., pleno verano..., allá por 1975...
Tenías veintidós años de edad..., yo tenía veinticuatro...
Éramos muy jóvenes...
Estamos sentados en la sala de tu casa...
En un sofá sencillo..., de color verde...
Era la primera vez que te visitaba...
Estás muy linda..., sonriente..., contenta...
Tenés la pierna cruzada..., y sobre tu pierna..., tus manos...
Son manos muy blancas..., bonitas..., con las uñas pintadas de color rojo...
Descansan sobre tus piernas..., un poco arriba de las rodillas...
Quiero tomarlas entre las mías...
Pero no me atrevo..., esperaré el momento oportuno...
Y el momento llegó..., poco antes de despedirnos...
-¡Es ahora..., o nunca...!-, me dije...
Y así sucedió..., hace ya mucho tiempo..., esa noche de abril...
Han pasado los años..., ha pasado una buena parte de nuestra vida...
Desde entonces hemos andado juntos..., siempre tomados de la mano...
Y ahora..., sigues tan linda..., tan amable..., tan cariñosa...
Siempre sonriente..., siempre contenta..., siempre risueña...
Tu cara bonita..., tu pelo rizado..., tus labios de color anaranjado...
Tu figura tan grácil..., elegante..., delgada...
Y tus manos tan blancas..., con las uñas pintadas de color rojo...
En este momento quiero agradecerte..., María de la Cruz...
Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí...
Y entonces..., ahora..., con mi corazón en la mano..., te doy las gracias...

Bernal

Octubre, 2021.

Han sido muchos años.

Ha pasado el tiempo desde aquella noche bendita...
En esa ocasión nos vimos por nuestra vez primera...
Pasaron los días..., las semanas..., los meses..., los años...
Momentos mágicos..., dulces..., vivencias muy difíciles..., amargas...
La tranquilidad..., el silencio..., la calma..., la paz...
Pero también la tempestad..., la tormenta..., la ansiedad...
La parte sana que hay en mi alma...
Nos ha hecho muy felices...
Mis recuerdos terribles..., cosas de mi infancia que me marcaron para siempre...
Nos hicieron pasar por caminos difíciles...
Pero siempre has estado a mi lado...
Busqué la ayuda..., en tu sonrisa..., en tu mirada dulce...
En tus manos tibias..., en tu graciosa belleza...
En lo alto..., más allá de todo..., en el infinito...
Y después de un calvario..., con ayuda del doctor Arnoldo Blanco Castro...
Encontré mi verdad...
Entonces pude entender el origen de mis problemas...
Otras personas me dañaron..., otras personas me afectaron...
Otras personas hicieron turbia el agua transparente...
Pero entonces..., con la verdad en mis manos...
Confirmé que eran correctos muchos de los conceptos en que yo siempre creí...
La mayoría de mis amigos..., y conocidos..., estaban equivocados...
Han sido muchos años..., María de la Cruz...
Hemos pasado la vida..., caminando..., mi brazo sobre tu hombro...
Ahora..., tomo tus manos tibias..., me miras con amor..., y me sonríes...

Bernal

Octubre, 2021.

En Planta Barranca.

Sería tal vez el año 1974..., no recuerdo bien...
Hace tanto tiempo de esto..., que apenas lo traigo a mi memoria...
Estábamos trabajando en Planta Barranca...
Había que aplicar un mantenimiento preventivo en la unidad uno...
Había sido un día muy caluroso..., y debíamos trabajar de prisa...
Era un día sábado..., como a las once de la noche...
En esa ocasión trabajamos desde las seis de la mañana...
Había que apurarse..., sólo nos quedaba un día para terminar...
Era marzo..., la unidad se ocupaba para el lunes en la madrugada...
El Centro de Control de Energía nos dio la máquina ese fin de semana...
Desde el sábado hasta el domingo a las seis de la tarde...
El silencio de la noche apenas era turbado por el ruido de la unidad dos...
La quietud sólo era interrumpida por el sonido característico de la turbina de gas...
De vez en cuando alguno de nosotros decía algo en voz alta...
Lo demás todo era silencio...
Hablábamos poco..., el día había sido duro..., estábamos cansados...
Recogimos todas las herramientas..., las guardamos en el taller de la planta...
Los mecánicos y los electricistas se cambiaron de ropa...
Y nos fuimos a cenar en Puntarenas...
En algún restaurante chino..., ya era muy tarde...
Durante el viaje todos íbamos callados...
Sólo deseábamos cenar..., e irnos a dormir...
Al día siguiente..., domingo..., debíamos empezar a trabajar a las seis...
Luego..., por la noche..., regresaríamos a San José...
El lunes teníamos reunión con Don Florencio a las ocho de la mañana...

Octubre, 2021.

El huracán Juana.

Corría el año 1988..., últimas tres semanas del mes de octubre...
Un terrible huracán avanzaba por el Caribe...
Juana..., así bautizaron a aquel temible fenómeno...
Por momentos se pronosticó que tocaría tierra en la ciudad de Limón...
El fenómeno era impresionante...
Portador de la inmensa energía de la naturaleza...
Incalculable..., y para nuestro entender..., infinita...
Y ahí..., justo en el punto donde tocaría tierra...
Estaba situada la importantísima Planta Moín...
Parte de la población de la costa atlántica fue evacuada...
En cuenta algún personal no indispensable..., en esos días..., en nuestra planta...
El edificio de casa de máquinas estaba semi desierto...
Ahí estaba el ingeniero Carlos Bogantes Rodríguez..., jefe de la planta...
Junto con el ingeniero Grandville Parkinson Parkinson...
Y con el resto de la gente...
Prepararon la casa de máquinas para el arribo del huracán...
Habían pensado que se refugiarían en el segundo piso de la casa de máquinas...
Prepararon ropa y comida..., cubrieron las ventanas con madera...
Estaban tensos..., oyendo las noticias...
Listos para lo peor..., eran personas muy valerosas...
Pero el huracán..., a última hora..., se desvió hacia Nicaragua...
Allá tocó tierra..., y causó tremendos estragos...
Planta Moín se había salvado...
Un aplauso para el personal de la planta...
Hombres buenos y valientes..., el honor es para todos ellos...

Octubre, 2021.

Estamos felices..., estamos contentos.

Es ahora de noche..., serán tal vez las nueve y media...
Hoy es viernes..., visité tu casa por primera vez...
Tenías veintidós años de edad..., yo tenía veinticuatro...
Pasamos unas dos o tres horas muy lindas...
Conversando..., riendo..., contando historias...
Hasta que llegó el momento de irme a descansar...
Estamos afuera..., en la acera..., frente a tu casa...
Venzo el temor..., y la timidez..., te tomo las manos...
Me correspondes sonriente..., y tomas las mías...
Entonces nos miramos radiantes...
Yo me siento aceptado..., y tú estás muy halagada...
Estamos felices...
Estamos contentos...
Han pasado los años..., ha pasado la vida...
Ahora tienes sesenta y nueve..., yo tengo setenta y uno...
Estamos acá sentados..., tomados de la mano...
Conversando..., riendo..., contando historias...
Hasta que llega el momento de irnos para nuestra casa...
Estamos afuera..., en la acera..., frente a la soda...
Ahora sin temor..., y sin timidez..., te tomo las manos...
Me correspondes sonriente..., y tomas las mías...
Entonces nos miramos radiantes...
Yo me siento aceptado..., y tú estás muy halagada...
Estamos felices...
Estamos contentos...

Bernal

Noviembre, 2021.

Llegó noviembre.

Hoy ya es trece de noviembre...
¡Qué hace que era junio..., o julio...!
¡El tiempo ha pasado muy rápido...!
¡Casi sin darnos cuenta...!
Como quien pasa de puntillas..., sin hacer ruido..., sin ser notado...
Ya están muy cerca diciembre y la navidad...
¡Oye hermano..., llegó el fin de año...!
Sopla una brisa fría..., a veces cae una silampita que moja...
Ya pronto terminarán las lluvias..., luego vendrá la época seca...
¡Hasta me parece que las tardes son más luminosas...!
Ahora oscurece a las cinco y media...
Es todavía temprano..., y ya está oscureciendo...
La gente ya anda abrigada..., caminando rápido hacia sus casas...
Ya pronto terminarán las clases en escuelas y colegios...
Las universidades también darán fin al año lectivo...
¡Y todos a vacaciones de fin de año...!
Todos estaremos muy contentos...
Haciendo compras..., comiendo mucho...
En muchas oficinas y fábricas habrá entusiasmo y muchas fiestas...
¡Ya las deben de estar preparando...!
¡Que no falte nada...!
Hoy ya es trece de noviembre...
¡Qué hace que era junio..., o julio...!
¡El tiempo ha pasado muy rápido...!
¡Sí, mi hermano..., ya huele a tamal...!

Bernal

Noviembre, 2021.

Es de noche y hace frío.

Todo el día de hoy el clima ha estado caluroso...
Muy soleado..., brillante..., poca brisa..., bochornoso...
Como para buscar una buena sombra...
Sin exponerse mucho al sol radiante que ha imperado todo el día...
Así hemos pasado..., casi desde que amaneció...
Pero ya llegó la tarde...
Son como las cinco pasadas...
Ha empezado a correr una brisa fresca...
Está anocheciendo..., poco a poco cae la noche...
Ya pronto oscurecerá...
Estamos en noviembre...
Ahora ya son las cinco y media...
Tal vez un poco pasaditas...
Yo diría que ya oscureció...
Sigue soplando la brisa fresca...
La brisa fresca que sopla desde ya un buen rato...
Hace frío..., busco un abrigo..., y un café caliente...
Pronto estaremos cenando...
En nuestra casa..., mi esposa y yo..., los dos solos...
Con una candela encendida en el centro de la mesa...
Ella rezará una oración..., y bendecirá los alimentos...
Sí..., mi amigo..., está oscuro y hace frío...
Acá en el barrio todo es silencio..., calma..., quietud...
Ha llegado la noche..., noche buena..., noche bendita...
Noche fría..., llena de amor...

Bernal

Noviembre, 2021.

Van pasando los días.

El tiempo transcurre rápido..., las manecillas del reloj parecen volar...
Van pasando los días..., lunes..., martes..., miércoles...
Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco...
Uno a uno..., a veces rápido..., a veces lentamente...
En el almanaque los números saltan de uno al otro...
De uno al siguiente..., casi sin darnos cuenta...
Y no es cuento..., las hojas del calendario van cayendo...
Han ido cayendo todo el año..., una por una...
¡Ahora es primero..., mañana será dos..., pronto será fin de mes...!
Hace poco que todavía era agosto...
Pasó setiembre..., pasó octubre..., ha llegado noviembre...
Hoy estamos veinticinco..., pronto terminará el mes...
Y vendrá diciembre..., navidad..., regalos..., cenas...
Y entonces caerá la última hoja del calendario...
¡Qué rápido pasa el tiempo...!
¡El tiempo absoluto es matemático...!
¡El tiempo humano es relativo...!
¡No sé con cuál de los dos está sincronizado mi metabolismo...!
La tierra rota sobre sí misma..., en veinticuatro horas...
Nuestro planeta gira alrededor del sol... en trescientos sesenta y cinco días...
Ha sido así desde hace miles de millones de años...
Esos ejemplos son de tiempo absoluto...
En cambio..., el tiempo humano es relativo...
A veces pasa rápido..., a veces pasa lentamente...
¡Qué rápido han pasado los días..., ya casi llega diciembre...!

Bernal

Noviembre, 2021.

Ciudad fría.

Hoy es domingo..., un día domingo de noviembre...
Ya han empezado los fríos de fin de año...
Casi no ha hecho sol..., la mañana ha estado encapotada...
Soleada por ratos..., cuestión de minutos..., tal vez...
Ha soplado un vientito frío..., congelante...
Que lo llena todo..., lo abarca todo..., de arriba abajo...
Cae una garúa..., por ratos..., alternando con rayos de sol...
Esa lluviecita moja bastante...
Pero aún la gente no ha sacado el paraguas...
No todavía...
Hay pocas personas en las calles...
Todos andan abrigados..., y con las manos en las bolsas del pantalón...
Caminan de prisa..., quizás van para misa..., o a hacer algún mandado...
Yo diría que mi ciudad está solitaria...
Grisácea..., y fría...
Todo es silencio..., tranquilidad..., quietud...
Muchas cosas parecen estar inmóviles..., como si fueran de cristal...
Una pareja de ancianos camina delante mío...
Van despacio..., como contando los pasos..., uno a uno...
Él va tomado del brazo de ella...
En medio de esta mañana fría..., oscura..., y ventosa...
Van andando sin hablar..., muy serios..., bien abrigados...
Hoy es domingo..., un día domingo de noviembre...
Ya han empezado los fríos de fin de año...
Casi no ha hecho sol..., la mañana ha estado encapotada...

Noviembre, 2021.

Fue en el parque nacional.

Son las diez y treinta de la mañana..., aproximadamente...
Una mañana soleada y fresca de diciembre...
Corre el año 1975...
Yo tengo veinticinco años..., tienes veintitrés...
Éramos muy jóvenes..., somos novios...
Habíamos salido a caminar un rato...
Venimos despacio..., por una de las calles internas del parque nacional...
Cerca de la esquina sur oeste de ese lugar tan agradable...
En nuestra linda ciudad de San José...
Se trata de una mañana luminosa..., sopla una brisa suave...
Vistes una blusa azul oscuro..., manga larga..., con cuello de tortuga...
Una enagua de cuadros pequeños..., azules..., grises..., y blancos...
Unas medias también azul oscuro...
Y unos zapatos negros de tacón bajo...
Tu figura delgada..., tu corto pelo arreglado..., tu cara bonita..., tus labios rojos...
Estabas tan linda..., tan fresca..., tan sonriente...
Entonces te dije..., que yo quería que nos casáramos...
Y te pregunté..., ¿te casarías conmigo...?
Siempre sonriente..., me contestaste que sí...
Apretaste mi mano con las tuyas...
Yo apreté las tuyas con las mías...
¡Estabas tan contenta..., tan ilusionada..., tan feliz...!
¡Yo también estaba tan contento..., tan ilusionado..., tan feliz...!
El catorce de agosto de 1976..., nos casamos...
¡Muchas gracias María de la Cruz!

Noviembre, 2021.

Tarde de diciembre.

Sábado por la tarde..., mucho sol..., mucho brillo..., mucha luz...
Once de diciembre..., ¡ya estamos a mediados del mes...!
¡El tiempo pasa rápido...!
Empieza la semana..., y en un dos por tres..., termina...
Ahora serán tal vez las cuatro de la tarde...
El tiempo ha empezado a refrescar...
Sopla una brisa fría..., que invita a ponerse un abrigo...
Aunque parezca raro..., pese ser diciembre..., todo está en calma...
Acá donde escribo..., reina el silencio...
Sólo se escucha el ruido de los motores de los carros...
¡Ahora..., por ejemplo..., pasó una moto haciendo mucha bulla...!
Los vehículos siguen pasando a lo lejos...
Imagino el boulevard de la avenida central..., lleno de gente...
Todos comprando..., o viendo ventanas y comparando precios...
Todo estará lleno de adornos de navidad...
Con altavoces las tiendas intentarán vender sus productos...
De esa manera atraen a más de un interesado...
Otros nada más aminoran el paso..., y luego siguen caminando...
Algunos pasan indiferentes..., tal vez van para su casa...
Está terminando la semana..., ya estarán cansados...
Mañana domingo será día de descanso...
Hoy..., lo que más les interesa es llegar a sus hogares...
Por eso caminan rápido..., con la mirada al frente...
Sábado por la tarde..., mucho sol..., mucho brillo..., mucha luz...
Once de diciembre..., ¡ya estamos a mediados del mes...!

Diciembre, 2021.

Mi cumpleaños.

Catorce de agosto de mil novecientos cincuenta...
Días de temporal en Puntarenas...
No había sol..., el cielo estaba completamente encapotado...
Serían tal vez las doce del día...
Había llovido mucho...
Mi mamá está en la tienda de mi papá...
Justo al frente del mercado de Puntarenas...
La están acompañando mi padre y la señora partera...
Mis dos hermanos mayores están en la casa de mi abuela...
Yo estaba programado para el quince de agosto...
Pero ya el catorce empezaron las contracciones...
Y al ser las doce del día..., de ese catorce de agosto..., nací sin
problemas...
Con los ojos pelados..., mirando para todo lado..., como decía mi
madre...
Me contaba mi padre que ese día llovió a cántaros...
El agua de la lluvia se metió a la tienda...
Él caminaba con el nivel del agua a la altura de los tobillos...
La casa estaba inundada...
Pero estaban contentos porque todo había salido bien...
Así fue como vine al mundo..., en mi querido Puntarenas...
A los dos meses de edad la familia se trasladó a San José...
Y acá crecí y me crié..., y he vivido toda mi vida...
Fui a la escuela..., al colegio..., y a la universidad...
Trabajé toda mi vida..., conocí a mi esposa..., nacieron nuestros hijos...
Y acá crecieron y se criaron..., y han vivido toda su vida...
Catorce de agosto de mil novecientos cincuenta...

Diciembre, 2021.

El chiquizá.

Será por allá del año 1960..., en el siglo pasado...
Yo tengo como diez años de edad...
Estoy en la Escuela Dante Alighieri..., en cuarto grado...
Calculo que es por ahí del mes de junio...
Hace como un mes que empezó a llover...
Los arbustos y plantas pequeñas están floreados...
Los potreros están llenos de florecillas de todos los colores...
Hay muchas avispas en el aire...
Las abejas andan zumbando de flor en flor...
Son muchas..., yo diría que muchísimas...
En las mañanas de sol..., todo huele a perfume y a miel...
Hace calor...
¡No vayás a los potreros..., muchacho...!, me dice mi madre...
¡Por andar por ahí..., subiéndote a los árboles..., te va a picar un
chiquizá...!
¡Si un animal de esos te pica..., te dolerá mucho..., y se te dormirá la
lengua...!
¡Ah..., y además..., te dará calentura...!
¡Tendríamos que llevarte donde el doctor...!
¡Vos los sabés..., muchacho..., el chiquizá pica durísimo...!
¡No vayás a los potreros..., muchacho...!, continúa diciendo mi madre...
Luego de esto se queda callada...
Me mira con un gesto de severidad...
¡Está muy seria..., no quiere que me pique un chiquizá...!
Yo me quedo mirándola..., mejor no me voy a pasear a los potreros...
Hay muchas avispas en el aire...
¡Vos los sabés..., muchacho..., el chiquizá pica durísimo...!

Diciembre, 2021.

La profesora de inglés.

Transcurre el año 1965..., siglo pasado...
Estoy en el Liceo de Costa Rica..., en tercer año...
Me está yendo bien en todas las materias...
Y soy un admirable jugador de béisbol..., juego en la liga juvenil...
Son algo así como las diez y media de la mañana...
Estamos en clase de inglés...
Recuerdo a la profesora..., mujer elegante..., y bonita...
Con su pelo negro ordenado..., le llegaba a la altura de los hombros...
Ese día vestía de blusa blanca..., con mangas bombachas...
Enagua gris claro..., por la rodilla...
Tenía puesto un cinturón ancho..., azul...
Y zapatos de tacón alto..., también azules...
Tanto a mí como a mis compañeros de clase nos gustaba mucho...
Ese día yo la estaba mirando mientras ella daba la clase...
Admiraba su cara bonita..., y su cuerpo perfecto...
Se movía con elegancia..., recorría el aula de un extremo al otro...
Moviéndose con gracia..., con distinción... con finura..., con garbo...
Era una mujer muy atractiva..., de buen gusto...
Tenía una delicadeza muy especial...
En un momento dado yo estaba ido..., viéndola..., admirándola...
Ella se volvió hacia mí..., y me sorprendió mirándola...
Me miró con simpatía..., me sonrió..., y me guiñó el ojo izquierdo...
Aquello me hizo sentir muy halagado..., muy gustado..., muy
aceptado...
Pasé el resto de la lección muy contento..., sintiéndome muy bien...
Esa noche..., ya en mi casa..., pensando en ella..., no pude dormir...

Diciembre, 2021.

El nido.

Ahora tengo seis años de edad...

Estoy en la escuela..., en primer grado..., es de mañana...

Mi mamá está brava conmigo..., cree que yo voy a destruir el nido...

Ese nido es de yigüirro...

Lo hicieron en un árbol pequeño..., en el cafetal del vecino...

Yo he andado por ahí..., curiosiando..., pero no voy a dañarlo...

¡Bendito muchacho este...!, murmura mi madre...

¡No vayás al cafetal..., a buscar lo que nos has perdido...!, me dice...

¡Cuidado vas a jincar el nido con la vara esa que te has conseguido...!

¡Tampoco te subás al árbol a tocar los pichones...!

¡Si lo hacés se van a gelar como frutos tiernos...!

¡Muchacho de Dios..., te voy a pegar si los tocás...!

¡Oí a la pajarilla..., está nerviosa..., está inquieta..., está asustada...!

¡Adió..., y no me vengás con que no les vas a hacer daño...!

¡Entonces sí te castigo..., bendito muchacho...!

Mi mamá está muy brava...

Me dice esto..., y se va para dentro de la casa...

Yo me quedo parado en el jardín...

¡Con ganas de irme para el cafetal del vecino...!

¡Ju..., ju..., ju..., hace la yigüirra parada en la cerca de la propiedad...!

¡La vara que tengo apenas llega al nido...!

Pero pienso en mi madre...

¡Mejor no lo toco..., mejor me quedo con las ganas...!

¡Adió..., y no me vengás con que no les vas a hacer daño...!

Entonces me voy para dentro de la casa..., callado..., y tranquilo...

Bernal

Enero, 2022.

Se ha iniciado enero.

Hoy ya es seis de enero..., un día normal..., como todos...

Terminó el año pasado..., se inicia este año...

Hoy..., de mañana..., he caminado por el centro de la ciudad...

Eran como las ocho..., tal vez las ocho y treinta...

El sol apenas empezaba a calentar...

Soplaba una brisa fría..., bastante fría...

A Costa Rica llegó en estos días un frente frío...

Por eso el clima está fresco y ventoso..., no llueve...

En el boulevard de la avenida central hay menos gente...

Los pocos que caminan van andando rápido...

Probablemente irán para sus trabajos...

Con la cara muy seria..., mirada fija hacia el frente...

En las calles circulan menos carros...

Todo está más despejado..., hay menos movimiento...

Todo es silencio..., todo es calma..., todo es tranquilidad...

Yo voy caminando por el boulevard solitario...

Me cruzo con otras personas...

Apenas si me miran al pasar..., ¡buenos días...!, dicen algunos...

Y continúan su marcha silenciosa...

Yo sigo andando..., camino despacio..., tengo las manos frías...

¡Ya pronto llegaré a la esquina del Banco Central...!

Hoy ya es seis de enero..., un día normal..., como todos...

Terminó el año pasado..., se inicia este año...

Hoy..., de mañana..., he caminado por el centro de la ciudad...

Eran como las ocho..., tal vez las ocho y treinta...

Bernal

Enero, 2022.

En la feria del agricultor.

Apenas iniciamos enero..., día de verano...
La luz del sol es muy caliente..., la brisa que sopla es muy fría...
Serán quizás las ocho de la mañana...
Vamos para la feria del agricultor...
En las vecindades del Liceo de Costa Rica...
En los lugares soleados..., siento buen calor...
Pero a la sombra..., siento bastante frío...
Llegamos al campo ferial..., está colmado de gente...
Esta mañana la feria está muy concurrida...
Cada uno anda con un carrito en que lleva las bolsas para las compras...
Los vendedores ofrecen sus productos bajo pequeños toldos...
Sostenidos en su sitio por cuatro soportes de hierro...
Los productos son de vivos colores..., todo se ve muy bonito...
Verde..., rojo..., amarillo..., anaranjado..., morado...
Ofrecen vegetales..., jugos..., frutas..., matas..., ropa...
Un hombre viejo toca una guitarra bruñida por el uso...
Otros venden lotería..., bolsas..., sombreros...
El precio de los productos está al alcance de todos...
Una señora bonita..., de pelo grisáceo..., parece ir viendo lo que le ofrecen...
Posiblemente anda comparando precios...
Está cerca de mí..., se acerca a un vendedor..., le pide rebaja...
Como se la conceden..., adquiere el producto..., y sigue su camino...
Yo también sigo haciendo mis compras...
¡Cuánto alimento..., cuántos vegetales frescos..., cuánta comida sabrosa...!
¡Son los frutos de la tierra bendita...!

Bernal

Enero, 2022.

Mujer y gato.

Ando caminando por el centro de San José...
Transcurre el mes de enero...
Cruzo por sectores muy comerciales..., como el barrio chino...
Ahí sólo hay negocios..., almacenes..., restaurantes...
He pasado también por barrios densamente poblados...
En ellos hay muchas casas de habitación...
Habitadas por familias que aún viven en el centro de la ciudad...
Al pasar por uno de estos barrios la vi...
Una mujer ya entrada en años estaba hablando con un gato...
Parada en la acera..., el gato se encontraba sentado en el dintel de la puerta...
La casa era pequeña..., deteriorada..., y vieja...
Entonces empecé a caminar más despacio...
Quería ver aquella escena..., de mujer y gato...
Ella tenía algo en la mano..., en una bolsa de papel...
Sacó unos pedacillos de algo..., como carne..., o salchichón...
Se los empezó a dar al animal..., que gustosamente se los comía...
La mujer se sentó justo al lado del quicio de la puerta...
Y continuó hablando con el felino...
Pronto empezó a acariciarle la cabeza...
Cuando estuve cerca de ellos..., me detuve...
Ella me volvió a ver..., y me sonrió..., estaba contenta...
El animal se levantó..., y empezó a caminar..., muy despacio...
Rozando su lomo contra la pierna de ella...
Entonces yo también acaricié la cabeza del gato..., estaba ronroneando...
Le sonreí a la mujer..., y continué mi camino...

Bernal

Enero, 2022.

El cocodrilo de fuego



Estamos a mediados del mes de octubre...
Dentro de unas dos semanas llegará noviembre...
Ahora son como las cinco y media de la tarde...
¡Cosa curiosa..., hoy no ha llovido por acá...!
Desde aquí donde estoy sentado..., las veo a lo lejos...
Son Las Tres Marías...
Se ven en la lejanía..., casi nítidas..., recortadas contra el cielo azul...
Sobre sus cumbres se han posado unas nubes blancas...
Su forma es alargada..., como la de un reptil..., parecen un cocodrilo...
Un cocodrilo que estuviera dormido..., perezoso..., y cansado...
Tirado de panza..., sobre el borde las cumbres allá en lo alto...
Pasan los minutos..., han pasado diez..., tal vez quince...
La luz del sol ilumina el cocodrilo...
Ahora luce totalmente rojizo..., anaranjado..., amarillento...
Visto desde acá..., desde lejos..., desde el valle...
Parece un cocodrilo de fuego...
Me quedo mirándolo..., admirando esa portentosa obra de arte...
La naturaleza la ha pintado con sobrenatural maestría...
El cocodrilo llena el cielo de colores..., el cielo que pareciera estar
ardiendo...
Han transcurrido los minutos..., ahora serán como las seis pasadas...
Está cayendo la tarde...
Poco a poco..., muy lentamente..., va llegando la noche...
El cielo se va oscureciendo..., ahora todo es color azul oscuro...
La figura del cocodrilo de fuego se va difuminando en la noche negra...
Ahora todo está oscuro..., silencioso..., y frío..., ¡llegó la noche...!

BERNAL DELGADO CASTRO